

DE LA ECONOMIA Y LA POLITICA: LA ECONOMIA POLITICA

Alvaro Briones
ALVARO BRIONES



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS



DE LA ECONOMIA Y LA POLITICA: LA ECONOMIA POLITICA

Alvaro Briones



**INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS**



*"No hay quizá, ningún régimen político
bueno, pero la democracia es con
toda seguridad, el menos malo"*

Albert Camus

*Bien, tú sabes;
todos queremos cambiar
el mundo*

John Lennon
"Revolution"

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Dr. Jorge Carpizo
Rector

Dr. José Narro Robles
Secretario General

Dr. Abelardo Villegas
Secretario General Académico

Lic. Manuel Barquín Álvarez
Abogado General

Lic. Humberto Muñoz García
Coordinador de Humanidades

C.P. Arturo Velázquez Jiménez
Director General de
Fomento Editorial

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS

Lic. Fausto Burgueño Lomelí
Director

Mtro. Carlos Bustamante Lemus
Secretario Académico

Enrique Quintero Márquez
Departamento de Ediciones

Primera edición 1988

DR © 1988, Instituto de Investigaciones Económicas
Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.

Impreso y hecho en México
ISBN: 968-837-702-3

Dedicatoria	11
-------------------	----

I. <i>EL OBJETIVO DE LA POLITICA ECONOMICA (LA ECONOMIA DE LA POLITICA)</i>	13
---	----

1. *El objeto es el excedente económico (primera aproximación)* . . .
 - La intervención premeditada de un sujeto consciente
 - El excedente económico: una base de relaciones sociales y resultados económicos de la cual partir
2. *El excedente como plusvalía: una noción insuficiente desde la perspectiva de la política económica (o de como la estructura no determina a la superestructura)* 16
 - Lo que deja de lado el excedente considerado sólo como plusvalía
 - La estructura y la superestructura se condicionan mutuamente (la política no es, por lo tanto, una mera emanación de la economía)
 - Los otros ingresos (además de aquellos de los asalariados) que sostienen la "situación previa" desde la que comienza a operar la política económica
3. *Otros excedentes, la política y el cambio social* 22
 - El "excedente económico potencial" y el "orden de cosas imperante" (o de por qué no existe una razón científica que determine el curso ineluctable del cambio social)
 - El "excedente económico planificado" y la racionalización de la irracionalidad
4. *El objeto es el excedente en tanto producto disponible para la acumulación (segunda y última aproximación)* 29
 - El "excedente disponible para el desarrollo": un anillo que no viene al dedo de la política económica
 - El objeto de la política económica

II. <i>EL SUJETO DE LA POLITICA ECONOMICA (LA POLITICA DE LA ECONOMIA)</i>	33
--	----

1. *Quien (no) hace la política económica*
 - Un misterioso personaje que actúa en nombre de toda la sociedad
 - No importa quién es sino qué puede hacer
2. *Lo que siempre quisimos saber sobre el poder . . . y nos atrevimos a preguntar (o lo que va de la voluntad de hacer a la capacidad de hacer)* 36

- El poder es una correlación de fuerzas políticas (o la diferencia entre la voluntad y la capacidad de hacer)
- Cómo una situación de dominación y subordinación establecida en el plano económico puede expresarse —no reflejarse— en el plano político (en donde debemos referirnos, por lo tanto, a hegemonías, bloques en el poder y a la articulación entre “lo económico” y “lo político”)

3. *El sujeto de la política económica es el Estado, pero antes es necesario aclarar algunas cosas (entre ellas: ¿qué demonios es el Estado?)*. 46

- La correlación de fuerzas políticas es un animal de dos cabezas (1): las condiciones históricas en que se fusionaban el Estado y la sociedad civil.
- La correlación de fuerzas políticas es un animal de dos cabezas (2): la separación del Estado y la sociedad civil en el capitalismo . . . y sus consecuencias.
- Desarrollo económico y desarrollo de la sociedad civil
- Por que el Estado es el sujeto de la política económica
- Estado y dictadura (o de usurpaciones del Estado y dictaduras con y sin hegemonía)

4. *Addenda: ¿y del socialismo qué?*. 63

- De cómo con el capitalismo la democracia ganó en extensión y perdió en intensidad
- Desde el capitalismo se puede avanzar pero también retroceder
- Un socialismo que significa avance y otro que es sólo retroceso

III. *EL MOMENTO DE LA POLITICA ECONOMICA (LA POLITICA Y LA ECONOMIA)*. 75

1. *Acerca del crimen considerado como una de las bellas artes (y de economistas y políticos que no son criminales . . . pero lo parecen)*

- Este libro cambia de aires
- Un momento prodigioso

2. *El momento de la política económica es el momento de la transición entre: dos modalidades de acumulación, dos bloques históricos, dos “modelos de desarrollo”*. 78

- Los cuánto, cómo y para quién de la acumulación
- Modalidad de acumulación y bloque histórico
- Desarrollo tecnológico, concentración económica y necesidad social (o de la coherencia de la acumulación)
- El momento en que se cambian las reglas del juego (con una definición formal de política económica)

- Teorías sobre la economía y teorías sobre la política económica
- La economía política y la autorregulación (o de la política económica del capitalismo de competencia perfecta o "casi" perfecta)
- El marxismo también se juega por la autorregulación capitalista
- El marginalismo pierde una pelea que sabía que iba a perder
- Keynes y la política económica del capitalismo monopolístico (o de lo que ocurre cuando la economía es incapaz de autorregularse)
- Friedman y el capitalismo internacionales integrado o de lo que ocurre cuando la autorregulación lo intenta de nuevo)

Nota Editorial

El presente texto es una versión abreviada de *La Economía es Política*, publicado en Chile por la Editorial Aconcagua, que contiene además del marco general expuesto en este volumen una aplicación del mismo a la realidad chilena.

A petición del autor y para que la obra guarde un carácter general, publicamos hoy sólo el marco teórico general, válido creemos para ser aplicado a la realidad latinoamericana en su diversidad.

DEDICATORIA

Desde fines de 1973 y hasta mediados de 1984 viví en México. Y he querido escribir aquí "viví" en lugar de "residí", por que México fue para mí mucho más que un simple lugar de residencia. Llegué en condiciones penosas, acogiéndome a su asilo, y ahí terminé de madurar como hombre y de formarme intelectualmente. En esa tierra amé y tuve rencores, conocí éxitos y experimenté terribles fracasos: sufrí y fui feliz. En México dejé y a México le debo un pedazo inestimable de mi vida.

Yo no soy de los que piensan que ser patriota es creer que el país en que uno nació es mejor que los otros; me parece que esa es una idea perversa que sólo lleva a enfrentar unos patriotismos con otros. Creo más bién que ser patriota es querer al lugar en que se vive —con sus bellezas y sus fealdades— y amar y comprometerse con su pueblo. Por eso tengo el privilegio de tener dos patrias y de ser doblemente patriota, porque amo tanto a Chile como a México y tanto a los mexicanos como a los chilenos. Vaya pues mi gratitud a mi segunda patria y particularmente al Instituto de Investigaciones Económicas de su Universidad Nacional Autónoma, que me permitió iniciar esta obra y continuarla luego por un largo periodo en Chile; a ese Instituto está dedicado este libro. Pero sobre todo vaya mi gratitud a José Luis Ceceña y Fausto Burgueño, su antiguo y actual Director, entrañables amigos que nunca dejaron de prodigarme comprensión, solidaridad y apoyo.

Comencé a escribir este libro hace tres años y en otro país: México. Un tiempo y un espacio suficientes —sobre todo en los tiempos que corren— como para quedaren deuda con muchos y en muchos lugares; mencionarlos a todos aquí sería largo y sobre todo injusto con aquellos a quienes, no obstante toda la gratitud, se termina siempre involuntariamente por olvidar.

No puedo dejar de expresar sin embargo mi reconocimiento a las instituciones sin cuyo apoyo este libro sin duda no se hubiese escrito y yo probablemente no habría sobrevivido mucho tiempo de regreso en Chile. En primer lugar al Centro de Estudios Económicos y Sociales, VECTOR y a su director Armando Arancibia, que me proporcionaron no sólo la posibilidad material de realizar este trabajo sino también un ambiente fraternal y estimulante para hacerlo. Por intermedio de Vector recibí igualmente el apoyo del Instituto de Cooperación Iberoamericana de España, siempre bien dispuesto a mostrar la solidaridad de una Madre Patria que no olvida a sus hijos, y del Centro de Estudios del Desarrollo (CED), actualmente uno de los ejes fundamentales de la reflexión económica, social y política en Chile. Para ellos mis agradecimientos y mi sincera esperanza de que encuentren en estas páginas aquello que creyeron estar ayudando a producir.

En el momento de mostrar mi gratitud he querido dejar la mención de ese país que a él debo mucho más que la posibilidad de haber iniciado la redacción de estas modestas ideas.

Alvaro Briones

Santiago, enero de 1987.

I. EL OBJETO DE LA POLITICA ECONOMICA (LA ECONOMIA DE LA POLITICA)

1. El objeto es el excedente económico (primera aproximación)

— *La intervención premeditada de un sujeto consciente*

Existen territorios en los que incluso los tratadistas más audaces se mueven con cuidado. Se trata de áreas de la economía respecto de las cuales ya se ha dicho mucho o en las que es posible encontrar planteamientos teóricos suficientemente sólidos como para no jugarse con ellos. En relación a otros temas, en cambio, suele ocurrir que hasta los más tímidos economistas se sientan en condiciones de emitir juicios y otros, con menos escrúpulos aún, de desarrollar teorías.

La política económica parece pertenecer a este último terreno, al grado que sea posible identificar casi tantas definiciones como autores han escrito sobre el tema. Se trata, aparentemente, de una pared en la que todo el mundo está dispuesto a trazar su raya, quizá debido a que, como pocas materias en el campo de la economía, se encuentra casi libre de paradigmas teóricos.

Entre la amplia variedad de definiciones sobre política económica parece haber, sin embargo, algunos elementos comunes. El primero de ellos es su consideración como actividad *consciente*, puesta en práctica por una entidad inteligente, esto es capaz de discernir previamente —de una manera acertada o no— los objetivos y posibles efectos de sus acciones. Este aspecto se encuentra presente tanto en autores.

que enfocan el problema desde una perspectiva que privilegia su carácter "económico" (relación entre medios y fines), como entre aquellos que más bien enfatizan su origen social y político. Así por ejemplo, es posible encontrar este rasgo tanto en la definición de Jan Tinbergen ("manipulación deliberada de ciertos medos económicos")¹ o en la de Jean Meynaud ("las intervenciones del Estado en la administración de los recursos escasos")², como en las de Carlos Lessa ("las acciones de entes sociales, sobre otros, en el campo económico")³ y Enrique Sierra ("La definición y administración del poder que la sociedad otorga a las autoridades públicas para restringir o acondicionar conductas de los agentes de las actividades económicas")⁴.

Un segundo elemento común en el variopinto muestrario que nos ofrecen las definiciones sobre política económica se refiere al objeto de la intervención de este agente consciente. Todas ellas parecen aceptar que se trata de una intervención sobre la economía y no sobre cualquier esfera de la actividad social, aunque en un segundo momento pueda tener efectos sobre esas otras esferas. Esta característica se encuentra presente en autores ya famosos por su desprecio por la actividad política (o por la intervención de la "política" en la actividad económica), como Milton Friedman⁵ quien, comentando la tendencia dominante en su país a partir de la "gran depresión" de 1929, señala: "A pesar de que los Esta-

¹ *Política Económica. Principios y Formulaciones*, Ed. F.C.E. México, 1961.

² *La Elaboración de la Política Económica*. Ed. Tecnos, Barcelona, 1961.

³ *Política Económica. Una introducción Metodológica*. (mimeo) ILPES, 1971.

⁴ *Introducción al Análisis de la Política Económica. Un enfoque Genérico e Intuitivo* (mimeo), ILPES, 1971.

⁵ "Hasta qué la mano invisible de Adam Smith ha sido suficientemente poderosa como para vencer los efectos desvirtuadores de la mano, asimismo invisible, que actúa en la esfera política" (*Libertad de Elegir*, por Milton y Rose Friedman, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1980, p. 21).

dos Unidos no han adoptado la planificación económica central, el aumento del papel del Estado *en la economía* ha ido muy lejos en los últimos cincuenta años".⁶ Y el mismo rasgo se encuentra también en quienes cojean del otro pie, como Jean-Luc Dallemagne para quien "El sistema capitalista está organizado en un proceso productivo que determina las corrientes del cambio... la creación monetaria y los precios. Por eso supone el equilibrio una intervención *en el nivel del proceso de producción*...".⁷

— *El excedente económico: una base de relaciones sociales y resultados económicos de la cual partir*

Aunque tanta unanimidad pudiera parecer sospechosa no deja de ser una buena base para la reflexión propia, sobre todo si se quiere comenzar un estudio sin pleitos innecesarios. Así pues, aceptando que la política económica consiste en la intervención consciente y premeditada de un agente inteligente sobre la economía, no podemos menos que suponer que se trata de una intervención concerniente a lo que la sociedad (representada de una forma u otra por ese agente) quiere hacer con su propio bienestar. Se tratará, en definitiva, de actividades que tienen que ver con la posibilidad de aumentar ese bienestar (conservando o modificando en un sentido u otro la distribución social de los frutos de la actividad económica), mantenerlo o aun disminuirlo.

Si suponemos una situación económica y social dada desde la cual el agente consciente de la política económica comienza a actuar, entonces el objeto de su intervención no puede ser otro que aquella parte del producto social que no es ocupada en la gestación de este mismo producto. Por las mismas razones que explican que nadie puede sostener una cuerda y trepar por ella al mismo tiempo, la política econó-

⁶ *Ob cit.*, p. 97 (cursivo nuestro).

⁷ *La Política Económica Burguesa*. Ed. Siglo XXI, México 1974, p. 96 (cursivo nuestro).

mica, cualquiera sea su intención, no puede sino operar desde una base de relaciones sociales y resultados económicos que se le presenta realizada en un momento determinado, esto es que supone ya satisfechas las condiciones de su existencia. Es sólo desde aquí que el agente de la política económica comienza a actuar, así sea para transformar —en un segundo momento— esa situación previa. De esta manera, el objeto directo e inmediato de la política económica debe ser aquella parte del producto que no está comprometida con la situación a partir de la cual ella misma actúa, aunque por este medio pretenda afectar al conjunto del producto y a las condiciones de la producción. Para decirlo brevemente, el objeto de la intervención en la economía que representa la política económica es el *excedente económico*.

2. El excedente como plusvalía: una noción insuficiente desde la perspectiva de la política económica (o de cómo la estructura no determina a la superestructura).

— *Lo que deja de lado el excedente considerado sólo como plusvalía*

Hemos llegado así a un problema nuevo. Se trata de un tema espinoso puesto que sobre el concepto de excedente, casi tanto como sobre el de política económica, se ha cortado mucho paño y todo indica que todavía queda bastante más por cortar. Esto nos obliga a detenernos un momento en el punto y ofrecer algunas explicaciones.

Tal parece que fue Marx el primero —después de las aproximaciones fisiocráticas, mercantilistas y clásicas— que **sistematizó**, en el marco de la teoría —la suya—, la noción de excedente. Para él, excedente es la diferencia entre el valor del producto y el valor del consumo de los productores directos. En sus propios términos se trata de la diferencia entre el valor del producto y el valor de la fuerza de trabajo, esto es del valor creado por los trabajadores durante la parte de la jornada no necesaria para reproducir su fuerza de trabajo y que llama justamente “tiempo de trabajo exce-

dente"; un excedente económico, en suma, que equivale a plusvalía.

Esta concepción de excedente se encuentra en diversos autores que de este modo siguen a Marx conscientemente o no. Así por ejemplo corresponde exactamente a la definición de "excedente económico corriente" de Charles Bettelheim ("... el excedente del producto social disponible sobre la suma del consumo de los productores y sus familias. . .", siendo el producto social disponible igual a la diferencia entre el producto social bruto y la renovación;⁸ y también lo encontramos en el trasfondo de la definición de Raúl Prebisch quien, incorporando agudamente la cuestión del progreso técnico tan cara a sus afanes, afirma que "El excedente representa aquella parte de los incrementos de productividad que, al no transferirse a la gran masa de la fuerza de trabajo, debido a la heterogeneidad de la estructura social, se apropia principalmente por los estratos superiores de aquélla, quienes concentran la mayor parte de los medios productivos".⁹

La definición marxiana de excedente, sin embargo, presenta serias dificultades para su aplicación a la comprensión de la política económica. Los problemas surgen principalmente de que se considere excedente a *todo* el valor que es apropiado por los propietarios de medios de producción, independientemente de sus distintos grados de vinculación al proceso productivo y sin distinguir la redistribución que ellos hagan a otros individuos que no desempeñan una función directamente productora, pero que son innegables protagonistas de la realidad social. Esta última categoría cubre un abanico bastante más amplio de lo que comúnmente se piensa, abarcando desde militares y policías a artistas e intelectuales, sin dejar de considerar a políticos y otros deportistas profesionales. Con esto se ignora el papel

⁸ *Planificación y Crecimiento Acelerado*, Ed. F.C.E. México 1974, p. 114.

⁹ *Capitalismo Periférico. Crisis y Transformación*, Ed. F.C.E., México 1984, p. 107.

—productivo o no— que cumplen algunos de estos personajes permitiendo la articulación social que a su vez da lugar a los procesos productivos; se ignora, en suma, que si bien sus actividades no hacen parte directa de esos procesos, permiten que ellos existan en la forma específica —social, política, técnica— que los caracteriza en ese instante.

— *La estructura y la superestructura se condicionan mutuamente*

Tal fenómeno no puede ser dejado de lado en el examen de la política económica pues, según hemos visto, ella no tiene más remedio que arrancar de una situación objetiva que considere al conjunto de elementos reales que intervienen en la definición de las condiciones de generación del producto y del excedente en un momento histórico dado. Y esas condiciones van algo más allá de la exclusiva esfera de la producción, por mucho que ésta ocupe un lugar central. Toda sociedad, por razones históricas que siempre le serán propias, se debe organizar para producir de una forma u otra; se trata de formas de organización que en cada caso definirán ciertos tipos específicos de relaciones sociales que a su vez darán lugar a modos particulares de relación política que sostendrán e impulsarán a esas formas de organización productiva que la sociedad decidió darse. Tanto los aspectos económicos como los sociales y políticos son, de esta manera, parte de una misma realidad que los hace complementarios entre sí: ellos, en su mutua relación, definen el “momento histórico” de la sociedad.

Es verdad que los aspectos económicos van a establecer las características de las distintas clases y fracciones de clase y que este “mapa clasista” va a definir, a su vez, los límites de la política. Pero no se trata de territorios con fronteras rígidas: la política tiene su propia vida y no siempre va a dar por resultado una relación (una forma de dominación) entre estos grupos que refleje directamente las importancias sociales cuantitativas y las posiciones cualitativas en el proceso de trabajo. Quizá los “datos” de la esfera económica

puedan considerarse tendencias de devenir social y pueda esperarse que como tales se realicen en un número significativo de casos históricos, pero nada más.

Volcándonos al universo marxista podemos decir que el carácter determinante de la “estructura” o “modo de producción” (esto es de los aspectos económicos y sociales) debe aceptarse, como el resto de los planteamientos de Marx, sólo a título de guía metodológica y no como una teoría rígida o —lo que muchos marxistas todavía no se atreven a dejar de hacer— como un dogma: para decirlo en forma breve, siguiendo a Lukács, en cuestiones de marxismo la única ortodoxia aceptable es la del método. En este contexto debe reconocerse que en la realidad práctica la “superestructura”, en función de los grados de autonomía que se deben admitir en el marco metodológico de la formulación marxiana, puede también actuar —y lo hace— sobre la “estructura”, promoviendo vigorosamente su transformación. Todavía, más, debe aceptarse que una situación de este tipo tuvo lugar nada menos que en el más grande proceso de transformación social que ha conocido este siglo: el nacimiento del socialismo, en el que el “sistema” de Marx no se vio satisfecho por la realidad práctica. El socialismo no surgió de la Rusia zarista después de que “se hubiesen desarrollado todas las fuerzas productivas” que cabían en el seno de ésta y por lo tanto no apareció como síntesis de “nuevas y más altas relaciones de producción” luego de que las “condiciones materiales para su existencia” hubiesen “madurado en el seno de la propia sociedad antigua”.¹⁰ De hecho el socialismo soviético surgió porque un pequeño grupo político, en un marco coyunturalmente favorable, tuvo la audacia de asaltar —literalmente— el poder; y ello a pesar de que en Rusia no sólo no se habían desarrollado todas las fuerzas productivas que cabían en el capitalismo sino que probablemente era la sociedad capitalísticamente más atrasada de

¹⁰ Cf. Carlos Marx: *Prólogo de la Contribución a la Crítica de la Economía Política*, en C. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas* en tres tomos, Ed. Progreso Moscú 1976, Tomo I p. 518.

Europa en ese momento. Es posible que el socialismo que resultó de allí sea tan feo y contrahecho que Marx lo repudiaría de llegar a conocerlo, pero como quiera que sea existe, es real (es el "socialismo realmente existente") y se mantiene como flagrante prueba de que "lo político" puede llegar a ser tan determinante de la historia como "lo económico".

Y ya que podemos aceptar que tanto la estructura como la superestructura pueden llegar a determinar el curso de la historia, debemos aceptar que ambas —ellas mismas, al fin, expresiones de esa historia— se determinan mutuamente. Esta última afirmación, sin embargo, serviría de poco si no fuésemos capaces de ahondar en ella, abatiendo la sospecha de enfrentamiento y aun de anulación recíproca que ese mutuo condicionamiento puede sugerir.

Tal anulación no es posible porque las sociedades no son estériles, como lo prueba el hecho de que al evolucionar engendren su propia historia. Por ello no cabe sino aceptar la posibilidad de que el movimiento y la transformación social se expliquen en el contexto de la relación entre estructura y superestructura, esto es en los marcos que establece un condicionamiento mutuo que sin embargo no asesina a esa historia —por sofocación— en su lecho de recién nacida. De tal vínculo ya sabemos que la política (superestructura) no es una simple emanación de la economía (estructura), pero que tampoco es totalmente ajena a ella. Podemos ahora ser más precisos agregando que "lo económico" no "produce" a "lo político", pero sí le define los límites de lo posible.

Esta situación no necesita de mayores argumentos si se acepta que una comunidad tribal en el corazón del Amazonas, por voluntariosa que sea, probablemente no vaya muy lejos si se propone una forma de organización social y política basada en la colonización de la luna. Nos estamos refiriendo a unos límites materiales entre los cuales, sin embargo, la política puede desplegar toda su autonomía, al grado de actuar sobre esos mismos límites expandiéndolos en un momento posterior.

- *Los otros ingresos (además de aquellos de los asalariados) que sostienen la “situación previa” desde la que comienza a operar la política económica*

Aclarado nuestro punto de vista acerca de la relación entre estructura y superestructura podemos volver a nuestro problema central. Y para retomar el hilo podemos decir que en el marco de determinaciones mutuas aunque sometidas a una jerarquía que hemos dejado establecido entre ambas, es posible admitir que el complejo de aspectos económicos, sociales y políticos que explican el “momento histórico” de la sociedad es responsable en su conjunto de las condiciones de generación del producto y del excedente en ese mismo momento. De aquí que entre las formas de ingreso que dan cuenta de la “situación previa” a partir de la cual comienza a operar la política económica, esto es las que explican la posibilidad del producto, deba situarse no sólo a la de los productores directos sino también a aquellas que permiten la supervivencia de los individuos que desde esferas no económicas —digamos “superestructurales”— sostienen y dan abrigo a la existencia del orden social en su totalidad y por lo tanto también a la del orden productivo en particular.

Qué duda puede haber, así, de que para establecer el “costo” —vale decir la parte no excedentaria— del producto social en un determinado momento deban considerarse no sólo las necesidades de consumo de los trabajadores, sino también las de los servidores de un poder judicial que administra la norma de las relaciones entre las clases sociales en ese momento o las de los políticos (oficialistas y de oposición) que representan los grados de conflicto y consenso que permiten la mantención del orden social. Y por la misma vía deben incluirse también las necesidades de consumo de las fuerzas represivas que contienen las salidas de ese cauce madre sancionado socialmente y así en relación a una serie de actividades que, si bien no son directamente productivas, cumplen funciones que explican objetivamente la posibilidad de que los procesos de producción tengan lugar en las condiciones concretas de cada momento histórico.

Como resulta evidente, entre estas funciones debe considerarse a las de un contingente mayoritario de capitalistas que, tanto por participar directamente de los procesos de producción en un plano técnico (empresarios-gerentes, empresarios-administradores, empresarios-presidentes-de-consejo, etc.) como por cumplir una tarea de articulación de los movimientos del capital (rentistas, inversionistas y otros), desempeñan un rol determinante en el proceso de generación del producto y consecuentemente del excedente económico. De hecho sólo se podría considerar parte del excedente —esto es, recordemos, de la fracción del producto no comprometido directamente con las condiciones de su propia gestación— a la porción de la plusvalía que es apropiada por capitalistas de “tiempo parcial”, vale decir por aquellos individuos cuya supervivencia y función social no está determinada por este ingreso. Se trata de trabajadores (asalariados, independientes, profesionales que trabajan por cuenta propia o cualquier otra categoría que podamos imaginar) que además son propietarios de acciones bursátiles, socios menores sin tareas gerenciales en una empresa o participantes a cualquier otro título de una actividad o condición económica que les permite apropiarse de una parte del valor creado por la sociedad durante un periodo, sin dejar de percibir al mismo tiempo otra parte correspondiente a su actividad y función principal.

3. Otros excedentes, la política y el cambio social

— *El excedente económico potencial y el “orden de cosas imperante” (o de por qué no existe una “razón científica” que determine el curso ineluctable del cambio social)*

Es necesario encontrar una definición de excedente que se ajuste a las necesidades de operación de la política económica. Y volviendo la vista hacia proposiciones que toman en consideración esos aspectos inevitablemente se arriba a las

formulaciones de Paul Baran, el primero que advirtió las limitaciones prácticas de la categoría de plusvalía y la sustituyó por la de excedente, ganándose automáticamente con ello, a mediados de los cincuenta, la titularidad de la "nueva izquierda". Es posible, por lo mismo, que Baran haya sido quien más lejos se aventurara en esas cuestiones, aunque de sus planteamientos nos atraen más aquellos en que se muestra trivial que otros en que echa a volar la "imaginación científica". Veamos por qué.

Su primera aproximación al problema se manifiesta en la definición de "excedente económico real", que describe como "... la diferencia entre la producción real generada por la sociedad y su consumo *efectivo* corriente. Es por lo tanto idéntico al ahorro corriente o acumulación y toma cuerpo en los activos de diversas clases que se agregan a la riqueza de la sociedad durante el periodo correspondiente...".¹¹ La diferencia entre este concepto y el de plusvalía de Marx es obvia y el propio autor se encarga de explicarla, señalando que el "... 'excedente económico real' ... es simplemente la parte de la plusvalía que está siendo *acumulada*; en otras palabras, no incluye el consumo de la clase capitalista, ni los gastos gubernamentales en administración, establecimientos militares, etc.". ¹²

Pero esta definición es demasiado simple para Baran, que sumergiéndose en aguas más profundas propone luego el concepto de "excedente económico potencial", que define como "... la diferencia entre el producto que podría obtenerse en un ambiente técnico y natural dado con la ayuda de los recursos productivos utilizables, y lo que pudiera considerarse como un consumo *esencial*".¹³ Este excedente se manifiesta de una forma más complicada: es, de una parte, el consumo excesivo de la sociedad, pero además, el producto que pierde la sociedad por la existencia de trabajadores im-

¹¹ Paul Baran: *La Economía Política del Crecimiento*, Ed. F.C.E., México 1975, p. 73.

¹² *Id.* antes.

¹³ *Ob. cit.*, p. 74.

productivos y también el que pierde a causa de la “organización dispendiosa e irracional del aparato productivo”; por último, es también el producto no materializado a causa de la existencia del desempleo.

Y aquí comienzan los problemas, por lo menos desde la perspectiva de la política económica. En realidad, el consumo excesivo, el desempleo o el “mal uso” de los recursos productivos, tal como los describe Baran, pueden ser aspectos intrínsecos de un determinado orden de relaciones sociales y de una forma de organización de la producción en consonancia con él. Es posible que determinados consumos sean funcionales a un cierto esquema productivo, en cuyo caso serán absolutamente necesarios desde el punto de vista de quienes estén satisfechos y conformes con ese orden de cosas, aunque parezcan excesivos según la visión de quienes no se solidarizan con él. De igual manera, empleos tales como aquellos vinculados a la publicidad pueden ser considerados improductivos si no se estima necesario el consumo de los bienes cuya venta promueven, pero de acuerdo al interés de los empresarios que los producen sin duda serán tan necesarios como la fuerza de trabajo de los obreros o las maquinarias empleadas en su elaboración: sin esa promoción no habrá venta y sin venta se paralizará el proceso de producción y por lo tanto se anulará la capacidad —la productividad— de las fuerzas productivas; desde este ángulo, en consecuencia, la promoción de ventas —y el empleo aplicado a ella— serán tan “productivos” como la capacidad de los obreros ocupados en el proceso de trabajo. En resumidas cuentas, en este terreno —como en otros— todo dependerá del color del cristal con que se mira y parece claro que el “excedente económico potencial” sólo existe y puede ser definido cuando se mira con colores opuestos al orden de cosas imperante.

Pero hay que andarse con cuidado al hablar de “orden de cosas imperante”, pues este es bastante más ancho —y menos ajeno— de lo que se suele tener en mente cuando se usa la expresión. El tal “orden” debe abarcar, como es natural, a la “situación económica”, que comprende desde

la forma coyuntural específica que asumen las relaciones sociales de producción —esto es las relaciones entre los individuos para poner en marcha el proceso productivo, definiendo con ello a propietarios, trabajadores directos no propietarios, rentistas, etc.— hasta el tipo de articulación entre el conjunto de actividades que explican que la economía se mantenga en movimiento: la relación entre la producción de bienes de consumo final y bienes de producción; la relación entre ciertos servicios (para seguir con el ejemplo, digamos, promoción de ventas) y la producción de bienes; la proporción entre los distintos tipos de bienes de consumo final que se producen (necesarios, suntuarios, etc.); la relación entre el consumo y la producción y así, otras tantas más. Pero, según hemos comentado antes, estas relaciones en el plano económico van aparejadas con otras en los planos específicamente social y político puesto que la definición de clases, fracciones y subfracciones de clases sociales en torno al proceso productivo define también el carácter de las relaciones entre éstas; el “orden de cosas imperantes”, por lo tanto, abarca también a las situaciones “social” y “política”. Y la única manera posible de abarcarlas es bajo la óptica de una mutua complementación entre todas, asumiendo que “la política” es el conjunto de acciones comprometidas con la relación de fuerzas vigente en la sociedad, esto es con el fenómeno social que da forma a la dominación de algunos y a la subordinación —o sea la aceptación, consciente o no, de esa dominación— por parte de otros. Se trata, claro está, de dominación y subordinación entre el conjunto de clases, fracciones y subfracciones definidas en el marco de la “situación social”, en función, ni más ni menos —no cabe otra posibilidad—, que de aquellas relaciones entre los individuos y entre ciertas actividades que visualizábamos antes como “situación económica”. Dicho en forma breve, se produce un conjunto de bienes, en una determinada proporción, de una manera particular, con un apoyo específico de servicios y contando con un cierto consumo, porque existe una situación política que lo apoya e impulsa. Lo anterior quiere decir que la estructura de la dominación

—esto es quiénes dominan a quiénes, en qué medida y para qué— es la que explica que los intereses del conjunto social —en las condiciones, no perdamos de vista, de la dominación— se vean reflejados en la producción de esos productos y no de otros, en esos consumos y no en otros y así sucesivamente.

De esta manera, al estar determinado por un punto de vista opuesto al “orden de cosas imperante”, el “excedente económico potencial” se define desde una posición opuesta al tipo específico de relaciones (sociales y políticas) vigentes entre las clases, fracciones y subfracciones de clase de la sociedad. Representa en realidad la visión correspondiente a otro tipo de relaciones o, mejor, a las relaciones regidas por otro tipo de dominación; constituye, en suma, una visión política de oposición. Si se impusiera un nuevo orden correspondiente a esa visión, los elementos componentes del “excedente económico potencial” desaparecerían —esto es desaparecería lo que el nuevo criterio político dominante considera “innecesario” o “improductivo” en el antiguo— y los valores correspondientes pasarían a engrosar el “excedente económico real”. Un punto de vista antagónico con este flamante nuevo orden social podría llegar a considerar, a su vez, la existencia de un “excedente económico potencial” correspondiente a las nuevas condiciones y así sucesivamente, tantas veces como cambios en las relaciones sociales y políticas hubiese.

El “excedente económico potencial”, en definitiva, no existe nunca en la realidad, excepto como recurso político en el plano propagandístico. El agente consciente de la política económica que represente a una nueva relación política entre las clases sociales tendrá siempre como objeto concreto a un “excedente económico real” (según lo define Baran, esto es la diferencia entre lo producido y lo consumido). En un primer momento porque esa será la “herencia” del orden anterior y deberá utilizarlo (reorientando inversiones, aumentando o disminuyendo ingresos, etc.) para provocar en el plano económico los cambios que reflejen la

nueva orientación deseada por la sociedad. Una vez que ello haya ocurrido (y podemos suponer que en consecuencia habrán desaparecido los “empleos improductivos”, el “mal uso” de factores, el “desempleo”, etc.), para mantener el bienestar social alcanzado el agente de la política económica tendrá como objeto nuevamente la diferencia entre lo producido y lo consumido, aunque las magnitudes y orígenes de ese valor sean esta vez diferentes. Para los efectos de la política económica, en definitiva, no puede haber otro excedente que el que exista realmente dadas las condiciones concretas de la sociedad.

Es necesario aclarar que Baran comprendía perfectamente las mediatizaciones de que inevitablemente debían ser objeto cualquier descripción específica de los componentes de un “excedente potencial”. Así, si bien definía como criterio de verdad para establecer la composición de tal excedente a una cierta “razón objetiva”, admitía que ésta a su vez era histórica: “No es que la substancia de la razón objetiva esté fijada en forma inmutable en el tiempo y en el espacio. Por lo contrario, la razón objetiva misma está enclavada en el flujo incansable de la historia, estando sus linderos y contenidos tan sometidos a la dinámica del proceso histórico como la naturaleza y la sociedad en general”.¹⁴ Sin embargo, en lugar de admitir que cada clase social tiene su propia “razón objetiva” y por lo tanto que todo orden social (que todo sistema de relaciones sociales regido por la dominación) tendrá su propia razón y que ésta, más allá de toda duda, será perfectamente objetiva desde el punto de vista de dicho orden y su perpetuación, optó por idealizar hegelianamente a esa “razón”, situándola no en la historia sino generando a la historia, anclada exclusivamente en el “. . . conocimiento científico —cada vez más amplio y más profundo— que el hombre tiene tanto de la naturaleza como de la sociedad. . .”.

Baran, que era anticapitalista, trató de poner de este modo a la “ciencia” de parte de la crítica del capitalismo,

¹⁴ *Ob. cit.*, p. 80.

proponiéndola como fuente de la descripción del “excedente económico potencial” en este orden social; dicho de otro modo, el excedente económico potencial no sería definido por la “razón objetiva” de las clases sociales anticapitalistas sino por una razón “científica” por encima de las clases sociales. Con ello sólo fetichizó a la ciencia e hizo un flaco favor a la causa del socialismo, porque un socialismo que no se explica por los intereses, necesidades, gustos, preferencias, instinto o antojo de un conjunto de clases sociales, sino por una “razón científica”, puede bien considerarse inevitable así como debe aceptarse también la infalibilidad de la organización política que persiga “científicamente” tan “científico” fin. Y ambas cosas son falsas. La razón objetiva del capitalismo para autoperpetuarse es tan válida como la del anticapitalismo para eliminarlo, por mucho que ambos aleguen razones “científicas” para justificarse. En definitiva el capitalismo se mantendrá o no y el socialismo se desarrollará o no según sean la fuerza y habilidad políticas puestas en movimiento en uno u otro sentido. No existe un dios que asuma el nombre de “ciencia” (o “razón objetiva” o “destino histórico” o cualquier otro de igual prosapia) que determine un curso ineluctable a los hechos.

– *El excedente económico planificado y la racionalidad de la irracionalidad*

La verdadera extensión del problema se manifiesta cuando Baran explica una tercera noción del excedente: el “excedente económico planificado”. Este, que “... es importante únicamente para la planeación económica cabal del régimen socialista. . .” consiste en “. . . la diferencia entre el producto ‘óptimo’ que puede obtener la sociedad en un ambiente natural y técnico históricamente dado y en condiciones de una utilización planeada ‘óptima’ de todos los recursos productivos posibles, y el volumen ‘óptimo’ del consumo que se elige”.¹⁵ Los volúmenes óptimos involucrados, según

¹⁵ *Ob. cit.*, p. 94.

aclaró Baran aunque era innecesario, no son iguales a los de una economía burguesa, puesto que no están determinados por los intereses de esta clase. ¿Qué racionalidad puede determinar entonces el óptimo?; fiel a su cientificismo, Baran declara que estos óptimos "... representan el juicio sereno de una comunidad socialista guiada por la razón y la ciencia...". Pero ocurre que este "juicio sereno", orientado nada menos que por la Ciencia (no se puede, en estas circunstancias, dejar de otorgar a ésta la dignidad de una mayúscula), explica en la Unión Soviética un gasto en armamentos igual o mayor al de Estados Unidos, en circunstancias que tal gasto en este último país representa algo así como el *summum* de lo "innecesario" e "irracional". ¿Será el socialismo (el de la Unión Soviética) irracional?; ¿es que el capitalismo de los Estados Unidos se ha vuelto científico? Ni lo uno ni lo otro; simplemente Baran ha desarrollado tanto el hilo de su argumentación que ha terminado enredado en él: en realidad tanto la Unión Soviética como los Estados Unidos, en función de las relaciones de fuerzas sociales y políticas que experimentan internamente —y no por mandato de una "razón científica" ubicada por encima de la política— resuelven ocupar una parte de su producto en armamentos. Deciden así una forma idéntica de utilización de sus excedentes porque así lo establecen sus diferentes —esto no puede dudarse— "razones objetivas".

4. El objeto es el excedente en tanto producto disponible para la acumulación (segunda y última aproximación)

— *El excedente disponible para el desarrollo: un anillo que no viene al dedo de la política económica*

Tal parece, a estas alturas, que no existe una opción mejor, desde el punto de vista de las necesidades de la política económica, que el excedente al que según hemos dicho se enfrenta objetivamente el agente de tal política, esto es aquel que Baran denomina "real". Sólo para terminar de comprobarlo podemos hacer una última comparación y esta vez con una definición que, a primera vista, viene como anillo al

dedo a los requerimientos conceptuales de la política económica. Se trata de lo que Charles Bettelheim denomina "excedente disponible para el desarrollo" y que, según explica "... puede ser calculado deduciendo del excedente económico corriente lo que llamo los 'gastos generales sociales', es decir, los gastos unidos al funcionamiento de la sociedad en las mismas condiciones y al mismo nivel que anteriormente".¹⁶ En los términos del propio autor, este excedente es igual a la diferencia entre el "producto social disponible" (el producto social bruto menos los gastos de renovación) y los costos correspondientes a la suma del consumo de los trabajadores y sus familias más los "gastos generales sociales".

Esta agregación de los gastos generales sociales al consumo de los trabajadores y sus familias permite a Bettelheim desarrollar un nuevo concepto: el de "consumo necesario para la reproducción simple" que, según explica "... es más amplio que el consumo de los solos trabajadores productivos o que el 'consumo esencial' tal como es definido por Paul Baran. . . puesto que comprende, especialmente, la carga de mantenimiento de las clases ociosas o parasitarias. . . Es el análogo, al nivel del consumo, de lo que es la renovación al nivel de la inversión. Es decir, incluye *la totalidad de consumos que aseguran el mantenimiento de la economía y de la sociedad al nivel anteriormente alcanzado*. Si el consumo que ha sido así definido es considerado 'necesario', se debe subrayar que es necesario para el mantenimiento de cierto *statu quo* y para realizar un nuevo desarrollo económico".¹⁷ Como salta a la vista esta es exactamente el tipo de categoría que necesitamos: una que toma en consideración aquello que resta luego que del producto se sustraen los costos correspondientes al consumo de todos los individuos involucrados en la mantención de la situación social que explica al propio producto.

¹⁶ *Ob. cit.*, p. 117.

¹⁷ *Ob. cit.*, p. 118.

Pero desafortunadamente es demasiado buena para ser real. Y tan irreal es que seguramente ningún individuo puesto en la situación de “agente de la política económica” podría reconocer en ella a su “objeto”, sencillamente porque no podría distinguir unos consumos de otros (los “necesarios para la reproducción simple” de los innecesarios). La verdad es que aunque no todos los consumos sean necesarios, el agente de la política económica no ve nunca a aquellos que no lo son. El excedente al que se enfrenta como objeto no comprende esos consumos “innecesarios”; él opera sólo con los valores que restan a *todos* los consumos y si algunos de éstos fueron innecesarios es pura mala suerte pues ya no se puede hacer otra cosa con ellos. La definición de Bettelheim es perfecta, pero lamentablemente es sólo académica, no sirve para desenvolverse en el mundo de verdad. En ese mundo el único excedente que existe es la diferencia entre la producción real y el consumo total, esto es —y así volvemos al lugar de donde partimos— el “excedente económico real” de Baran.

— *El objeto de la política económica*

Este excedente, objeto de la política económica, es en la práctica el ahorro social, esto es la parte del producto que la sociedad (en las condiciones sociales y sobre todo políticas concretas que la caractericen) decide dejar disponible para la acumulación, es decir destinado a la inversión para el crecimiento. Ese es, en definitiva, el objeto de la política económica. Se trata de un objeto que puede encontrarse en todo tiempo y ámbito social; que se ha presentado en las viejas sociedades esclavistas —en las que se producían excedentes— y se presenta hoy en las economías del “socialismo realmente existente”. En todos los momentos y lugares en los que la comunidad decidió y decide, por intermedio de sus propios mecanismos, qué hacer con su excedente, ha habido y hay política económica.

Por el contrario, en sociedades en las que no hay acumulación sencillamente no existe política económica, así sean

éstas comunidades primitivas o las más complejas economías modernas. Y es fácil de entender puesto que al no haber acumulación, la sociedad se mantiene en la misma condición permanentemente: es una situación en la que nada puede ser orientado en dirección alguna, en la que la sociedad, la política y la economía no cambian. Puede tratarse tanto de una agrupación de recolectores que consuman todo lo que obtienen directamente de la naturaleza, como de una comunidad medieval incapaz de generar excedentes o de una utópica sociedad futura en la que todas las necesidades de los seres humanos estén satisfechas consumiéndose lo que se produce. En todos estos casos no existirá la política económica, esto es la intervención de un agente consciente sobre una variable económica a fin de provocar efectos en la misma economía y en la sociedad. En una sociedad destinada a permanecer siempre igual el único efecto posible es la mantención de lo existente y, para ello, no es necesaria la intervención; no es necesaria, en definitiva, la política económica.

II. EL SUJETO DE LA POLITICA ECONOMICA (LA POLITICA DE LA ECONOMIA)

1. Quien (no) hace la política económica

- *Un misterioso personaje que actúa en nombre de toda la sociedad*

Es el momento de ofrecer una excusa al lector pues pocas obras se atreven a llegar a las alturas de ésta sin revelar la identidad de su protagonista, en nuestro caso el enigmático personaje al que sólo nos hemos referido como “agente consciente de la política económica”. Una proeza quizá comparable con la del inolvidable autor de *El Halcón Maltés*, Dashiell Hammett, que murió sin revelar mayores datos acerca del “agente de la Continental”.

Hace algunos años tal vez hubiésemos podido establecer un elegante paralelo con el Gogol de *La Nariz* pues, como él, hemos llegado a definir un personaje-cosa, el excedente económico, que aparentemente actúa sin un sujeto que lo gobierne; hoy por hoy, en cambio, esta literatura de objetos que se mueven por sí solos nos acercaría más bien al “exorcista” de William Blake o al cine de “poltergeist”, “gremlins” o encuentros cercanos de todo tipo de Steven Spielberg. Y como no es nuestra intención ocupar un lugar en la literatura o el cine fantástico de nuestros días, no tenemos más remedio que revelar la identidad del personaje —“el agente consciente”— capaz de poner en movimiento a ese objeto que tanto trabajo nos costó definir en el capítulo anterior.

Antes de ir al grano, sin embargo, debemos aclarar que el orden de la exposición no ha sido casual. Para orientar la

búsqueda de nuestro personaje resultaba necesario saber primero de su objeto puesto que el tamaño de éste sería, a fin de cuentas, la única medida del sujeto capaz de actuar sobre él. Cumplido este trámite ya podemos trabajar sobre dimensiones conocidas. Primero las del objeto, de talla nada despreciable por cierto: se trata ni más ni menos que del excedente económico *social*, o sea del ahorro generado por toda la comunidad —o el país, la nación, la formación social o como quiera llamársele— y no de un ahorro particular o de un conjunto de ahorros particulares, por muy importantes que ellos sean. La distinción parece trivial pero no lo es, pues “hacer” política económica, vale decir operar sobre el ahorro social, involucra una capacidad de acción también social —o nacional, si se quiere mantener la analogía anterior—; exige, en definitiva, la capacidad de actuar *en nombre* de la sociedad, asumiendo la representación del conjunto y no la de una individualidad —así sea corporativa— o la de un conjunto de individualidades. Y esta es, como veremos una capacidad nada fácil de adquirir.

— *No importa quién es sino qué puede hacer*

Ningún lector de estas líneas, por entusiasta o seguro de sí mismo que sea, podrá jamás presumir de hacer o haber hecho política económica en nombre propio y por la exclusiva fuerza de su voluntad personal. Tampoco podrá presumir de tal cosa el autor o los colegas del autor, a pesar de que algunos de ellos estén convencidos de que las cosas marcharían mejor si se les permitiera dirigir la economía nacional desde sus casas.

La capacidad de hacer política económica le está igualmente vedada a una empresa, cualquiera que sea el poder económico que pueda exhibir. En su caso —que duda cabe— podrá actuar en relación al excedente social, pero sólo sobre una *parte* de él: aquella que controla directa o indirectamente; y la política económica, ya sabemos, puede ser tal únicamente cuando comprende a *todo* el excedente. La intervención de muchas empresas sobre este excedente, por

otra parte, tampoco produce una política económica: sólo puede representar una adición de operaciones y objetivos distintos entre sí que, contra las leyes elementales de la aritmética, dará siempre un total inferior a la suma simple de sus partes. A decir verdad solamente podría hacer política económica un monopolio nacional absoluto, vale decir aquella empresa que estuviese en la condición de productora y empleadora única, pero en ese caso probablemente ya no hablaríamos de monopolio sino de planificación centralizada.

Por razones semejantes a las expuestas hasta aquí, la capacidad de hacer política económica tampoco reside en los partidos políticos, en las instituciones académicas o en los órganos de información pública, todos los cuales cotidianamente influyen, condicionan e incluso limitan esa capacidad, pero no son depositarios. Y no lo son, en último análisis, porque no detentan la licencia necesaria para actuar en representación del conjunto social, aunque eventualmente utilicen un discurso que pretenda interpretar a ese conjunto.

Después de descartar tantos prospectos no parece mala idea cambiar de procedimientos y, en lugar de preocuparnos del personaje, interesarnos más bien por esa capacidad que lo caracteriza y que aparentemente es tan difícil de hallar en individuos e instituciones. Al hacerlo, sin embargo, debemos advertir que nos internamos en un terreno pantanoso porque, como quiera que se vea, tal capacidad de representar al conjunto de la sociedad, dirigiendo sus actividades y por lo tanto orientando su destino no puede ser otra cosa que el *poder*, lo que explica que nos hayamos tropezado con tantos que creen tenerla y con ninguno que la tenga en realidad.

Pero, pantanosa o no, parecer ser la ruta que debemos seguir. Comencemos pues a recorrer los misteriosos senderos del poder.

2. Lo que siempre quisimos saber sobre el poder... y nos atrevimos a preguntar (o lo que va de la voluntad de hacer a la capacidad de hacer)

— *El poder es una correlación de fuerzas políticas (o la diferencia entre la voluntad y la capacidad de hacer)*

El poder, vale decir la capacidad de dirigir a la sociedad y, en nuestro caso particular, de intervenir sobre su excedente económico, puede explicarse como una voluntad de hacer que se impone a otras voluntades que se manifiestan igualmente en la sociedad oponiéndose a ella. Cabe preguntar primero, por lo tanto, qué instancia social puede ser depositaria de una "voluntad de hacer", vale decir de la intención de orientar a la sociedad en su conjunto en un sentido determinado. La respuesta, dado que nos movemos en un plano social, no puede sino remitirnos a una asociación corporativa, es decir a la asociación de individuos que se identifican por un común rasgo social.

Y ya en el terreno de las identidades sociales la primera posibilidad se plantea en la esfera económica o "estructural" de la sociedad, en torno de las clases y fracciones de clase que se definen a partir de la ubicación de los individuos en los procesos productivos y de servicios. Se trata de una situación corporativa independiente de la voluntad de los propios individuos ya que deseándolo o no y, lo que es más importante, estando conscientes de ello o no, todos terminan por pertenecer a una clase social, así sea por la vía de no participar en absoluto de los procesos productivos, lo que justificaría la expresión "clases ociosas" o "parasitarias".

El número de individuos pertenecientes a cada clase o fracción de clase da cuenta de su "fuerza" corporativa; una fuerza que en honor de su origen bien podemos llamar "social". Esta *fuerza social* puede incluso ser medida de una manera simple (cuántos obreros calificados, cuántos sin calificar, cuántos campesinos, cuántos empresarios industriales, cuántos rentistas, etc.), por lo que es posible estable-

cer de manera igualmente simple la relación entre todas ellas o *correlación de fuerzas sociales*. Pero esta es una correlación de fuerzas en estado salvaje, fuera de toda posibilidad de control puesto que el número de miembros de una clase —que debe aceptarse como un hecho que no puede ser alterado por la acción de las mismas clases— no garantiza una “voluntad de hacer”, esto es una capacidad de aplicar esa fuerza “social” a la tarea de orientar a la sociedad en un sentido u otro. En definitiva la correlación de fuerzas sociales, por sí sola, no pasa de ser un dato estadístico.

La verdadera capacidad de actuar de una clase o fracción de clase comienza a revelarse cuando ese grupo se homogeniza y, fundamentalmente, cuando alcanza la autoconciencia y promueve su organización con el propósito de lograr objetivos corporativos particulares; este es, claro está, el terreno de gremios y sindicatos. Pero las cosas no se detienen en este terreno que resulta limitado. En realidad la capacidad de acción de clases y fracciones se hace efectivamente social cuando éstas tienden a concebir sus intereses más allá del exclusivo ámbito corporativo interpretándolos también como intereses de otros grupos, vale decir cuando estos intereses se presentan como una proposición para toda la sociedad. Ese es exactamente el momento en que el grupo corporativo define su “voluntad de hacer” social, esto es su voluntad de orientar los destinos de la sociedad en su conjunto y no exclusivamente los suyos propios; cuando define, en suma, un *proyecto* —una forma deseada— de sociedad. He ahí, por lo tanto, el momento estrictamente político de la asociación corporativa, el instante en que plantea su opción ante el *poder*. La nueva expresión de la fuerza corporativa puesta de manifiesto en estas circunstancias es, por consiguiente, una *fuerza política*, que a diferencia de la fuerza social resulta totalmente dependiente de la voluntad humana: obedece a sus objetivos, responde a su dirección y puede aumentar o disminuir de acuerdo a las decisiones y acciones puestas en práctica por los individuos. La expresión superior de esta “fuerza” es naturalmente el partido; de

aquí que, finalmente, tengamos a las asociaciones corporativas que definimos al inicio en una esfera puramente económica o “estructural”, chapoteando alegremente en el superestructural charco de la política.

Pero, según hemos aclarado ya en el capítulo anterior, la política no es una mera emanación de la economía; de ahí que debamos aceptar que con partidos políticos de marcada impronta clasista (oligárquicos, empresariales, sindicalistas, obreros, etc.), coexistan partidos constituidos y definidos sobre la base de intereses no estrictamente corporativos (partidos ecologistas, religiosos, nacionales, regionales y otros). Todos ellos, junto al resto de las entidades portadoras de proyectos sociales y por lo tanto —aunque no se constituyan en partidos— igualmente detentoras de esa “voluntad de hacer” que transmuta a simples individuos e instituciones en opciones ante el poder —a veces la iglesia, otras las fuerzas armadas y, así, quizás muchas más de lo que gente normalmente ingenua supone—, confrontan sus fuerzas —sus “voluntades de hacer”, sus proyectos sociales— estableciendo la *correlación de fuerzas políticas*. Y es esta correlación de fuerzas políticas la que, finalmente, produce la maravillosa alquimia que transforma la “voluntad” de hacer en “capacidad” de hacer, lográndolo por una vía sorprendentemente simple: cada fuerza política “hará” más o menos, esto es llegará a tener más o menos capacidad de dirección de la sociedad en su conjunto en la medida en que encuentre más o menos oposición de parte de las otras fuerzas políticas que concurren a la lidia. El paso de la *voluntad* de hacer a la *capacidad* de hacer representa así, a fin de cuentas, el tránsito de lo deseado a lo posible.

La correlación de fuerzas políticas, no mensurable cuantitativamente como la correlación de fuerzas sociales, consiste de este modo de un conjunto de voluntades e intenciones respecto de la sociedad que se unen o se oponen explicando la “capacidad de hacer” social. *La correlación de fuerzas políticas misma es, por lo tanto, el poder*: de aquí en consecuencia que la obtención del dominio social,

del “poder”, no deba entenderse a manera de conquista o “toma” de una institución o conjunto de instituciones —de donde supuestamente emane dicho poder— sino como la modificación en favor propio de una determinada correlación de fuerzas. En definitiva, como dijera Gramsci, “en política el cerco es mutuo”: quienes dominan cercan y dirigen al resto de la sociedad, pero los dirigidos imponen a su vez un límite a la dominación, un límite flexible que puede disminuir o aumentar conforme a su capacidad de modificar la correlación de fuerzas.

- *Cómo una situación de dominación y subordinación establecida en el plano económico puede expresarse —no reflejarse— en el plano político (en donde debemos referirnos, por lo tanto, a hegemonías, bloques en el poder y a la articulación entre “lo económico” y “lo político”).*

Aquí podemos hacer un alto en la travesía y autocongratularnos, pues el camino que decidimos seguir algunas páginas atrás ha resultado realmente eficaz: de hecho hemos avanzado mucho más indagando sobre esta peculiar capacidad de representar a la sociedad, que tanto nos inquieta, que tratando de identificar primero a su poseedor. De este modo ya podemos afirmar, aunque sin duda es insuficiente, que la política económica sólo puede originarse en una determinada correlación de fuerzas, en la que una de ellas es más influyente y por lo tanto determina sus rasgos generales, en tanto que otras sólo la mediatizan, condicionan o limitan. En otras palabras, la política económica deviene de una situación en la que una fuerza política, enfrentada y por lo tanto mediatizada e incluso limitada por otras, termina no obstante por imponer su predominio.

Sin embargo y como acabamos de señalar, esta primera conclusión no es suficiente pues, de no aclarar las situaciones y condiciones en que una fuerza política puede adquirir tan envidiable posición, corremos el riesgo de que se crea que es posible llegar a ella por simple casualidad, buena

suerte o por la exclusiva habilidad de quienes la dirigen. Y la verdad es que si bien algo —o mucho— de eso hay (especialmente la habilidad e inteligencia de los responsables políticos), también es cierto que existen elementos condicionantes que se manifiestan en determinadas situaciones sociales explicando que las cosas tiendan a ocurrir de un modo u otro. Es imprescindible, por lo tanto, que nos detengamos un momento a examinar esas situaciones y condiciones.

En primer lugar debe señalarse que, en cualquier momento de la historia que uno se anime a observar, resultará posible descubrir un conjunto de clases que detentan el dominio social y otras que, en relación a las primeras, pueden ser calificadas como subordinadas. Si se observa más atentamente todavía, se podrá llegar a la conclusión adicional de que, una y otra posición, se definen en torno de la propiedad de los medios de producción y de la capacidad de disponer de la propia fuerza de trabajo: tenderán siempre a dominar los propietarios de los medios de producción y a ser subordinados quienes sólo poseen su fuerza de trabajo —su capacidad de trabajar—, de la que dispondrán de distinta forma en diferentes periodos históricos y situaciones sociales (para ser más precisos, según las condiciones que les impongan los sectores dominantes). La cuestión es clara en organizaciones sociales primitivas, pues pocas dudas acerca de quién era quién dejan las sociedades esclavistas —en donde los subordinados ni siquiera eran dueños de su propia fuerza de trabajo— o en las feudales, en las que éstos sólo podían disponer de ella parcialmente. La cosa es bastante menos nítida en cambio en una moderna sociedad capitalista, en la que quienes no poseen medios de producción pueden sin embargo disponer libremente de su fuerza de trabajo y en donde, por aquello de la democracia, todos los individuos estamos a la par, o por lo menos debiéramos estarlo después de que la guillotina trabajara tanto para hacernos “libres”, “iguales” y “fraternos”. Sin embargo no por menos evidente es menos cierto que en el capitalismo también son domi-

nantes los propietarios de los medios de producción y subordinados quienes no lo son. Y la explicación es la misma que para cualquier otra situación o periodo histórico: la propiedad de los medios de producción permite el control del proceso productivo y, con ello, del proceso de reproducción social; los no propietarios, en esas condiciones, sólo pueden “subordinarse” a la autoridad que esa capacidad de orientación de la reproducción otorga. Por otra parte y no menos importante, el control de los medios de producción —las “fuentes de trabajo”— concede a las clases propietarias la capacidad adicional de fijar las reglas según las cuales tendrá lugar el proceso de trabajo (la “producción”) y esas reglas pueden implicar, cual tributo a la propiedad misma, la retención de una parte del valor creado por el trabajador; la calidad de dominante incluye así, como rasgo característico, la capacidad de explotar, en tanto que la subordinación entraña la posible condición de explotado.

Cabe aceptar, pues, que cierta posición en el plano económico confiere innegables privilegios a algunas clases sociales y coloca en una nada envidiable situación a otras. La cuestión ahora es cómo esa posición definida en la esfera económica puede expresarse en la esfera política ya que, como hemos insistido varias veces, es inaceptable la idea que la política sea un exclusivo reflejo de la economía. En otras palabras, es necesario establecer cómo las clases dominantes inclinan en su favor la correlación de fuerzas políticas, cuál de ellas asume la posición predominante y cómo y a qué costo lo hace, no sólo en relación al resto de las clases dominantes sino también de las subordinadas.

Al abordar estos problemas es necesario comenzar por aclarar que el escenario en que tienen lugar los acontecimientos, el de la “política”, se caracteriza por un ambiente más bien enrarecido, en el que no sólo se oponen las fuerzas que representan a dominantes y subordinados, sino que también se relacionan y enfrentan entre sí aquellas que expresan a todas las clases y fracciones de clase que sea posible identificar en el interior de estas dos grandes categorías.

Se trata, en términos generales, de algo bastante parecido al caso original del que nos habla el *Génesis*; como en aquellos viejos tiempos, por lo tanto, también es necesaria la introducción de un principio ordenador. Este principio es aportado por la clase, fracción o combinación de clases o fracciones de clases dominantes que desarrolla la capacidad de interpretar al conjunto de éstas, imprimiendo en su conciencia colectiva la certeza de que los intereses de todas se verán satisfechos en la medida que se realicen los suyos propios.

Es, en el fondo, una capacidad parecida a la fascinación: el grupo o combinación de grupos sociales que impone el principio ordenador y que por lo tanto asume la dirección de los dominantes debe ser capaz de hacer que los otros grupos se “vean” en él; que entiendan que los éxitos del dirigente serán también éxitos propios y que la prosperidad del dirigente significará, a la larga, también la prosperidad propia. Se trata de una dirección que tiene por lo tanto un contenido ético: el grupo o combinación de grupos dirigentes debe ser capaz de imponer sus principios y sus creencias esto es, a fin de cuentas, su ideología. Pero no es todo ya que este mismo grupo debe representar realmente los intereses políticos de los demás para que su “glamour” surta efecto; de aquí que sus propios intereses deban traducirse en una fórmula —el “proyecto social” del que se hablaba páginas atrás— capaz de contener, así sea parcialmente, esos otros intereses. La dirección de los grupos dominantes será ejercida así, finalmente, por el grupo (clase, fracción de clase o combinación de ellas) que logre imponer su *hegemonía ético-política* sobre las demás. Sin embargo no seríamos realistas si no aceptáramos que la composición concreta de elementos de todo orden (económico-corporativos, políticos, ético-morales) que conforman el proyecto social puede ser de tal naturaleza que no alcance a la *totalidad* de las clases dominantes, esto es que pueda no llegar a ser tan amplia (en sus concesiones económico-corporativas o en su universo ideológico) como para conseguir que el conjunto de esas clases dominantes, sin excepción, se vea “reflejado” en él.

Esta posibilidad nos permite terminar de comprender la cuestión del dominio social sin el esquematismo que nos imponía nuestra primera aproximación, puramente económica, al problema: ese dominio social, en términos *políticos*, no será necesariamente ejercido por la totalidad de las clases dominantes —definidas como tales desde una perspectiva económica— sino por la agrupación de ellas —que eventualmente podría abarcar esa totalidad— que se encuentre encuadrada en el proyecto social de la clase o fracción (o combinación de clases o fracciones) que haya impuesto una hegemonía ético-política sobre ellas; a esa agrupación la denominaremos, consecuentemente, *bloque en el poder*.

Pero todo lo anterior no es todavía suficiente para explicar una capacidad de dirigir a la sociedad en su conjunto, esto es de volcar en favor propio la correlación de fuerzas políticas que se manifiesten en toda la sociedad, puesto que hasta aquí nos hemos referido sólo a las clases dominantes.

La cuestión, sin embargo, no es excesivamente compleja: la capacidad de dirigir a la sociedad en su totalidad —esto es de imponer a toda la sociedad un determinado proyecto social— es equivalente a la imposición sobre toda esa sociedad de una hegemonía ético-política. Para ese efecto el grupo hegemónico, que ya detenta la dirección del bloque en el poder, deberá desarrollar en relación a los subordinados la misma “fascinación” que ejerce sobre éste, imponiéndoles sus principios y su moral, su visión del mundo y sus valores. Deberá lograr a fin de cuentas, que también los subordinados se “vean” en él, esto es que hagan suya su ideología y actúen conforme a su ética. Pero como en el caso anterior, tampoco será suficiente: para imponerse, el grupo o combinación de grupos hegemónicos deberá también asumir ciertos compromisos con los subordinados, aceptar ciertas reglas del juego y admitir para ellos ciertos beneficios aunque, claro está, sin llegar tan lejos como para que se anule la condición económica que es privilegio del dominante. Satisfechas estas condiciones, el grupo que nos preocupa será también hegemónico sobre los sectores subordinados, que aceptarán

las características de su condición de tales —incluyendo las reglas del juego y los eventuales beneficios económico-corporativos que las condiciones específicas de la hegemonía puedan implicar— como parte del proyecto social que se ha impuesto. Su aceptación de esta situación no será así pura resignación sino consenso y no un consenso pasivo —que en definitiva representaría otra forma de resignación— sino uno *activo*, que se explicará por la circunstancia de haber hecho *suyo* el proyecto social aunque éste sea el del grupo hegemónico.

Esa es, en suma, la manera como una situación definida en la esfera económica —la dominación de clase—, se expresa en el plano político. Se manifiesta así el carácter limitante de lo económico, que define el universo de clases, fracciones y fenómenos sociales que pueden dar lugar a fuerzas políticas, pero queda también claro que esa situación económica no determina a los fenómenos políticos, puesto que en la imposición de una hegemonía no hay nada mecánico ni mucho menos “destinos históricos” que expliquen que las cosas deban ocurrir de un cierto modo y no de otro. Imponer su hegemonía y conquistar así el derecho de dirigir a la sociedad es un proceso que puede llevar a cabo cualquier fuerza política. A ninguna le está impedido intentarlo —incluidas aquellas que no representan intereses corporativos directos— y conseguirlo dependerá —en estas condiciones sí— de la capacidad de visión y comprensión de la sociedad que tengan quienes asuman la dirección de las operaciones, así como de la habilidad que muestren en la tarea. La condición dominante definida en la esfera puramente económica no será garantía, por otra parte, de una situación de dominio político; como hemos visto, una clase o fracción de clase dominante puede estar o no en el bloque en el poder, en tanto que ese mismo bloque puede recomponerse tantas veces como resulte de los avatares de la disputa por la hegemonía.

La política, en buenas cuentas, no es una práctica que oponga sólo a dominantes y subordinados: también los distintos grupos dominantes se enfrentan entre sí.

Y todo lo anterior es del mismo modo válido para las fuerzas políticas que representan a los grupos subordinados: entre ellas se planteará igualmente la posibilidad de desarrollar una hegemonía que alcance, primero, al conjunto de estos grupos y, luego, que se imponga sobre toda la sociedad. De ocurrir esto último, claro está, se desarrollaría un proyecto social correspondiente a los intereses de las clases subordinadas, lo que tendría como consecuencia justamente el fin de tal subordinación. En ese caso, en consecuencia, se modificarían los términos específicos de la relación de dominación-subordinación —esto es quiénes dominan y quiénes son subordinados—, en el marco de un nuevo proyecto social (de una nueva forma de organización y desarrollo de la sociedad). Aplicando el mismo razonamiento que empleamos al abordar el problema en lo que toca a las clases dominantes, debemos aceptar aquí dos cuestiones centrales: que las fuerzas políticas que representan intereses de los subordinados disputan entre sí por esa hegemonía y que el proyecto social que puede finalmente imponerse como hegemónico no interpretará necesariamente a todos esos subordinados sin excepción. La lucha por la hegemonía sobre la totalidad social podrá enfrentar, así, al proyecto del bloque en el poder con el proyecto de un *bloque opositor*, siendo ambos bloques expresiones no mecánicas ni directas de las clases dominantes y subordinadas de la sociedad.

Lo que resalta como evidente, después de todo lo anterior, es que en cualquier circunstancia los eventos relativos al “poder” se referirán a una específica forma de relación entre las distintas fuerzas políticas que puede contener la sociedad, que se explicará en términos de la hegemonía que una (o una combinación) de ellas pueda imponer, y que definirá una estructura particular de relaciones de dominación y subordinación entre un bloque en el poder y el resto de las clases y fracciones de clase de la sociedad en el marco del desarrollo de un determinado proyecto social que expresará los intereses dominantes que representa ese bloque en el poder.

Esta forma de articulación orgánica entre “lo económico” o “estructura” —que es donde se expresa y desarrolla el proyecto social— y “lo político” o “superestructura” —en la que se manifiesta e impone la hegemonía— fue llamada *bloque histórico* por nuestro ya muy citado Gramsci y constituye el punto de origen de la política económica: la correlación de fuerzas que autoriza a “actuar” en nombre de la sociedad —vale decir la hegemonía impuesta en esa sociedad— permitirá, de acuerdo a lo visto en las primeras páginas de este capítulo, “hacer” política económica, esto es intervenir sobre el excedente social; y esa intervención, como resulta claro ahora, no podrá tener otra intención que la de realizar el “proyecto” del grupo hegemónico y del bloque en el poder. Sin embargo y a pesar de estos notables avances, todavía no hemos sido capaces de contestar de una manera precisa la pregunta que nos hicimos al comenzar estas páginas: aún no sabemos quién, específica y concretamente, puede hacer esa política económica, así sea en representación del “grupo hegemónico” y del “bloque en el poder” que acabamos de descubrir como protagonistas sociales. Vayamos, pues, tras esa respuesta.

3. El sujeto de la política económica es el Estado, pero antes es necesario aclarar algunas cosas (entre ellas: ¿qué demonios es el Estado?)

— *La correlación de fuerzas políticas es un animal de dos cabezas (1): las condiciones históricas que fusionaban al Estado y la Sociedad Civil*

Como esos curiosos animalejos que sin darse cuenta pasaron de la mitología griega a la heráldica europea, o como algunos de los seres imaginarios de Borges, la correlación de fuerzas políticas tiene dos cabezas. Una expresa la diversidad en movimiento, la confrontación de opciones, en tanto que la otra representa la cristalización de esa diversidad, el consenso —en condiciones de hegemonía— que ella permite en cada periodo o situación histórica. Dos cabezas pero un solo

animal ya que, por ser ambas expresión de la correlación de fuerzas, ambas lo son también del poder; en las dos, por lo tanto, se manifiesta la hegemonía. Y como dos cabezas pueden llegar a requerir dos sombreros, a estos dos momentos del poder les es dado utilizar dos distintos, aunque estrictamente complementarios, canales de expresión: el *Estado* y la *sociedad civil*.

El Estado, en este contexto, es la manifestación del consenso o, si se prefiere, de la correlación de fuerzas cristalizada; en buenas cuentas, la herramienta de ejecución de lo que la correlación de fuerzas permite hacer al grupo —o combinación de grupos— hegemónico. La sociedad civil, por su parte, constituye la instancia de expresión de “lo diverso”, esto es el escenario para la confrontación de las fuerzas políticas y, por lo tanto, el medio natural de desarrollo de la hegemonía.

Pero el “poder” no siempre ha utilizado estos dos canales para expresarse, razón por la cual esta dicotomía no constituye una “ley general” ni nada que se le parezca y nosotros nos salvamos de convertir este texto en un manual. De hecho, como trataremos de explicar luego, esta separación sólo surge en la historia con la aparición del capitalismo y, todavía más, podemos agregar que al parecer la misma palabra Estado fue utilizada (o publicitada) originalmente recién por Maquiavelo, que como se sabe nació en el siglo XV y escribió su obra durante los primeros años del XVI; por otra parte el propio Maquiavelo, según todo parece indicar, quiso significar con esta expresión tanto una realidad jurídica como al pueblo que vivía en el territorio correspondiente.¹

En realidad las sociedades antiguas nos presentan más bien la visión de un todo que integra a lo que hoy podemos desagregar en Estado y sociedad civil. Esta situación es clara en la Grecia clásica en donde el Estado y la comunidad (la

¹ Cf. *El Príncipe*, Ed. Bruguera, España 1983. Especialmente los comentarios a propósito de las notas de María Maggi a la edición italiana de Capelli Editori.

ciudad) conformaban una unidad (la “polis” o, como se la conoce ahora, “ciudad-Estado”), en la que lo político, lo jurídico, lo religioso y lo moral se confundían². Con los siglos todos los ciudadanos atenienses adquirieron el derecho de gobernar y, reunidos en el “ágora” en “asamblea popular”, participaron directamente de la gestión de los asuntos públicos. Ser ciudadano involucraba una forma de vida que contenía en sí misma a la política: hacer política consistía en comportarse de cierta manera, con arreglo a cierta ética³ e influir y ser influido por los demás —circunstancia que ahora identificaríamos con la sociedad civil—, al mismo tiempo que decidir y ejecutar la voluntad colectiva —asuntos que hoy en día corresponderían más bien a la competencia del Estado. Se trataba en última instancia de una concepción de la vida comunal como actividad política por sí misma, que anulaba en la práctica la diversidad que hoy aceptamos entre “lo público” y “lo privado”⁴. Era una forma de convivencia incuestionablemente democrática, que sin embargo se asentaba sobre una estructura social cruelmente antidemocrática. La democracia contenida en esa fusión de Estado y sociedad civil alcanzaba únicamente a la minoría: sólo eran “ciudadanos” y por lo tanto sujetos de ese ejercicio democrático los propietarios, que aunque se agrupaban en varias clases (los atenienses llegaron a distinguir cuatro clases de acuerdo con la propiedad), no representaban más que una modesta proporción social. La mayoría, constituida principalmente por esclavos, quedaba fuera

² Para Aristóteles la ciudad, entendida como comunidad política, representaba la forma superior de asociación, aquella que comprendía a todas las demás. (Cf. *La Política*, Ed. Bruguera, España 1981).

³ Este es un tema recurrente en Aristóteles.

⁴ La cuestión de la separación entre lo público y lo privado, como base de una diferenciación entre las sociedades antiguas y las modernas, está espléndidamente desarrollada por Arnaldo Córdova en *Sociedad y Estado en el Mundo Moderno*. (Ed. Grijalbo, México, 1976).

de ese ejercicio y despojada de todo derecho. En esas condiciones por lo tanto, para dirigir a la sociedad bastaba con imponer una hegemonía sobre las clases propietarias dominantes.

Esta fusión de Estado y sociedad civil, junto con la misma penosa limitación de la democracia, se repitió a lo largo de la historia hasta el capitalismo. Fue clara, por ejemplo, tanto en la república como en el imperio romano, en donde la democracia directa griega fue reemplazada por una instancia de representación, el “Senado”, que mantuvo una relación cruzada de funciones con lo que ahora deberíamos llamar “poder ejecutivo”, al extremo que los senadores fueran designados por cónsules y emperadores y éstos, a su vez, lo fueran por aquéllos. El Senado —que con Julio César llegó a contar con 900 integrantes— estuvo originalmente compuesto sólo por la nobleza (los “patricios”), pero pronto se vio enriquecido en su función de representación ciudadana por la institución del “tribuno”, representante con derecho a veto de los “plebeyos” (de una palabra latina que significa “gente común”); éstos después tuvieron también derecho a ser cónsules, sensores e incluso senadores y con el tiempo se amplió la ciudadanía romana a quienes no fueran terratenientes, aunque claro está siempre que fuesen propietarios de “algo” (comerciantes o artesanos). La democracia pudo brillar así de una espléndida manera, pero se siguió dejando fuera de ella a la mayoría subordinada, a los no propietarios. De esta forma la dirección social siguió también condicionada sólo a la imposición de una hegemonía sobre las clases dominantes.⁵

La sociedad feudal por su parte, heredera al fin del imperio romano, no podía sino reflejar esta misma situación.

⁵ Esta lucha por la hegemonía en Roma fue, a lo largo de los siglos, plena, apasionada y apasionante. Impulsó la formación de partidos “conservadores”, “populares” y “reformistas”, dio lugar a intentos de transformación con sentido popular que hoy, quizá, llamaríamos “revolucionarios” (como los proyectos políticos de

Durante la revolución francesa, que terminó de legitimar políticamente al capitalismo, Luis XVI —que personificaba como nadie al *ancien régime*— pasó a ser llamado “ciudadano Capeto” y no por capricho ciertamente sino porque, de esta manera, quienes lo habían derrocado intentaban volver las cosas a su lugar de origen. Capeto, el apellido del infortunado ex-rey, provenía del apodo de su ancestro Hugo, llamado así por su costumbre de utilizar cierta capa y quien, el año de gracia de 987 a la muerte del último de los reyes descendientes de Carlomagno —Luis V, apodado a su vez “el holgazán” por quienes lo conocían bien—, fue *elegido* rey por una asamblea de sus iguales, señores feudales como él. Al asumir su nueva investidura Hugo Capeto no era, en consecuencia, más que un *primus inter pares*; su poder, como el del resto de los señores feudales, no valía más que la extensión de sus propiedades, y de hecho, muchos de sus presuntos vasallos eran más poderosos que él. Su posición política tenía origen directo en su posición social —en su actividad o vida “privada”—, confundándose con ella y explicando la condición de igualdad que lo vinculaba a sus súbditos. Y se trataba de una igualdad que por el momento debe de haber llegado a resultar molesta al nuevo monarca, tal como, por ejemplo, cuando reprochó al conde de Angulema —a quien dicho sea de paso enfrentaba en combate gritándole “¿quién te hizo conde a ti?” y debió resignarse a recibir como respuesta un “el mismo derecho que te hizo rey a ti”.

los hermanos Graco) y motivó desgarradoras guerras civiles. En las mismas circunstancias a su vez, las clases subordinadas, marginadas como estaban de la democracia, no tuvieron otra opción que la rebelión. De ahí que durante la república Roma conociera por lo menos tres importantes alzamientos de esclavos, uno de ellos el de los gladiadores encabezados por Espartaco. Tales alzamientos fueron una nueva versión de las rebeliones de ilotas en la antigua Grecia y serían el antecedente de las “jacqueries” de la Edad Media.

- *La correlación de fuerzas políticas es un animal de dos cabezas (2): la separación del Estado y la Sociedad Civil en el capitalismo. . . y sus consecuencias*

Sólo la decadencia del feudalismo rompió esta relación de igualdad que, al fundir la actividad política y la cuestión pública de la clase dominante, integraba a la sociedad civil con el Estado. Se trató de un largo proceso de lucha hegemónica entre fuerzas políticas dominantes que llevó, en la baja Edad Media, a la constitución de la “Cámara de los Comunes” (en buen romance de los burgueses, la clase emergente) en Inglaterra y al funcionamiento de los “Estados Generales” (señores, burgueses y clero) en Francia. El resultado fue la centralización del poder público en el rey, al grado de que siglos más tarde otro Capeto, Luis XIV, podía afirmar con orgullo “el Estado soy yo”. La gestión pública ya se distinguía de la política: el Estado se había separado de la sociedad civil.

Y se trataba de un cambio que en ningún caso podía considerarse de poca monta pues en verdad quebraba la espina dorsal del feudalismo. En ese régimen el Estado y la sociedad civil eran uno porque la propiedad territorial y la gestión pública se confundían. La condición de propietario traía consigo la prerrogativa de esa gestión en el ámbito de la propiedad, en tanto que la política era la única forma posible de relación con los otros propietarios. Política y gestión pública eran así atributos “naturales” de la condición de propietarios territoriales, de señores feudales. Es más, todos los atributos mencionados hasta aquí lo eran de la propiedad antes que del propietario; el poder, la fuerza, la influencia, correspondían a un territorio del cual los terratenientes eran meros accidentes. La propiedad permanecía mientras los propietarios pasaban: York, Kent, Gloucester, Borgoña, Nevers, Artois, fueron señoríos que dieron su nombre a una infinidad de señores cuyo rastro se desvaneció en la historia mientras la tierra mantuvo orgullosa su poder. Fortalecer al rey, concentrar en él la gestión pública representó, en esas

condiciones, eliminar el poder intrínseco a ese tipo de propiedad y crear las condiciones de dominio de *otra*. De ahí que la revolución política que posteriormente eliminó a la monarquía absoluta e impuso al capitalismo no trajo consigo la abolición de la propiedad, pero sí la del privilegio que ésta podía involucrar; y para ello debió, por primera vez en la historia, igualar jurídica y políticamente a todos los seres humanos: no los igualó socialmente, no los hizo a todos propietarios, pero sí estableció el derecho de todos a serlo.

El capitalismo significó de esta manera algo más que la exclusiva imposición de nuevas relaciones sociales de producción o la pura dominación social de la clase burguesa (los propietarios de medios de producción que se enfrentan a trabajadores libres y con plena disposición de su fuerza de trabajo). En realidad tanto o más significativo que ello fueron los dos gigantescos efectos que provocó la superación del carácter político intrínseco de la propiedad. Así, la igualdad jurídica ante ésta —que promovió consecuentemente la igualdad política— estableció por primera vez como requisito para el ejercicio de la dirección social la condición de imponer una hegemonía *también* sobre las clases subordinadas. Desde el momento en que “hacer” política dejó de ser un privilegio de los dominantes, la capacidad de dirigirlos a todos dejó de depender exclusivamente de la capacidad de dirigirlos sólo a ellos; para orientar a la sociedad en un determinado sentido resultaba ahora indispensable contar también con el consenso activo de los subordinados. El segundo efecto fue necesariamente complementario del anterior: al eliminarse el estanco de la propiedad sobre la política y la gestión pública, éstas debieron separarse. La gestión pública se situó, así, aparentemente por encima de la política (esto es por encima de la diversidad, ahora legitimada), en una posición que le permitió presentarse como un poder aparte, como una expresión del conjunto, de la unidad.

La sociedad misma pasó de este modo a ser concebida como un acuerdo voluntario de todos aun dentro de la di-

versidad, en términos de un “contrato social” (Rosseau), regido por la “ley” en cuanto expresión abstracta de la voluntad de integración (Kant), a la vez que el Estado comenzó a ser idealizado como realidad de la moral y la razón (Hegel).

La política, esto es la forma de relación entre las fuerzas que expresan intereses y proyectos distintos obtuvo de este modo su propio escenario, la *sociedad civil*, en tanto que la gestión pública, expresión de esa misma confrontación cristalizada, del consenso social, hizo suyo al *Estado*.

Y de esta manera volvemos al momento en que nos encontrábamos páginas atrás, cuando contemplábamos casi con arrobo al monstruo bicéfalo de la correlación de fuerzas y reconocíamos en el Estado y la sociedad civil a sus expresiones. Pero algo ha cambiado de esa situación a ésta, ya que el largo rodeo que dimos hasta aquí nos permite, ahora, enfrentar al Estado sin las inhibiciones o los embelecos de esas páginas precedentes, aceptándolo como lo que realmente es: un producto concreto, limitado y relativamente reciente de la historia. No pretendemos adjudicar dimensiones epopéyicas a la tarea realizada, pero tampoco estamos por dejarla pasar así como así, sin un discreto elogio; después de todo meterse con el Estado no es cualquier cosa: el muy pícaro es más seductor de lo que aparenta y no son pocos los que han sucumbido a su hechizo después de haberlo mirado a los ojos. Sin ir más lejos, Engels, que creía saberlo todo sobre el tema, terminó fascinado por él y describiéndolo como una suerte de gigante imperturbable y omnipotente cuyo origen se remontaba tan atrás como el primer momento en que hubo propiedad privada, lo que le permitía afirmar refiriéndose a la Grecia “heróica” —bastante anterior a la “clásica” que nosotros nos atrevimos a sacar a colación— que ya en tan temprana época “no faltaba más que una cosa; una institución que no sólo asegurase las nuevas riquezas de los individuos contra las tradiciones comunistas de la constitución gentil, que no sólo consagrarse la propiedad privada antes tan poco estimada. . . que no sólo perpetuase la naciente división de la sociedad en clases, sino que tam-

bién el derecho de la clase poseedora de explotar a la no poseedora y el dominio de la primera sobre la segunda. . . Y esa institución nació. Se inventó el Estado".⁶ Y no es cosa de poca monta ver al Estado más grande, más fuerte y más antiguo de lo que realmente es: hacerlo acarrea el riesgo de terminar construyendo sociedades en las que el Estado llegue a ser tan grande que lo ocupe todo, tan fuerte que pueda impedir la existencia de cualquier situación que parezca amenazarlo —digamos algo así como la discusión democrática en la sociedad civil— y tan longevo que, en lugar de "extinguirse", se vuelve eterno.

Pero vueltos a poner los pies sobre la tierra debemos admitir que, a pesar de sus dimensiones no ciclópeas, a partir del capitalismo al Estado le corresponde desempeñar una tarea nada simple: servir de vía de manifestación del consenso o, en otras palabras, de herramienta de ejecución de lo que el o los grupos hegemónicos pueden hacer en el marco de la correlación de fuerzas existentes. De aquí que, para estar a la altura de las circunstancias, el Estado no tenga más remedio que organizarse en una estructura más bien sofisticada, cuyas partes por lo tanto conviene examinar por separado.

Con ese objeto podemos distinguir en primer lugar al parlamento o rama legislativa: una suerte de cabeza de playa de la sociedad civil (de la diversidad y confrontación política) en el Estado, razón por la cual se constituye en instancia natural de definición del consenso. En el parlamento se encuentran representadas en un sentido literal y material las distintas fuerzas políticas en una proporción equivalente a la influencia que ejercen sobre la sociedad; allí, por lo tanto, se precisa la capacidad de acción —los límites— de la actividad hegemónica. La capacidad de acción así delimitada queda plasmada en la *ley*, que debe asumirse consecuentemente

⁶ Federico Engels: "El Origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado", en Marx y Engels: *Obras escogidas* (en tres tomos), Editorial Progreso, Moscú 1974; Tomo III, p. 291.

como soberana. Nada puede ser superior a la ley en el ámbito de su "imperio"; ese es el principio básico que explica a una sociedad civil y a un Estado separados: ese es en realidad el elemento que los eslabona y que permite su existencia simultánea en términos de mutua complementariedad. En estas circunstancias, cuanto más desarrollado sea el sistema de representación parlamentaria —esto es cuanto más capaz sea de incorporar a la mayoría o a la totalidad de las fuerzas políticas que contenga la sociedad y en la proporción más cercana posible a la real influencia social de cada una— tanto mayor será la capacidad del Estado para establecer con justeza lo que puede y lo que no puede hacer el grupo que ha impuesto su hegemonía. Y como en la dictación de leyes y normas se estará expresando cotidianamente la correlación de fuerzas, la actividad parlamentaria legitimará por sí misma a la acción del Estado, aunque no todas las fuerzas políticas participen de ese procedimiento: bastará con que en el parlamento estén las fuerzas que representan a la *mayoría de la sociedad* y que a la formación de la ley concurra la *mayoría del parlamento*. En definitiva, para que el parlamento cumpla su función no es necesario que contenga la representación de *toda* la sociedad, aunque sí es imprescindible que los que queden fuera sean menos que los que estén representados adentro.

Junto al parlamento se ubica la cabeza visible del Estado, *el ejecutivo*, cuya función es precisamente la realización directa de aquello que ha sido sancionado como legítimo por la ley. En el ejecutivo, en consecuencia, se materializa la "capacidad de hacer" que la correlación de fuerzas políticas confiere al grupo (o grupos) hegemónicos; en él ("Jefe de Estado" o "jefe de Gobierno", "Presidente" o "Primer Ministro") termina por encarnarse el bloque en el poder.

Pero todo esto podría cojear lamentablemente si no se garantizara el vínculo entre el momento de la diversidad (la sociedad civil) y el momento del consenso o cristalización de esa diversidad (el Estado). De no existir esa garantía no habría seguridad de que el consenso respetase a la diversi-

dad (que el Estado aceptase la existencia de fuerzas sociales y políticas diferentes y por lo tanto con diferentes intereses) y que la diversidad respetase al consenso (esto es que las distintas fuerzas políticas aceptasen las normas de la mayoría y las reglas del juego). El elemento de vinculación es, según hemos comentado, la ley; la garantía del vínculo, por consiguiente, será aportada por una instancia cuya función consista en “hacer cumplir la ley”. Tan conspicua labor es llevada a cabo por un complejo aparato que va del “poder judicial” a la menos académica aunque casi siempre eficiente actividad de la policía y las Fuerzas Armadas, por otra parte formalmente integrantes del “poder ejecutivo”. Este aparato tiene por misión mantener el orden, objetivo que debe ser entendido en un sentido literal: la imposición de una hegemonía y la articulación de un “bloque histórico” que se encuentran en la base del desarrollo de un proyecto social dan cuenta de un denso “orden” de cosas que se manifiesta en todos los planos, en un amplio abanico que se abre desde la cultura hasta la economía. La tarea de los organismos judiciales y armados es hacer respetar ese orden, hasta que el cambio en la correlación de fuerzas imponga una nueva hegemonía y con ello un orden distinto. Y mientras tal cosa no ocurra, todo el mundo —es decir los individuos aislados, las instancias de la sociedad civil y los “poderes” del Estado— deberán atenerse a las “reglas del juego” vigentes; nadie podrá salirse del marco establecido y quien lo intente será *obligado* a dejar de hacerlo, es decir será *reprimido*, respondiendo por los daños que hubiese causado, o sea, además, castigado o “penado”. Las tareas son repartidas equitativamente al momento de “mantener el orden”. De esta manera al “poder judicial” le corresponde vigilar que la ley sea cumplida y que lo sea de acuerdo a lo que en la terminología forense se define como “espíritu del legislador”, vale decir —esta vez en términos profanos manteniendo la intención propia de la correlación de fuerzas políticas que le dio lugar. Para ello este “poder” aboca su existencia a dos objetivos: interpretar la ley (en función de aquel “espíritu”) y hacer que sus resoluciones se cumplan, o sea cautelar su “imperio”. Para

que las resoluciones de la ley (interpretadas por el “poder judicial”) se cumplan, suele ser necesario recurrir a la “fuerza pública”; este es el momento, por lo tanto, en que entran a escena esas inquietantes corporaciones conocidas como policías y Fuerzas Armadas, privilegiadas con el monopolio de la fuerza y de las armas. Esta “fuerza pública”, claro está podrá actuar tanto por mandato judicial como con base en la iniciativa propia cuando detecte que el “orden” está siendo flagrantemente subvertido (situación que se plantea principalmente cuando se debe interrumpir la comisión de un delito sorprendido “in fraganti” —digamos un asesinato—, pero que puede extenderse a acontecimientos de orden más bien político o social como una manifestación callejera, por ejemplo). En este marco a las Fuerzas Armadas corresponde, además de las eventuales incursiones en la represión directa cada vez que la maquinaria jurídico-policial no se base por sí sola, una función bien importante en lo que toca a las condiciones materiales necesarias para la supervivencia del “orden”: estas instituciones deben velar por la “soberanía nacional”, esto es mantener la integridad territorial y en general proteger los recursos naturales y los medios físicos de funcionamiento de la producción; les corresponde, en suma, asegurar las bases sustantivas del “proyecto social”.

El complemento del Estado en tanto vía de expresión de la correlación de fuerzas es, según hemos dicho, la sociedad civil que, aunque carece de la elegancia formal de aquél, exhibe como méritos un carácter coloridamente multifacético y una coqueta capacidad de autotransformación que le permite crear constantemente nuevas expresiones de sí misma. La sociedad civil es todo el ámbito de la política que no cubre el Estado tal cual lo hemos descrito hasta aquí.

Como se ha señalado varias veces, es el campo en que la correlación de fuerzas se expresa como diversidad, como manifestación de opciones que se oponen y compiten entre sí; en ese sentido, como también se ha advertido, es el escenario natural para el desarrollo de la hegemonía, al grado de provocar, como dijera Gramsci, que en la realidad concreta

Estado y sociedad civil se identifiquen. La amplitud y las formas que puede llegar a adoptar este espacio en que se impone la hegemonía en el contexto de la confrontación de opciones políticas tendrán así, como límites, sólo las habilidades, esfuerzos y potencialidades que se pongan en práctica en el curso de esa confrontación y en la estructuración de esa hegemonía. El arte, la ciencia, los sindicatos, los gremios, los medios masivos de comunicación, las escuelas, las iglesias, los patrones culturales, las instituciones sociales, las asociaciones privadas y cualesquiera otros que la imaginación conciba serán, por lo tanto, manifestaciones y organismos de la sociedad civil.

— *Desarrollo económico y desarrollo de la sociedad civil*

Si nos remontamos al origen político del capitalismo en el cual, según hemos visto, la centralización de la gestión pública y con ello la formalización del Estado cumplieron un papel principal, es fácil comprender que en sus comienzos este mismo capitalismo haya privilegiado la presencia del Estado y tendido a anular la de la sociedad civil, explicando con ello, de paso, que la judicatura —el elemento de vinculación entre ambos— haya sido el último “poder” del Estado en independizarse. Esto satisfizo, en el fondo, la necesidad de destacar el factor de integración nacional que se recuperaba después de la dispersión feudal, poniendo de relieve en la figura del Estado aquello que era *común*, que expresaba lo colectivo y que aparentemente superaba la diversidad.

Este temor a la heterogeneidad, sin embargo, desapareció naturalmente en la medida en que la sociedad (capitalista) se consolidó y se extinguió el riesgo de la disgregación; un atributo propio del capitalismo maduro y, en términos generales, de una sociedad evolucionada y *moderna*, es por lo tanto la aceptación de la diversidad: *el desarrollo de la sociedad civil*. La democracia intensa pero poco amplia de las sociedades precapitalistas ganó así en extensión con el capitalismo al abarcar a todas las clases sociales, pero perdió en

intensidad al separar Estado y sociedad civil, esto es al desintegrar la política y la gestión pública, lo público y lo privado. Y aunque en torno de este tema toda comparación además de odiosa sea dolorosa, nos atrevemos a decir que en materia de democracia la humanidad salió ganando con la transformación capitalista: siempre es preferible que ésta se extienda a la totalidad social, así sea con defectos, a que alcance elevados rangos de perfección sólo para una élite.

El desafío, ahora, es justamente superar al capitalismo sin perder lo avanzado en el terreno de las formas democráticas de convivencia social; este reto, descrito en términos comprensibles en el marco de lo dicho hasta acá, nos empuja a mantener la *amplitud* de la democracia (toda la sociedad) recuperando la *intensidad* que caracterizó esas épocas pretéritas en que la sociedad civil se fundía con el Estado. Pero de esta cuestión nos ocuparemos con algún cuidado en páginas futuras. Ahora más bien debemos abocarnos a la tarea tan esperada: hemos llegado por fin al momento en que revelaremos la identidad del “agente consciente”, del *sujeto* de la política económica.

— *Por qué el Estado es el sujeto de la política económica*

Un elemento común en todos los autores que, desde el atormentado Edgar Allan Poe a la plácida Agatha Christie y quienes la siguieron, han cultivado el género de “crimen y misterio”, ha sido la aplicación y disciplina con que desde las primeras páginas de sus libros se han dedicado a engañar a sus lectores. La táctica seguida ha sido siempre más o menos la misma: ofrecer tal cantidad de sospechosos y pistas que aun aquellas menos verosímiles —y por lo tanto presumiblemente ciertas— resulten erróneas; por lo general las obras concluyen presentando como culpable a algún personaje que hasta ese instante ni siquiera se había hecho presente en la historia. Es natural, por consiguiente, que los seguidores de este género se sientan defraudados con el desenlace de

nuestro propio “misterio” pues en verdad no fuimos capaces de inventar pistas falsas ni nada que entonara un poco el asunto, de modo que hasta el menos dotado de los detectives aficionados habrá descubierto, hará ya una buena decena de páginas atrás, que el sujeto de la política económica es el Estado y las causas por las que lo es. Evitémosnos pues el rito del develamiento del enigma y concentrémonos mejor en un razonamiento final.

El Estado es el sujeto de la política económica porque es el único protagonista de la realidad social que puede actuar *en nombre* de toda la sociedad asumiendo la representación del conjunto, condición ésta que, como señalamos al comenzar este capítulo, resulta imprescindible para operar sobre un excedente económico social, vale decir sobre el ahorro generado también por toda la sociedad. Y el Estado puede exhibir tan notable cualidad justamente en virtud de las características que hemos estado analizando en las páginas anteriores: por el hecho de convertirse en expresión del poder en tanto cristalización de la correlación de fuerzas políticas en un momento específico, esto es por hacer las veces de vehículo a la fuerza real del grupo hegemónico en calidad de herramienta de lo que ese grupo puede efectivamente “hacer” dada la correlación de fuerzas existentes. Tal capacidad le viene, para decirlo en breve, de servir de instrumento del consenso en el contexto de una determinada hegemonía pues el consenso es, precisamente, la condición que se necesita para representar a toda la sociedad y para actuar sobre lo que ella produce.

— *Estado y dictadura (o de usurpaciones del Estado y dictaduras con y sin hegemonía)*

Hemos dado cuenta, así, del objetivo de este capítulo: ya sabemos quien es el sujeto de la política económica, aquel “agente consciente” que actúa sobre el excedente económico orientando la acumulación. Para llegar a tan buen fin, sin embargo, debimos hurgar de tal manera en los temas corres-

pondientes al poder, al Estado y a la política, que el baúl de tesoros que aparentaba ser originalmente ha terminado por parecerse perturbadoramente a la caja de Pandora. En consecuencia y para evitar errores y horrores, debemos hacer un esfuerzo final y atar los últimos cabos que han quedado sueltos.

Lo más importante en este terreno es el contraste que se presenta entre la visión que hemos aportado aquí —un Estado que expresa al consenso y una sociedad civil que da vida a la confrontación política y en la que, democráticamente, se desarrolla la hegemonía de una determinada fuerza— y una situación que se hace presente quizá con demasiada frecuencia, casi siempre en forma dramática y a veces también sangrienta: la realidad de dictaduras impuestas sin consideración de estructuras o ejercicios democráticos y que no representan la materialización de hegemonía o consenso algunos. Es un problema, pues, que debemos intentar resolver ahora.

Fenómenos de este tipo deben entenderse como una *usurpación* del Estado, esto es como su *captura* y utilización en función de intereses que no corresponden a una hegemonía real. La única posibilidad de que esto suceda es con el recurso a la fuerza, lo que nos pone frente a una segunda vía de imposición del dominio político: la coerción. Existen dos situaciones en que la coerción ocupa la plaza anulando a la hegemonía como condición para la dirección social: cuando una fuerza política ha perdido la hegemonía pero apela a los instrumentos represivos del Estado —particularmente a las fuerzas armadas— para perpetuarse en el control de éste, y cuando una fuerza política que no ha desarrollado su hegemonía “asalta el poder” destruyendo la capacidad de esos mismos instrumentos represivos para mantener el “orden” correspondiente a la hegemonía real; ambos procedimientos dan por resultado *dictaduras sin hegemonía*. No debe pensarse, sin embargo, que todas las dictaduras corresponden a este modelo pues también es posible encontrar *dictaduras con hegemonía*, de las cuales el

ejemplo más notable probablemente sea el de Alemania bajo el nazismo. Estas dictaduras con hegemonía se pueden presentar a su vez cuando una fuerza hegemónica es promotora de un proyecto social no democrático —como en el citado ejemplo de Alemania— o cuando la imperfección de un cierto régimen político permite el gobierno de una fuerza no hegemónica que sólo puede ser desplazada —por una que sí lo sea— mediante procesos que conducen a una dictadura.

En las situaciones de dictaduras sin hegemonía el Estado se ve desnaturalizado al sufrir la inversión de sus funciones. Así, en lugar de servir de instrumento a la correlación de fuerzas “cristalizada” —o sea al consenso— se convierte en canal de expresión de esa misma correlación de fuerzas pero en lo que tiene de “diversidad”, haciéndose cargo de la representación de sólo una parte de ésta no legitimada por la hegemonía. En esas circunstancias el rol natural del Estado es asumido espontáneamente por la sociedad civil, que abandonando transitoriamente la representación de lo diverso se convierte en vía de manifestación del consenso, concentrado ahora en la necesidad política de recuperar al Estado para la hegemonía. La sociedad civil se convierte así en enemiga del Estado dictatorial, lo que explica que en la historia de las dictaduras modernas ocupen un lugar privilegiado los intentos por destruirla eliminando a sus órganos: sindicatos, partidos políticos, prensa independiente, actividades académicas no controladas, arte no oficial, etc. Por la misma razón es posible afirmar que mientras más desarrollada y fuerte sea la sociedad civil menos viable será una dictadura sin hegemonía, al grado que sean difíciles de imaginar, por ejemplo, en la mayoría de las sociedades europeas contemporáneas. En contraste con esto, debe aceptarse que la debilidad o inexistencia de la sociedad civil propicia la prolongación de dictaduras sin hegemonía incluso más allá de lo soportable. En estos casos el desplazamiento de la fuerza que ha usurpado el Estado tendrá lugar por una vía “política” que impulse el desarrollo de la sociedad civil para que ésta cumpla con su tarea antidictatorial o por el camino de

la captura militar del Estado aun con el propósito de desarrollar "después" a la sociedad civil (sindicatos libres, prensa, independiente, etc.) Ningún caso es igual a otro y en última instancia las decisiones las toman quienes están "sobre el terreno". Sin embargo, cabe tener presente las enseñanzas de la historia, que hasta ahora no muestra un solo caso de captura militar del Estado a la que haya seguido un desarrollo real de la sociedad civil; por el contrario, lo que más bien ha tendido ha ocurrir en situaciones semejantes ha sido exclusivamente el reemplazo de una dictadura por otra, con la creación de caricaturas de sociedad civil que sólo sirven de eco al Estado. En suma, un dilema para quienes tienen decisiones políticas de este tipo en sus manos.

4. Addenda: ¿y del socialismo qué?

— *De cómo con el Capitalismo la democracia ganó en extensión y perdió en intensidad*

Hasta aquí hemos incursionado a gusto por el capitalismo examinando sus intimidades, con verdadera impudicia; puede haber resultado algo indiscreto, pero en ningún caso ilegal: todos tenemos el derecho de reflexionar sobre el mundo en que vivimos. Es un derecho que, según algunos, acarrea una obligación: reflexionar también sobre el mundo en que queremos vivir y proponer los cambios necesarios para conseguirlo. Por nuestra parte no estamos seguros de que tal obligación exista; después de todo y a pesar de los totalitarismos de todo signo, aún existe la libertad de *pensar e imaginar* cuando y como a uno se le venga en gana. Prescindiendo pues de consideraciones "de principio", podemos en cambio admitir que parecería incompleta y aun desgarbada una exposición que, después de describir algunos de los que en nuestra opinión son aspectos claves de la naturaleza del capitalismo, no hiciera lo propio con la otra gran alternativa contemporánea: el socialismo. Si algún principio está en juego en torno de este problema es sólo deportivo: nunca

ganará el mejor si no se ofrecen las mismas oportunidades a todos los contrincantes. Permítanos en consecuencia el lector relacionar brevemente, en las últimas páginas de este capítulo, al socialismo con la política, el poder y la democracia.

Suele afirmarse y nosotros estamos dispuestos a aceptarlo, que el socialismo representa, respecto del capitalismo, una fase superior, un momento ulterior y más alto en el desarrollo de la humanidad. Se trata de una afirmación engañosamente arrogante, pues oculta una trampa en la que frecuentemente se ven atrapados quienes la repiten sin tomar las debidas precauciones: obliga a demostrar que efectivamente existe tal superioridad y, en consecuencia, a aceptar que sólo será un socialismo *auténtico* aquel que vaya más allá del capitalismo en todos los renglones de la vida social. Cualquier otro "socialismo", por lo tanto, no será tal, aunque pruebe contundentemente su existencia real. No tenemos otra opción, en consecuencia, que comenzar por preguntarnos en qué áreas y cómo puede ser superado el capitalismo.

Según pudimos comprobar en páginas anteriores, en relación a los órdenes sociales que lo precedieron el capitalismo es continente de **más democracia**. Para decirlo en los mismos términos en que analizamos antes el problema, con el capitalismo, por primera vez en la historia, la política, o sea la formación de la correlación de fuerzas, contó con la participación directa —de manera coherente y funcional con la propia orgánica social— de las clases subordinadas. Se trata, en consecuencia, de una sociedad en la que la democracia alcanza la máxima extensión que es posible concebir, pues incluye a todas las clases y sectores subalternos (comprendiendo entre estos últimos, por ejemplo, a las mujeres, que antes del capitalismo eran totalmente excluidas del ejercicio democrático). Lo que en el capitalismo la democracia **ganó** en extensión lo **perdió**, sin embargo, en intensidad. El precio que hubo que pagar por esta ampliación democrática, el costo de la aceptación de la diversidad social en el dominio

de la política, fue la separación de la gestión pública y la vida privada antes vinculadas por el común denominador de la propiedad. Esta desagregación impuso a su vez la necesidad de un instrumento específico que se hiciese cargo de la gestión gubernamental, que cumpliera la función de intermediario entre la voluntad del colectivo social (gestada a partir de la diversidad de intereses y objetivos que están presentes en él) y los efectos sociales concretos de esa voluntad, de esa "capacidad de hacer" definida colectivamente; un intermediario, en suma, entre los individuos (en el dominio de "lo privado") y el colectivo (en el dominio de "lo público").

Ese instrumento fue el Estado, con cuya creación y la separación consecuente entre lo público y lo privado fue que la sociedad perdió la *intensidad* democrática que antes la había caracterizado. Las cosas no fueron tan graves, sin embargo, toda vez que la diversidad de intereses y objetivos, separada de la gestión pública, encontró un canal de expresión propio en la sociedad civil, que de este modo se convirtió, en el capitalismo, en *complemento perfecto* y necesario del Estado.

El alejamiento de los individuos de la decisión y ejecución de acciones que los afectan (y para cuya operatoria deben hacerse representar por el Estado en los términos decididos por la correlación de fuerzas políticas), es compensado de esta manera por la sociedad civil, cuya función específica es justamente la de canalizar esa individualidad (de las personas tanto como de las corporaciones, cualquiera sea su especie) en su plena diversidad, esto es en la gloria de sus diferentes intereses y con toda la majestad de sus distintos objetivos.

— *Desde el capitalismo se puede avanzar pero también retroceder*

Ese orden de cosas, esa organización de la democracia es, en definitiva, lo que debe ser mejorado, *perfeccionado*, para superar, dejando atrás, al capitalismo. Pero antes de intentar comprobar si en el panorama social contemporáneo ya existe algún caso en que se pueda constatar esa superación, exami-

tratamos las situaciones que pueden representar retroceso en relación a tal orden. Con esto tratamos de dotarnos de un antídoto en contra de una miopía intelectual lamentablemente extendida, que lleva a confundir avance con involución. En términos automovilísticos equivocarse de marcha partiendo hacia atrás cuando se quiere avanzar hacia adelante suele significar el fin del automóvil. En términos históricos confundir progreso con retroceso no da fin a nada y más bien puede significar el comienzo de un proceso que suele terminar con el patético espectáculo de masas que son movidas hacia el pasado mientras creen moverse por sí mismas hacia el futuro.

A simple vista es fácil distinguir dos situaciones de retroceso respecto del orden social democrático desarrollado por el capitalismo: una, que en un sentido estricto representa un movimiento hacia atrás, y otra que más bien explica una posición de rezago, esto es un momento en que la realización plena de toda la democracia que puede haber en el capitalismo aún no ha tenido lugar. Comencemos por esta última. Según señalamos en páginas anteriores, en sus orígenes el capitalismo tiende naturalmente —para enfatizar el proceso de integración nacional del que es portador— a poner el acento en el Estado y consecuentemente a no estimular el desarrollo de la sociedad civil. Sociedades de *menor* desarrollo capitalista, por lo tanto, tenderán a caracterizarse por un menor desarrollo proporcional de la sociedad civil. Y cuando se habla de *menor* desarrollo no puede más que considerarse al fenómeno integral, esto es al conjunto de elementos estructurales y superestructurales (la forma del “bloque histórico”) que dan cuenta de la evolución de la sociedad; se trata, en resumidas cuentas, de una combinación de aspectos económicos, sociales y políticos que en su conjunto explican situaciones fácilmente indistinguibles bajo denominaciones tales como “subdesarrollo”, “pobreza”, “en vías de desarrollo”, “dependencia” y otros. No debe extrañar, así, que los casos de más amplio desarrollo de la sociedad civil se encuentren justamente en países capitalistas “desarrollados” y específicamente en Estados Uni-

dos, Canadá y Europa (espectacularmente en los países nórdicos). Por contraste, el menor desarrollo y aún la inexistencia de la sociedad civil es fácil de advertir en países que son "subdesarrollados" en términos generales, situación que se manifiesta, dicho sea de paso, de manera heterogénea en América Latina, en donde junto a países de notable "subdesarrollo" de la sociedad civil (casi todos los de América Central, Paraguay), es posible identificar otros en los que la sociedad civil tiene ya un grado importante y a veces muy importante de desarrollo (Argentina, Brasil, México, Uruguay, Chile).

La segunda posibilidad de "retroceso" respecto de la democracia contenida en el capitalismo es, lisa y llanamente, la involución, que como se comprenderá no puede asumir otra forma que una vuelta atrás respecto del desarrollo de la sociedad civil. Esta es una situación que caracteriza específicamente a las dictaduras, cuya obsesiva misión parece ser, según hemos comentado también antes, la extinción de la sociedad civil y, como contrapartida, el fortalecimiento del Estado, aunque desprovisto de todo aquello que signifique representación de la diversidad: mutilado por lo tanto del parlamento, a menos que éste no sea más que un títere de la propia dictadura, esto es que se haya desnaturalizado de su papel de "cabeza de playa" de la sociedad civil. Para decirlo de manera breve, el ideal de un dictador capitalista puede bien sintetizarse en la frase que hizo famoso al Capesto que recordábamos en páginas anteriores (al afortunado, no al otro de la guillotina): "el Estado soy yo". Pero en el caso del dictador capitalista se tratará de un Estado bastante más sofisticado: un Estado que, por operar en un medio social que ya ha conocido las funciones de la sociedad civil, para anularla o destruirla inevitablemente deberá también sustituirla. Así, y a diferencia de Luis XIV que bien podía pasar sus días sin preocuparse mayormente por los grados de información de sus súbditos, por la calidad de su educación o por las características de la literatura que leían o de las obras de arte que apreciaban, el dictador capitalista debe

preocuparse de proveer, desde el Estado, todos los contenidos de los que antes eran portadores la educación, los medios de comunicación o el arte; de esta manera, al sustituir a la sociedad civil, el Estado dictatorial capitalista inevitablemente debe ser *totalitario*, convirtiéndose en el origen y muchas veces en la fuente directa de la información o de los contenidos de la educación, a la vez que en legitimador de religiones o artes "oficiales".

— *Un socialismo que significa avance y otro que es sólo retroceso*

Conociendo los dominios del "retroceso" podemos aventurarnos por los territorios del "avance". Y como lo más cómodo al iniciar una exploración es ir de lo próximo a lo lejano, volvamos primero la vista a las sociedades que en la actualidad se definen a sí mismas como socialistas y constatemos qué hay en ellas de avance y retroceso respecto del capitalismo. Reflexionemos, pues, sobre el "socialismo realmente existente".

El examen en cuestión se ve facilitado por el hecho que todos los socialismos "reales" se rijan por un mismo patrón, por lo que resulta válido hacer generalizaciones. Se trata de un orden en el que lo esencial está definido por la existencia de una cadena jerárquica en la que el Estado es controlado por una sola fuerza política (el Partido Comunista, cualquiera sea el nombre que adopte para la ocasión), el que a su vez es dominado por un Comité Central que por su parte se subordina a una Comisión Política, que de esta manera se ubica en la cúspide señoreando sobre el conjunto. Este modelo se puede encontrar operando tanto en las "democracias populares" del Este de Europa como en las "repúblicas populares" de Asia y aun en la latinoamericana Cuba. Es posible, claro está, reconocer variaciones. Así, se debe admitir que la regla opera muy poco o no opera para nada en Yugoslavia, en tanto que puede admirarse en todo su esplendor en la Unión Soviética. Estas diferencias, sin embargo,

no anulan sino más bien reafirman la existencia del patrón central en torno del cual todas giran, patrón fácilmente identificable, por lo demás, a partir de la matriz que lo genera: el dogma ideológico del “marxismo-leninismo”. De esta manera y dejando de lado por último a las expresiones heréticas respecto del dogma (el caso de Yugoslavia, por ejemplo), bien podemos seguir adelante con el modelo.

En los “socialismos reales” ha desaparecido la propiedad privada de los medios de producción, el gran referente social con que contó la política en todos los órdenes anteriores. Pero no ha quedado un espacio vacío, pues ha surgido un nuevo referente que establece los límites y en este caso —como ya ocurrió en algún periodo histórico anterior— el derecho exclusivo de algunos a “hacer política”. En el “socialismo real”, en donde todo comienza y termina en la Comisión Política, las funciones de decisión y ejecución gubernamental quedan restringidas al ámbito partidario. La “profesión” de militante del partido —en tanto tal “profesión” una actividad correspondiente al mundo de “lo privado”—, trae consigo el privilegio de la actividad política, de la acción en el dominio de “lo público”. Como en los estadios precapitalistas, en el “socialismo realmente existente” lo público se confunde con lo privado, pero como en esos estadios se trata también de una situación que sólo abarca a una minoría: aquella compuesta por los militantes del Partido Comunista, porque no puede haber —no es permitida— otra “política” que aquella que ocurre entre las fronteras del partido y que éste entrega como mandato al Estado. Pero las cosas son todavía más complejas (o más simples según el punto de vista): en realidad la capacidad de debatir y decidir en el vértice de la correlación de fuerzas está reducida a la Comisión Política que, como dijimos, se ubica en la cima de la estructura jerarquizada de la sociedad “socialista”. Las correlaciones de fuerzas nacen y mueren, por lo tanto, en el interior de esta Comisión Política que no en vano es el comienzo y el fin de todas las cosas. De este modo la fusión entre la actividad privada y la pública —entre la

política y al gestión gubernamental— sólo es real en lo que toca al microscópico mundo de integrantes de esa Comisión Política. Es posible —no puede afirmarse a ciencia cierta porque excepto sus miembros nadie conoce los debates de tales comisiones— que entre estos integrantes se practique una relación intensamente democrática, quizá incluso la más democrática que se haya conocido nunca; es un tema que queda para la lucubración. Lo que no puede dudarse en cambio es que estos mismos individuos son protagonistas del fenómeno más elitario de la historia humana, de la democracia *menos* extensa que haya existido jamás. En materia de extensión de la democracia, el “socialismo realmente existente” no representa, así, avance alguno respecto del capitalismo y más bien hace retroceder las cosas muy atrás, a alguna lejana época precapitalista.

La sociedad civil en este medio, existe; de ello no cabe la menor duda. Se trata de un mundo poblado de sindicatos, asociaciones para la paz, universidades, clubes deportivos, teatros, ballets, circos y prensa de todos los orígenes y para cubrir todos los frentes (lo único que no abunda en este plano son los partidos). Y sin excepción, todas estas instituciones que tan densamente pueblan a la sociedad civil coinciden con la línea que define el Estado (“proletario” o “de todo el pueblo”), que a su vez es definida por el partido en el que a su vez la ha definido el Comité Central que a su vez lo ha hecho en los términos decididos por la Comisión Política. La sociedad civil, de esta manera, no es destruida como en las dictaduras capitalistas, pero sí convertida en una mera emanación del Estado, emanación que cumple la función que, describiendo un caso semejante, Mario Vargas Llosa definió como de “ventrílocuo cacofónico”,⁷ es decir no sólo reproduciendo lo que el Estado dice por su intermedio, sino que además “sonando” como él. El totalitarismo encuentra aquí una justificación con la que no cuenta en el

⁷ Cf. *Contra Viento y Marea*, Ed. Seix Barral.

capitalismo: la ideología. Las dictaduras capitalistas deben asumir una actitud totalitaria actuando en contra de la ideología democrática (igualitaria) del propio capitalismo; el "socialismo realmente existente", en cambio, asume el totalitarismo con naturalidad en un medio que ideológicamente se autodefine como dictadura (supuestamente la del proletariado) y que substituye el verde del árbol de la vida por el gris de un dogma (el "marxismo-leninismo") del que fluye toda la ciencia, toda la historia y toda la cultura que alimentan a la sociedad civil y cuya crítica es una herejía de la que se hace cargo una inquisición tanto o más temible que la de Torquemada. De aquí que otro grande de las letras latinoamericanas, el poeta Octavio Paz, haya podido decir: "Como en las teocracias de la Antigüedad, el sistema comunista realiza la fusión entre el poder y la idea. Así, toda crítica a la idea se vuelve conspiración contra el poder: toda diferencia con el poder, sacrilegio".⁸ De esta manera, en lo que toca a la sociedad civil el "socialismo realmente existente" tampoco supera al capitalismo aunque, a diferencia de la situación que analizamos antes, esta vez no hace retroceder las cosas a épocas muy lejanas: su temor y rechazo a la diversidad, a la heterogeneidad, a la pluralidad, sólo las coloca a las alturas de un capitalismo "subdesarrollado" o de una dictadura capitalista vulgar.

Nadie podrá afirmar jamás que el socialismo "realmente existente" no existe o no es real. Pero de igual manera, nadie podrá probar que *ese* socialismo supera al capitalismo en los terrenos de la política, el poder y la democracia; no podemos por lo tanto, si queremos ser consecuentes con los requisitos que nosotros mismos nos impusimos al comenzar esta reflexión, aceptarlo como *auténtico*. Así las cosas, debemos admitir que el panorama es desolador: no existe en la actualidad ningún orden social que deje atrás al capitalismo más desarrollado, pues si bien es posible que los ciudadanos de la Unión Soviética gocen de un mayor bienestar

⁸ *Tiempo Nublado*, Ed. Seix Barral, México 1984, p. 71.

material y se desenvuelvan en un clima más democrático que los habitantes de Haití o Paraguay, incuestionablemente viven en peores condiciones materiales y en un ambiente muchísimo menos democrático que los ciudadanos de los Estados Unidos, Francia, Suecia o Dinamarca. La verdad es que el socialismo que efectivamente supere al capitalismo todavía debe ser inventado.

Seguramente no es este el momento ni estas las páginas que obrarán ese prodigio; sin embargo tampoco resulta fuera de lugar, aquí o en cualquier otro sitio, una explicación de lo que se crea debe ser el socialismo. Por ello —y no por imperativo de alguna obligación moral sino exclusivamente como un nuevo ejercicio de ese derecho de *pensar e imaginar* como y cuando se nos venga en gana del que ya hablamos— es que concluiremos este capítulo, que ya se alarga demasiado, con algunas ideas sobre ese “deber ser” del socialismo.

Para superar al capitalismo el socialismo debe contener *más* democracia, vale decir debe ofrecer una condición más igualitaria en los derechos y obligaciones que involucra la convivencia humana. De aquí que la pregunta clave en torno del problema sea: ¿qué otros derechos, que no ofrezca ya el capitalismo, puede ofrecer el socialismo? Hace muchos años, refiriéndose a la “democracia liberal”, Jean Paul Sartre señaló que se trataba de una situación en la que todos tenían los mismos derechos, pero no el mismo derecho de disfrutar de ellos. La afirmación, además de ingeniosa, es justa: el capitalismo le otorga a todos el derecho a la educación, pero no siempre reparte igualitariamente los ingresos necesarios para *pagar* esa educación; tampoco todos tienen el dinero suficiente para viajar por su país o por el extranjero, a lo que sin embargo tienen “derecho”. Sólo en países de un alto grado de desarrollo capitalista todos (o casi) tienen la posibilidad material de disfrutar de sus derechos. Este disfrute, en consecuencia, está indisolublemente ligado a un cierto nivel de bienestar material, de ingreso, al que igualitariamente todos puedan aspirar y que todos puedan recibir de acuerdo a su esfuerzo. Una vía para procurar el derecho

igualitario a ese bienestar material es la socialización de los medios de producción, esto es la anulación de la propiedad privada de estos medios en sus dos variantes esenciales: como base del privilegio económico y también en tanto instrumento posible para la explotación, o sea para una expoliación del no propietario que pueda significar una disminución de su bienestar material. Pero esta socialización, que persigue proporcionar a la gente aquel derecho complementario que reclamaba Sartre, no puede realizarse al costo de anular los otros derechos. Se trata del mismo problema que Tocqueville visualizó hace ya ciento cincuenta años; si libertad e igualdad pueden distinguirse una de otra, es un reto para la democracia impedir que la pasión de los seres humanos por esta última los lleve a sacrificar a la primera.⁹ Y ese fenómeno, la pérdida de la libertad en beneficio de la igualdad, que define en esencia al "socialismo realmente existente", es justamente el que no debe prevalecer en un socialismo auténtico. De aquí que, buscando la ecuación correcta entre libertad e igualdad, no resulte difícil comprender que una socialización de los medios de producción que llegue a significar el desaparecimiento de los derechos de asociación libre, de información, de disidencia política, de elección de los representantes por medio del voto universal, directo, secreto e informado, o de cualquier otro de los que ya se goza en el capitalismo, sería una insensatez ridícula, un absurdo que costaría a la humanidad un inmenso retroceso respecto de lo ya avanzado. El socialismo debe contener la *misma democracia* que ya tiene el capitalismo (no otra, "socialista", distinta de ésta, "burguesa"), *más* el complemento, el elemento material que permita a todos gozar de ella.

La cuestión económica, en estas circunstancias, no tiene nada de trivial y debe ser estrictamente consecuente con esos objetivos: los límites de la socialización deben ser exac-

⁹ Cf. *La Democracia en América*, SARPE Ed., Madrid 1984, Vol. II.

tamente aquellos que aseguren un efectivo aumento del bienestar material. En tal marco una socialización total —el monopolio absoluto sobre los medios de producción— al costo de la ineficiencia o el retraso económico sería también irracional; tan irracional y triste como la experiencia de Checoslovaquia, que de país capitalista desarrollado y con una base democrática sólida, pasó, por influjo de la socialización total, a ser una economía atrasada, sin democracia y ocupada por una potencia extranjera.

El ideal, la utopía socialista, podría quizá condensarse en la situación descrita antes en estas páginas como un desafío: mantener la extensión de la democracia ya lograda por el capitalismo (y profundizada por una socialización llevada sólo a los límites necesarios), junto con la recuperación de la intensidad democrática que en épocas precapitalistas abarcó a las minorías y que ahora podrían extenderse a toda la población, explicándose como una nueva fusión de la sociedad civil con el Estado, como un *autogobierno del pueblo*. Esta fusión debería traducirse a su vez, entre otros aspectos, en una participación real de toda la población en las decisiones económicas nacionales (respecto de las cuales debería ejercer plesbiscitariamente el derecho de crítica, rectificación y aun de anulación); en un derecho también real de participación colectiva en la gestión de los medios de trabajo (sean éstos “socializados” o no); en el derecho de elaborar y ejecutar decisiones correspondientes a su “habitat” (en su comuna, población o barrio); y en el derecho de todos a decidir y participar en las tareas de la seguridad y defensa nacionales, despojándolas del carácter monopólico y “especializado” que conservan tanto en el capitalismo como en el socialismo real”. Una sociedad, en suma, en la que todos pudiesen decidir y ejecutar aquellas actividades que los afectasen a ellos mismos, obteniendo tanto bienestar material como fuese posible alcanzar en un medio en el que el común denominador de las relaciones humanas fuesen el respeto, la solidaridad y el amor.

III. EL MOMENTO DE LA POLITICA ECONOMICA (LA POLITICA Y LA ECONOMIA)

1. Acerca del crimen considerado como una de las bellas artes (y de economistas y políticos que no son criminales... pero lo parecen)

— *Este libro cambia de aires*

Algunos escritores famosos y ciertas personas que aun sin ser escritores gustan de exhibir su sofisticación intelectual, suelen repetir que "... un libro no pertenece a su autor sino a quienes lo leen" o que "... es la obra la que domina al autor, lo esclaviza, lo obliga a servirla hasta que nada de ella queda en él...". En momentos de arrebatos o si la audiencia es adecuada, incluso se los puede llegar a oír decir cosas tales como "... una vez iniciado, el libro cobra vida propia y se escapa de las manos de su autor para discurrir libre, impulsado por su propio fuego interno... sus propias angustias... sus propios fantasmas, etc...". Pues bien, todo eso es mentira. En realidad pocas cosas están más íntimamente ligadas y subordinadas a uno que lo que uno mismo escribe. Con una lealtad perruna el texto se deja borrar y volver a escribir cuantas veces se le ocurre a su autor y también estirar, encoger, vulgarizar o complejizar como a él se le antoje. Es más, debe seguirlo fielmente a donde quiera que vaya, como este humilde ensayo que, acompañando a quien lo escribe, vio nacer y crecer a sus dos primeras partes en México, entre octubre y diciembre de 1984 y ahora, en julio de 1985, ve cómo comienza a gestarse una tercera en Santiago de Chile.

Nada que deba lamentarse en todo caso. Más bien al contrario: la experiencia vívida de dos medios y dos situaciones sociales distintas sólo puede favorecer a una reflexión que, teniendo como pretexto a la política económica, quiere ir bastante más allá de "lo técnico" para hincar el diente en las situaciones sociales y políticas que constituyen el origen último del fenómeno. Y los estímulos que México y Chile proporcionan a estos efectos son en realidad invaluable. Al dejar el primer país resultaba difícil, si no imposible, substraerse al clima de crisis que parecía dominarlo todo. Al caos urbano de una ciudad que se empina sobre los diecisiete millones de habitantes, se unía la sensación de violencia latente e inseguridad personal que tendía a imponerse sobre esa peculiar combinación de belleza y fealdad, de riqueza y miseria, que es la ciudad de México. La inflación parecía cada vez más difícil de controlar y la recesión económica, como el conejo de un mago, se mostraba dispuesta a esconderse y volver a aparecer cuantas veces fuera necesario para la continuidad del espectáculo. Mientras tanto las ya gigantescas diferencias económicas y sociales entre los mexicanos seguían aumentando y nada parecía oponerse al deslizamiento acelerado del país por el plano inclinado del endeudamiento externo, terreno en donde seguramente batirá todas las marcas antes de que se admita la incapacidad de pago. Chile, por su parte, no ha sido menos capaz de provocar impresiones: a pocos días de llegar a Santiago vimos, por primera vez en la vida, a un hombre comer directamente de la basura; y ello en una ciudad que ha crecido durante los últimos años con un lujo y ostentación inimaginables poco tiempo antes y en la que algunos estamentos sociales han llegado a aumentar sus consumos a niveles casi avergonzantes.

— *Un momento prodigioso*

No siempre es fácil visualizar la presencia de una política económica detrás de un asalto callejero o de un miserable

que come basura a la sombra de un rascacielos de lujo, y sin embargo ahí está. Agazapada, quizá mimetizada entre el follaje social, pero seguro que está allí, contenida en un conjunto de decisiones relativas a la orientación y uso del excedente económico generado por la sociedad. La utilización no productiva del excedente —sin importar cuán burda o sofisticadamente sea planteada y puesta en práctica— puede a la larga significar una disminución de la capacidad de generar nuevos empleos y aun una disminución de los empleos ya existentes; y en el extremo de las situaciones de desocupación y miseria que este proceso suele generar quizá se encuentren un hombre que come basura u otro que deba robar para sobrevivir. La decisión de consumir el excedente puede llevar a la necesidad de un endeudamiento en el exterior para seguir consumiendo después, en tanto la orientación del mismo excedente hacia la producción de ciertos bienes en lugar de otros puede provocar gigantescas concentraciones del ingreso y el agudizamiento de las desigualdades sociales. Es necesario aceptar, pues, que como el Espíritu Santo, el efecto de las decisiones sobre el uso del excedente tiene misteriosas formas de manifestarse.

Nuestro problema, sin embargo, no radica en la constatación de la existencia de una manipulación del excedente y ni siquiera de la de sus efectos, sino en averiguar sus razones. Difícilmente podríamos proceder de otro modo puesto que sólo personas notablemente desaprehensivas o lisa y llanamente cínicas dejarían de desear saber por qué notable influjo se puede llegar a decidir actuar en relación a la sociedad como nadie lo haría en relación a su propia casa, esto es endeudándose al extremo de la ignominia implícita en la incapacidad de pagar. Menos comprensible aún sería la actitud de quien no se interesase por conocer la seguramente portentosa justificación de medidas que acaban por sumir a algunos en la más abyecta pobreza y a otros en una riqueza que, en ese contexto, es igualmente abyecta. Al llegar a este punto, no podemos menos que rendir homenaje a un loco egregio, de aquellos que sólo de tarde en tarde nos regala la

historia: Thomas de Quincey, quien a comienzos del siglo pasado publicó un libro lleno de sabios consejos titulado *Acerca del crimen considerado como una de las bellas artes*, en el que afirmaba, entre otras cosas, que nunca se debe asesinar a una persona enferma porque no estaría en condiciones de resistirlo. A lo largo de la historia, los diseñadores y ejecutores de políticas económicas se han empeñado en innumerables oportunidades en no oír la sugerencia de De Quincey y hacer exactamente lo contrario: han tomado economías enfermas y no las han asesinado sólo por que las economías nunca mueren, aunque en su defecto las han dejado agónicas. Sin ser sicópatas, una multitud de economistas y políticos ha decidido aplicar medidas a sabiendas de que habrían de provocar desocupación, hambre y miseria. Y sin ser sádicos, han explicado que la solución para los problemas económicos de este o aquel país debía pasar por la acentuación de sus penurias (liberación de precios si se trataba de inflación, abatimiento de las protecciones si el comercio exterior arrastraba un déficit crónico...). Tan triste circunstancia, fácilmente constatable en ejemplos concretos, no puede menos que llevarnos a aceptar la existencia de un momento especial, de un instante particular de la historia en que gente decente y normal, seguramente esposos fieles y padres cariñosos y quizá hasta amantes de la naturaleza y de los animales se ven impelidos a poner en marcha enormes operaciones de intervención sobre la economía cuyos efectos en las personas —a veces crueles y otras magnánimo— los hacen aparecer ante ellas como verdaderos dioses. La identificación de tan prodigioso momento es nuestra misión en las páginas que siguen.

2. El momento de la política económica es el momento de la transición entre: dos modalidades de acumulación, dos bloques históricos, dos "modelos de desarrollo"...

— *Los cuánto, cómo y para quién de la acumulación*

Para mantener una buena costumbre puesta en práctica antes,

podemos comenzar haciendo pie en lo ya sabido. En este caso se trata de dos cosas relativamente simples: una, que el interventor sobre la economía, el "agente consciente" de la política económica, es el Estado, que actúa en tanto expresión de una hegemonía política, esto es de una "capacidad de hacer" sancionada socialmente; la otra, que el objeto directo de su intervención es el excedente económico. Y de esta última, justamente, podemos retomar el hilo de nuestra reflexión porque el mismo modo que determina la calidad del sujeto que puede intervenir sobre él, el excedente económico, en tanto objeto de la política económica, determina el rango y el propósito de la propia intervención: actuar sobre el excedente involucra ni más ni menos que la decisión de mantener o modificar una estructura económica, esto es una determinada forma y magnitud de producción de los bienes y servicios consumidos socialmente. Veamos cómo es que esto llega a ocurrir.

Al finalizar la primera parte concluíamos que el excedente económico es equivalente al ahorro social. Consiste, por lo tanto, de la parte del producto que la sociedad decide —por medio de los procedimientos e instituciones definidos en el marco de una determinada estructura de dominación— dejar disponible para la acumulación, esto es destinado a la inversión para el desarrollo. Aquí cabe reconocer el mérito de la noción "acumulación", que se muestra particularmente útil en estas circunstancias pues sugiere la imagen de agregación, de incremento sobre algo preexistente, que queremos exponer aquí. Para ser justos debemos admitir, sin embargo, que esa agregación o crecimiento será tal sólo si el excedente es utilizado con un propósito reproductor, esto es aumentando la capacidad productiva que ya tiene la sociedad.

Se trata de identificar, por lo tanto, las condiciones que pueden llevar a usar productivamente o no ese excedente y, en cada caso, las formas concretas que puede adoptar esa utilización. Y para ese efecto no hemos podido eludir la tentación de recurrir a un viejo rito didáctico usual en los manuales de economía, que consiste en iniciar al estudiante en los misterios de la "ciencia" por la vía de preguntas sim-

ples relativas al *cuánto*, *cómo* y *para quién* producir. Seguiremos ese camino no sólo porque seamos fáciles de tentar —lo que más bien corresponde probar a nuestros enemigos o callar a nuestros amigos— sino porque por primera vez el anticuado método parece ser efectivamente útil: de hecho la decisión sobre el destino del excedente va a ser la respuesta nacional a las interrogantes acerca de cuánto, cómo y para quién se debe acumular.

Procedamos pues a hacernos las preguntas de rigor, ¿Cuánto se acumulará?: la totalidad del excedente, esto es el ahorro social, la parte del producto que no sea consumida. ¿Y cuál es su magnitud?: la magnitud depende de que quienes no tienen la necesidad de utilizar todo su ingreso en consumo, opten por asignarle un uso productivo a ese valor no consumido. ¿Pero esta opción, a su vez, de qué depende?: de que los sectores sociales en condiciones de decidir —o sea quienes se apropian y pueden usar el excedente— aspiren a reproducirse en forma ampliada —esto es creciendo— o no. Para acabar, ¿de qué depende que unos u otros de estos sectores predominen?: primero, de la composición del bloque en el poder y, segundo, de la correlación de fuerzas, es decir de la situación de hegemonía que exista en él.

Aclaremos esta situación: la composición del bloque en el poder dará cuenta de las clases y fracciones de clase que lo integran, así como de las características de éstas; seguramente podrá distinguirse entre ellas, por lo tanto, las que tienen una clara vocación reproductiva en términos ampliados —como es característico de la burguesía industrial capitalista, por ejemplo— de las que no tienen otra aspiración que mantener su capacidad presente y están por lo tanto dispuestas a consumir improductivamente un valor que de otro modo iría a incrementar el excedente. La situación de hegemonía existente entre este conjunto de clases y fracciones de clases dominantes explicará, a su vez, la imposición de un determinado “proyecto social” con arreglo principalmente a los intereses de una de ellas aunque contenga también como nos preocupamos de dejar estable-

cido en el capítulo anterior, expresiones de los intereses de los otros grupos dominantes. De aquí que, si tal hegemonía es ejercida por un grupo (clase o fracción de clase) refractario al uso productivo del excedente, probablemente se tenga un proceso de acumulación casi nulo y que si, por el contrario, es detentada por un grupo animado por la necesidad de la reproducción ampliada, se tenga entonces un proceso de acumulación positivo. A título de ilustración de todo esto podemos agregar que, en consecuencia, es dable esperar que en sociedades en que la burguesía industrial se encuentre en estado embrionario o de desarrollo precario en relación a oligarquías terratenientes de carácter predominantemente pre-capitalistas o a sectores artesanales que sólo aspiran a una reproducción simple, la parte del excedente económico acumulado tienda a ser minoritaria en relación al total. Una situación inversa se planteará a su vez en los casos en que la burguesía industrial sea hegemónica en un bloque en el poder en el que coexista con grupos no proclives a la reproducción ampliada. Si a todo lo anterior agregamos la posibilidad de que las hegemonías en el bloque en el poder estén condicionadas por los grados de desarrollo específico de cada grupo social y que éstos a su vez lo estén por la evolución general de la propia sociedad, podremos tener una primera visión de cuán concretas e históricas son las condiciones que explican el *cuánto* acumular que nos preocupa.

El lector acucioso se habrá dado cuenta que todas las consideraciones anteriores se refieren a una relación política en el interior del bloque en el poder, lo que puede haberlo llevado a la conclusión de que los elementos condicionantes del *quantum* de la acumulación remiten sólo a un conflicto entre clases dominantes. De ser así debemos informarle que se equivocó (lo que demuestra que la simple acucia no es garantía de éxito en estos terrenos, en los que generalmente se impone la imaginación). A decir verdad queda todavía algo de paño que cortar, lo suficiente al menos para introducir en el análisis la consideración de la otra dimensión del conflicto social: la que enfrenta a dominantes y subordinados. Veamos si no: al revisar las condiciones que explican

cuanto excedente se habrá de acumular, resulta casi de Perogrullo admitir que dependerá también de *cuanto* excedente se haya producido. Pero al definir al excedente según lo hicimos en la primera parte, esto es como la diferencia entre la producción real y el consumo total, hemos aceptado que una parte significativa de ese consumo tiene origen en ingresos que no provienen de actividades productivas, lo que es lo mismo que decir que dependen —que son “financiadas”— por el valor creado en el proceso de producción en *adición* a aquel que representa al ingreso de los trabajadores productivos, esto es lo que corrientemente se conoce como *plusvalor* o plusvalía. De aquí que, ante un volumen dado de consumo total, el tamaño del excedente (el “cuánto”) dependa en definitiva del tamaño de la plusvalía producida, es decir de la cantidad de valor producida por los trabajadores productivos pero no apropiada por ellos bajo la forma de ingresos del trabajo. Esto nos lleva directamente a una situación de *explotación* sólo explicable en el marco de la dominación social, esto es de la existencia de clases dominantes propietarias de medios de producción y en consecuencia en una posición que les permita apropiarse de tal plusvalía, y clases no propietarias y por lo tanto objetos posibles de esa expropiación. En suma, lo que anticipábamos: el conflicto social entre clases dominantes y clases subordinadas. Cuanto más explotadas sean las clases subordinadas, vale decir cuanto mayor será el volumen del valor que les sea expropiado por las clases dominantes, mayor será la cantidad de excedente que reste luego del consumo de los grupos no productivos. Esta dimensión posible de la explotación depende a su vez de las características mismas de la dominación, es decir de la relación específica que en un momento histórico dado se establece entre dominantes y subordinados, así como de las características generales, en ese mismo momento histórico, del desarrollo de las fuerzas productivas que inciden sobre la productividad del trabajo.

Pero sigamos con nuestras preguntas rituales. *¿Cómo acumular?*: según las normas económicas y tecnológicas dominantes. Estas normas sin embargo son impuestas como

criterio social, lo que nos remite nuevamente a las relaciones de dominación en la sociedad. Concretamente debe considerarse que en el momento en que la acumulación se haga posible, el excedente se encontrará distribuido entre los distintos grupos sociales que hayan podido apropiarse de él y transfigurado en las diversas formas que cada uno de estos grupos, por su propia naturaleza, tienda a darle: rentas, dividendos, intereses o ganancias en los casos de propietarios de medio de producción y ahorros en el caso menos probable de grupos no propietarios. La norma económica, la forma específica que asumirá la acumulación, orientará el uso productivo de ese excedente conforme a un criterio predominante impuesto por uno de estos sectores, lo que propiciará la unificación del excedente para la acumulación. Así por ejemplo, la transformación de rentas provenientes de la propiedad agrícola en inversiones directas en el sector industrial estará reflejando, inequívocamente, la hegemonía de la burguesía industrial en un bloque en el poder en el que también se sitúa una oligarquía terrateniente. El ejemplo desde luego no es trivial: tratamos de evocar con él lo que en diversos grados ocurrió en los países de América Latina en el marco del proceso industrializador de la primera mitad de este siglo.

Finalmente preguntémonos *para quién* se acumula (o, lo que es igual, *qué* se busca producir con la acumulación). Aquí las opciones son variadas: en primer lugar tenemos aquella que obliga a discernir entre la producción de bienes de producción (y los servicios que les están asociados) y la producción de bienes de consumo (con su correspondiente oferta de servicios). En segundo término deben considerarse también las múltiples posibilidades que se abren dentro de cada uno de estos rubros exigiendo respuestas concretas respecto de qué bienes de producción y de consumo deben ser elaborados, qué volumen de cada uno de ellos, en qué proporciones para el mercado interno y la exportación y así sucesivamente con todos los que den cuenta de la estructura productiva de una economía. En términos amplios puede decirse que todas estas respuestas estarán condicionadas por

la demanda social, de modo que la acumulación se destinará a la producción de bienes de producción en la medida que éstos sean requeridos para la mantención de un aparato productivo que a su vez escucha la demanda de un público consumidor de bienes finales. Pero el calificativo "social" después de la palabra "demanda" algunas líneas más arriba no es casual; la demanda social responde por una estructura de necesidades *sociales*, esto es determinada por las características generales de la sociedad; y esas características involucran principalmente una cierta distribución del ingreso entre los distintos sectores sociales (cada uno de los cuales, sin que ello implique una determinación absoluta, tiende a caracterizarse por un tipo de consumo particular) y unas normas generales de consumo inducidas por medio de la comunicación masiva. Ambos rasgos nos llevan nuevamente a la forma específica que asume la dominación social: las capacidades de incrementar sus salarios o de apropiarse de mayores cuotas de plusvalía va a determinar cómo se distribuye el ingreso entre los distintos grupos sociales, a la vez que las características del grupo o grupos hegemónicos van a explicar siempre las normas predominantes impuestas sobre los hábitos de consumo de la población (digamos, para ejemplificar brevemente en este punto, que en una sociedad hegemonizada por una burguesía industrial difícilmente se verá estimulado el consumo de leche "al pie de la vaca" en substitución de la leche en polvo, condensada, de "larga vida" u otras igualmente industrializadas). Lo anterior es desde luego válido para economías abiertas, puesto que esa demanda social puede referirse también a bienes importados, cuya adquisición será posible exportando un bien producido internamente o por la vía del crédito que igual debe ser pagado por las exportaciones; de este modo la exportación debe ser vista como "producción" de divisas destinadas a satisfacer una demanda social nacional.

— *Modalidad de acumulación y bloque histórico*

Como se puede apreciar, el sistema de preguntas y respues-

tas no sólo es útil para mantener entretenidos a los espectadores sabatinos de televisión. A nosotros al menos nos ha servido para apreciar que la acumulación asume formas concretas y discernibles unas de otras, condicionadas por las características de cada momento histórico. Para no perderlos en palabras denominaremos a esas formas históricas concretas —o sea al cuánto, cómo y por quién de cada caso concreto— *modalidad* o *régimen* de acumulación. Pero no es todo porque, examinando justamente esas preguntas, hemos podido constatar además que el elemento determinante en lo que toca al destino de la acumulación es la forma específica que asume la dominación social, de donde podemos concluir que no sólo la estructura económica se ve involucrada en el problema sino también, y *primero*, la estructura política.

Ahora bien: para avanzar otro paso debemos convenir que cualquier intervención sobre el excedente que persiga la *mantención* de una determinada estructura escapa —afortunadamente— a nuestra preocupación. Se tratará, en ese caso, de procedimientos tendientes a conservar los efectos que un cambio previo provocó, adicionando medidas puntuales a lo que ya se hizo o simplemente manteniéndolo todo sin modificación. De aquí que resulte vacuo a nuestros propósitos prestar atención a los procedimientos de “mantención” y preferible concentrarnos en las medidas originales y sus efectos. De hecho más adelante propondremos formalmente la expresión “administración” para calificar la actividad que procura mantener los efectos modificatorios de una intervención previa, reservando para ésta todo el contenido de la noción “política económica” según la hemos venido entendiendo desde las primeras páginas de este ensayo. Vayamos pues al estudio de la intervención que tiene efectos y no de la que procura no tenerlos.

Aquí, sin embargo, deberemos introducir un elemento de simplificación: en lo que queda de este capítulo nos referiremos específicamente a una situación capitalista, entendiendo que ésta se presenta en toda sociedad en que exista un componente capitalista —cualquiera sea su grado de

desarrollo— y por lo tanto una clase burguesa participando del bloque en el poder y disputando o detentando la hegemonía social. Con esto no pretendemos afirmar que en situaciones históricas previas no haya existido intervención sobre el excedente económico y por lo tanto política económica, cuestión sobre la que ya nos pronunciamos al finalizar la primera parte; se trata sólo de remitir el análisis a situaciones que resulten a todos más fáciles de entender —o recordar— y que no obliguen al autor a hacer gala de conocimientos históricos que no tiene.

Partiendo de esta base puede resultar fácil aceptar también que para la mayoría de la gente es más confortable tener el sartén por el mango que estar dentro de él, cuestión que proyectada al ámbito social viene a significar más o menos que cualquier grupo que se encuentre en el bloque en el poder hará todo lo que esté a su alcance por permanecer allí. De aquí podemos derivar, en consecuencia, que la tarea principal de la dominación en su propia reproducción y que a esa tarea deben ajustarse por lo tanto todas las condiciones sociales que derivan de ella y que se sintetizan en la modalidad de acumulación. Se trata en definitiva de la forma de articulación orgánica entre “lo económico” y “lo político” que ya antes identificamos, siguiendo a Gramsci, como *bloque histórico*. Podemos definir en consecuencia a la modalidad de acumulación como manifestación concreta del *bloque histórico*, en tanto expresión material del *proyecto social* sobre el que se basa la hegemonía.

Una determinada forma de producción, distribución y uso del excedente, esto es una modalidad de acumulación específica, no puede por tanto entenderse sino en relación y correspondencia directa con una estructura de dominación. Así se constituye en realidad el *bloque histórico*. Y las cosas serían simples y podríamos dejarlas hasta acá de no ser por el hecho que, en virtud del propio proceso de acumulación, los grupos integrantes del bloque en el poder pueden modificarse y alterar sus importancias relativas y relación de fuerzas, lo que significa modificar la hegemonía y cuestio-

nar por consiguiente el bloque histórico. El desafío que en esa circunstancia se plantea a la estructura de dominación es absorber esas modificaciones sin destruir la dominación misma, esto es el conjugar *reproducción* con *transformación*. Y es un problema que afecta al uso del excedente porque exige la transformación de la modalidad de acumulación en la misma medida que se transforma la estructura de dominación. La intervención sobre el excedente económico con el propósito de hacer posible un cambio en la modalidad de acumulación deberá ocurrir, por lo tanto, en esas circunstancias, esto es cuando se hace necesario *adecuar* la acumulación a las transformaciones experimentadas —como expresión de su propia reproducción— por la estructura de dominación. Esta intervención cumplirá, en consecuencia, la función de instrumento para la transformación del bloque histórico y tendrá lugar en el momento de la transición entre dos modalidades de acumulación.

— *Desarrollo tecnológico, concentración económica y necesidad social (o de la coherencia de la acumulación)*

Para entender cuando llega este momento es necesario que nos situemos en el interior del proceso de acumulación. Allí podemos observar la existencia de dos tipos de situaciones cuya relación explica, primero, que esta acumulación pueda ocurrir y, segundo, que ocurra en términos consecuentes con su finalidad última: la de expresar materialmente a un bloque histórico, esto es la de ser consecuente con una estructura de dominación. Se trata, en suma, de dos tipos de situaciones que explican la *coherencia* de la acumulación.

El primer tipo de situaciones tiene que ver con elementos relativos al *cuánto* y al *cómo* acumular, esto es con la producción y por esa vía con la satisfacción material directa de las necesidades sociales. En esa medida su base se encuentra en el proceso técnico, es decir en la organización concreta de la producción en el marco de una relación específica de los productores directos con los medios de producción. Se trata de situaciones que, por estar vinculadas al desarrollo

tecnológico, tiene una evolución permanente y más o menos regular,¹ en tanto que —situados ya en un medio capitalista— sus efectos económicos y sociales se dejan sentir finalmente en la concentración del capital pues ningún capitalista en su sano juicio incorporará el adelanto técnico su operación económica para algo distinto que aventajar a sus competidores. De aquí que podamos concluir en relación a este primer tipo de situaciones que, dado que la buena estrella que guía a los capitalistas por la senda de la innovación tecnológica es la honesta intención de liquidar a sus rivales, el desarrollo tecnológico y la concentración caminarán de la mano por la historia capitalista, pausadamente quizá, pero sin detenerse ni perder el tono.

A diferencias de esas situaciones, que se desprenden de una visión de la acumulación que la concibe más bien como producción de bienes y servicios, el segundo tipo reúne aquellos elementos que son propios de una comprensión de la acumulación en tanto que proceso social, esto es como fenómeno sujeto a las condiciones de la estructura de dominación, ya sea en lo que toca a las relaciones en el interior del bloque en el poder como a las que se establecen en general entre grupos dominantes y grupos subordinados. Se trata, visto de otro modo, de las situaciones relativas al *qué* o, mejor, al *para quién* producir. Ellas son las que dan cuenta, en definitiva, de la adecuación de la estructura de la producción a la estructura de la necesidad social tal cual la hemos descrito antes, esto es determinada por la participación de los distintos grupos sociales en la repartición del ingreso o, en términos más adecuados a nuestra exposición hasta aquí, determinada por las relaciones de dominación

1. Un autor ha calificado elegantemente como “monotónica” justo es de un solo “tono”— a esta evolución. (Cf. Gerard Des-
tanne de Bernis: “Equilibrio y regulación: una hipótesis alter-
nativa y proposiciones de análisis”, en *Investigación Econó-
mica*, revista de la Facultad de Economía de la Universidad
Nacional Autónoma de México, No. 144; Vol. XXXVII, abril-
junio de 1978.)

que explican el volumen y la forma en que se reparten los ingresos entre las diferentes categorías de trabajadores y la participación en la apropiación del excedente por parte de los distintos grupos que integran el bloque en el poder. Todavía otra diferencia distingue a los elementos propios de este segundo tipo de situaciones de los del primero: aquéllos, como vimos, evolucionan “monotónicamente” en tanto éstos tienden a mantenerse estáticos debido a su relación con la estructura de dominación que, por aquello de no perder el mango del sartén, es de naturaleza esencialmente conservadora.

Si contrastamos ahora las características de estos dos tipos de situaciones podremos comprender la mecánica de la relación entre el cambio político y el cambio de la estructura económica por la vía de la transformación de la modalidad de acumulación. De lograrlo habremos logrado entender cómo opera en la práctica la transformación del bloque histórico; y no será todo, porque habremos resuelto además el enigma central de este capítulo: el *momento* de la política económica. Hemos llegado de esta manera al instante supremo de esta larga explicación; algo así como los segundos que preceden a la aparición del as de corazones en la mano del prestidigitador. Así pues que mucha atención: nada por aquí, nada por acá. . . y ahí vamos.

— *El momento en que se cambian las reglas del juego (con una definición formal de política económica)*

El primer tipo de situaciones evoluciona y con ello promueve la concentración económica. Es algo que se dice fácil pero que no tiene nada de sencillo: significa una transformación de las condiciones de competencia entre los distintos capitalistas y en general entre los distintos propietarios de medios de producción que concurren al mercado. Significa, ni más ni menos, que como efecto natural de la propia acumulación algunos individuos que hacían parte del bloque en el poder son desplazados de él, que algunos grupos se debilitan y que otros posiblemente incrementan su fuerza

en relación al conjunto. Significa, en suma, que la estructura productiva de la sociedad se modifica y responde por una relación de fuerzas políticas (por una estructura de dominación) diferente de la original. Mientras tanto las situaciones del segundo tipo, aquellas que dan cuenta de la adecuación de esa estructura de la producción a la estructura de la demanda social, permanecen inalteradas y respondiendo a la relación de fuerzas políticas que las originó, esto es aquella que ya ha sido modificada como efecto de la transformación de las relaciones de competencia entre los distintos sectores que protagonizan el proceso de acumulación. Esto tendrá como consecuencia que en las diferentes manifestaciones de la actividad económica se mantengan leyes, reglas, reglamentos, normas, compromisos, hábitos y costumbres que protegen, condicionan y estimulan un tipo de relaciones entre productores y consumidores que no responde ya a las condiciones de producción y demanda (social) realmente existentes en la economía.

En estas circunstancias la inadecuación entre la estructura de la producción y de la demanda social va a terminar por afectar los rendimientos de las unidades productivas (en buen romance las empresas comenzarán a experimentar pérdidas), por lo que la generación misma del excedente se verá amenazada y con ello la posibilidad de su uso, es decir de la acumulación. La economía se dará así de bruces con una situación de crisis, pero de *crisis estructural* o, si se quiere, *orgánica*, esto es provocada por una insuficiencia de la estructura económica misma, que ya no es capaz de sostener la coherencia del proceso de acumulación. No se trata por lo tanto de una coyuntura más o de un desequilibrio cualquiera que pueda ser subsanado por la manipulación de ésta o aquella variable, manteniendo siempre los rasgos centrales de la modalidad de acumulación. Es verdad que el creciente impedimento a la producción del excedente se va a manifestar en situaciones concretas que asumen la forma de desequilibrios de los mercados; sin embargo y ya sea que se expliquen como sobreproducción, subconsumo o efecto de

la anarquía inherente al mercado mismo, todas estas situaciones terminarán remitiendo a un mismo origen: la estructura de la economía que ya no es capaz de dar coherencia a la acumulación.

Continuar así sería perverso: es necesario que la modalidad de acumulación se modifique de modo que la propia acumulación recupere su coherencia. Será necesario, por tanto, dictar nuevas leyes, reglas y normas, así como modificar los principios y esquemas de valores que inducen comportamientos, a objeto de lograr nuevamente la correspondencia entre las condiciones impuestas por el progreso técnico y la concentración, de una parte, y las condiciones de la adecuación de la estructura de la producción a la estructura de la necesidad social, de otra. Pero esa es una tarea que sólo puede ser llevada a cabo en el marco de una situación definida de hegemonía: la hegemonía de el o los grupos que puedan expresar las necesidades de la concentración económica —es decir los intereses sociales que esa concentración desarrolla— en términos de un proyecto social “nacional”. Sólo esta hegemonía —que substituirá a la estructura de dominación cuyas bases se vieron modificadas por la evolución de las relaciones de competencia— podrá imponer en la sociedad civil principios, una visión del mundo y valores que condicionen los comportamientos económicos de los individuos al grado de evolución del progreso técnico y la concentración; y sólo ella podrá, por intermedio del Estado, modificar las *formas institucionales* de modo de provocar la readaptación entre las necesidades de la concentración (las nuevas condiciones de la competencia) y las necesidades de la adecuación entre la estructura de la producción y la estructura de la demanda social. Al llegar a este estadio la dominación habrá dado cumplida satisfacción al desafío que describíamos páginas atrás: se habrá reproducido transformándose. Se habrá establecido, por lo tanto, un nuevo bloque en el poder, y, con arreglo a las modificaciones en la modalidad de acumulación, un nuevo bloque histórico.

Pero como esta explicación ya amenaza con volverse ininteligible de tan abstracta, introduciremos aquí un par de ejemplos que esperamos contribuyan a aclarar algo las cosas. Gerard Destanne de Bernis, a quien ya nos hemos referido antes, denomina a la articulación histórica entre la concentración y la acumulación "*regulación del capitalismo*" y la ilustra ofreciendo un ejemplo que, debemos decirlo, resulta sorprendentemente simple tratándose de un profesor francés: "Se concibe que en estado de pequeñas empresas la competencia normal entre éstas pueda asegurar a la vez la unicidad del precio en la rama y la tendencia a la igualación de la tasa de ganancias. . . En estas condiciones basta con que el Estado garantice el orden social y la estabilidad de la moneda para que las leyes de la ganancia puedan ejercerse y asegurar la coherencia del proceso de acumulación. Pero a la inversa, está claro que si la concentración ha evolucionado profundamente, si nos enfrentamos con monopolios de gran dimensión, no es ya seguro que la tendencia a la igualación de la tasa de ganancia pueda mantenerse y que la coherencia de proceso de acumulación, esto es el ajuste de la estructura de la producción a la estructura de la necesidad social pueda realizarse. En ese momento se manifiesta la necesidad de nuevas instituciones".² Expongamos

² *Ob. cit.* p. 46. A propósito de la regulación: Michel Aglietta, que ha desarrollado varios estudios concretos basados en esta teoría, sintetiza así sus principios: "El problema central que alimenta la polémica suscitada por la concepción marxista del sistema capitalista es la articulación de las leyes de la acumulación del capital y de las leyes de la competencia. Ese problema. . . es el núcleo de la teoría de la regulación del capitalismo". (*Regulación y Crisis del Capitalismo*, Ed. Siglo XXI, México, 1979, p. 9). Para mi amigo Carlos Ominami "... la noción de regulación designa el conjunto de formas institucionales, prácticas y costumbres que actúan como fuerzas incitativas o coercitivas sobre los agentes económicos, a fin de garantizar que su comportamiento se ajuste a las necesidades que plantea la reproducción de la acumulación". (Cf. "Crisis, progreso técnico y regulación. Reflexiones acerca de la actualidad de la perspectiva socialista", en *Opciones*, revista del Centro de Estudios de

ahora un ejemplo propio, con cierto inconfundible tufillo latinoamericano. Podemos imaginar una economía que inicia su industrialización como efecto de un proceso político que ha puesto del lado de esta transformación no sólo a la burguesía industrial —seguramente compuesta por un número relativamente grande de pequeños y muy pequeños industriales o prospectos de industriales— sino también al campesinado, que probablemente se haya unido a este esfuerzo como forma de combatir la dominación oligárquica. Podemos imaginar también que, como efecto específico de las luchas políticas que hacen posible el abatimiento de los obstáculos que se oponen a la industrialización, se establezca una estructura de dominación tal que mire por los intereses de pequeños industriales y pequeños campesinos proveyendo un sistema de garantías y protecciones destinadas a preservar al pequeño productor. En estas condiciones y si, como suele ocurrir, el mismo crecimiento económico lleva a transformar la estructura original de pequeños productores industriales reemplazándola por una en que existan grandes empresas monopólicas y oligopólicas aunque subsistan en términos generales los pequeños productores agrícolas, la posibilidad de un ulterior crecimiento —esto es la posibilidad de sostener el proceso de acumulación— se verá progresivamente obstaculizada por los mecanismos de protección de la pequeña industria (que mantiene dispersos e ineficientes a una gran cantidad de capitales) así como por el creciente problema que representará una producción agrícola incapaz de aprovechar las economías de escala y la incorporación del adelanto tecnológico y que, por lo tanto, se convertirá en un factor constante de incremento de costos (de disminución de las ganancias) de la propia industria, ya sea porque represente altos precios de insumos, porque implique un alza constante de los precios de los bienes de consumo de los trabajadores industriales o porque mantenen-

gan fuera del mercado a la demanda potencial de trabajadores agrícolas de muy bajos ingresos. En ese caso los grandes industriales deberán traducir en términos políticos el "poder" económico que ya detentan, desarrollando la hegemonía necesaria para poner en práctica un proyecto social en el que se vean justificadas las medidas que les permitan hacerse cargo de los capitales distribuidos entre los pequeños industriales y transformar el sistema de propiedad y producción en el campo.

Con estos ejemplos quizá haya quedado claro que existen momentos particulares en la evolución de toda sociedad en los que corresponde "poner al día" las relaciones que vinculan entre sí a las variables económicas y políticas, modificando la modalidad de acumulación para que pueda responder cabalmente al nudo de intereses contenidos en las nuevas situaciones de hegemonía, dominación y subordinación. Tal proceso de readaptación tiene lugar después de que una nueva hegemonía se ha impuesto; representa, por tanto, la materialización de una vocación económica —de un "proyecto social"— para la que ya se ha logrado el consenso activo de la mayoría de los grupos sociales del país. En esas circunstancias resta lo menos (o lo más simple): operar, por intermedio del Estado, una transformación institucional que proteja, condicione y estimule el desarrollo, en el plano económico, de ese proyecto social. Se trata, en definitiva, de redefinir las "reglas del juego" aplicando todas las modificaciones necesarias en los planos de la creación monetaria, de la regulación de los salarios y las ganancias, del acondicionamiento de las relaciones con el exterior, de los estímulos a la actividad productiva y de servicios y de la participación del Estado en la actividad económica. El resultado de esta readaptación será una modificación de las formas de producción, apropiación, distribución y uso del excedente económico, que devolverá a la acumulación su perdida coherencia. Esta modificación es el tipo de intervención sobre el excedente en la que hemos decidido concentrar nuestra atención según lo visto algunas páginas atrás y su manifestación es la que da lugar a la circunstancia que

causaba nuestro estupor al comenzar este capítulo: aquella en que ciertas personas, posiblemente discretas en otras circunstancias, ponen en movimiento gigantescas operaciones económicas cuyos efectos —buenos o malos— son resentidos por gente tan inocente como cualquier lector de estas páginas. Esa intervención sobre el excedente es la que definimos en el primer capítulo como Política Económica; el momento del que estamos hablando, en consecuencia, es el *momento de la Política Económica*: el momento de la transición entre dos modalidades de acumulación, dos estructuras de dominación, dos bloques históricos.

La política económica termina de revelársenos, así, como el *instrumento de la transformación estructural de la economía mediante una redefinición de las "reglas del juego" económico*. Se hace necesaria cuando la economía sufre una crisis estructural, esto es cuando una modalidad de acumulación no es ya suficiente para mantener la coherencia de la propia acumulación, anulando su capacidad de seguir reproduciéndose y de hacerlo en un sentido consecuente con las características de la dominación.

La política económica es, en consecuencia, *aquella intervención consciente y premeditada del Estado sobre las formas de producción, apropiación, distribución y uso del excedente económico con el objeto de promover una nueva modalidad de acumulación que devuelva a ésta su coherencia y materialice el "proyecto social" correspondiente a un nuevo bloque histórico*.

Una política económica dará lugar, así, a un conjunto de cambios sociales que inaugurarán lo que, en la terminología **impuesta** por CEPAL y seguida por casi todo el mundo, se **denomina** "modelo de desarrollo". De este modo la política económica inicia un *periodo histórico*; para ese periodo, en consecuencia, habrá *una y sólo una política económica*: *aquella* que promueva las transformaciones que le dan origen; *todas* las otras intervenciones del Estado sobre la economía *para* mantener, acondicionar o ajustar las características de *una* determinada modalidad de acumulación no serán más que formas que asuma la *administración* de esa única y *sola*

política económica. Una política económica, en suma, repetida de diferente manera una y otra vez a lo largo de un periodo histórico.

3. Teoría económica y política económica

— *Teorías sobre la economía y teorías sobre la política económica*

Según parece hemos llegado finalmente al punto de “no retorno” de este ensayo: aquel en que ya se han dicho muchas cosas, o demasiadas al menos como para echar tierra al asunto e irnos tan campantes a otro lado. Ocurre que en las discusiones teóricas, como en cualquier discusión en que uno se inmiscuya con intenciones honorables, llega el momento en que se debe responder por lo dicho. . . o dejar las cosas como estaban. Y en este caso, como cuando se pierde una virginidad, hemos ido demasiado lejos para dejar las cosas como estaban. Ahora ya no podemos sino responder como se debe: tratando de mostrar cuáles de todas las teorías económicas que hoy repletan al mundo constituyen paradigmas teóricos en relación a la política económica. . . tal como lo calculamos.

El verdadero problema, en este punto, es decidir a quién dejar fuera de la lista. No somos quién para ofender a nadie y, ya lo dijimos, vivimos en un mundo demasiado poblado de teorías y teóricos de la economía y también de discípulos y seguidores altamente sensibles a cualquier menoscabo de la importancia de los manantiales en que beben su sabiduría. . . y a los que deben sus salarios. Al momento de decidir podríamos alegar que también a nosotros nos asiste la ciencia, pero se trata sólo de nuestra propia “ciencia”, es decir aquella que desarrollamos algunas páginas atrás. El procedimiento, si bien utilizado por casi todos los “científicos” de la economía que después de inventar sus verdades llegan incluso a creer en ellas, no lleva en realidad a parte alguna o a lo más a la condición en que Erasmo situaba a San Pedro, que recibió las llaves de Aquel que no las hubiera confiado a

indigno, pero que posiblemente nunca entendió cómo es que podía llevar las llaves de la ciencia quien carecía absolutamente de ella.

Así pues, sin pretensiones de infalibilidad científica —en un terreno como la economía en que, digámoslo de una vez, más que la “ciencia” lo que orienta y explica las cosas es el sentido común— nos atreveremos a seleccionar de entre el conjunto de interpretaciones y proposiciones teóricas que en el mundo hay tres que podemos exhibir como fundamentos específicos para el desarrollo de políticas económicas: la economía política clásica —específicamente en la versión de Adam Smith y David Ricardo—, el contenido esencial de la teoría desarrollada por John Maynard Keynes y el “neoliberalismo” contemporáneo que encuentra en Milton Friedman su profeta más distinguido.³ ¿Por qué este selección?: porque resulta relativamente fácil asociar estos planteamientos teóricos a momentos en que el desarrollo económico y social del capitalismo explicó —y sigue explicando en la medida en que se producen situaciones análogas— cambios en el bloque histórico y modificaciones consecuentes de la estructura de dominación social. Concretamente estas tres formulaciones pueden ser relacionadas con otros tantos momentos en que la modificación de las “reglas del juego” económico ha servido como instrumento para el desarrollo de determinados proyectos que satisficieron las necesidades de la hegemonía social en ese instante y al que ellos mismos sirvieron —y siguen sirviendo— de fundamento teórico. Así, el planteamiento de la economía política clásica —basado en el principio de la autorregulación económica— responde por un capitalismo en sus etapas primarias de desarrollo y en condiciones de hegemonía de una burguesía industrial que vive la “competencia perfecta”. El “keynesianismo”, a su vez, sirve de fundamento a la política que es

3 Los idiomas, como las dagas de Evaristo Carriego, tienen caprichos. De allí que la corriente teórica que es conocida en América Latina como “neoliberal”, sea llamada “neoconservadora” en países de tradición cultural anglosajona.

propia de un capitalismo desarrollado y monopolístico que es incapaz de autorregularse y requiere para ese efecto de la intervención de un agente extraeconómico: el Estado. El neoliberalismo contemporáneo, finalmente, corresponde a un capitalismo monopolístico integrado internacionalmente y a la política económica que impulsa el proyecto social de una burguesía monopolística igualmente internacionalizada.

La política económica va a ser siempre aquella forma de intervención del Estado en la economía que permita el desarrollo de un determinado proyecto social y que facilite las cosas a un grupo hegemónico de la sociedad. De aquí que, a menos que dos situaciones sociales en dos distintos momentos sean exactamente iguales, las políticas económicas deberán ser específicas y diferentes entre sí. Por esta razón nadie puede afirmar que todas las políticas concretas que hayan existido o vayan a existir (y nos referimos sólo al universo capitalista) se hayan reducido a los "modelos" que puedan construirse a partir de los planteamientos clásicos, de Keynes o del neoliberalismo. Tampoco nosotros nos atreveríamos a decir tamaña cosa, aunque sí a afirmar esto: todas las políticas económicas producidas en el capitalismo, en tanto sirvieron de instrumento práctico de un modelo de desarrollo que respondió a uno de los "momentos" del capitalismo a que nos hemos referido antes, han tendido y tienden —sin dejar de considerar las formas específicas que su medio y su circunstancia le impusieron— a ajustarse a las proposiciones que emanan de alguna de estas teorías.

Esta es una cuestión que hemos decidido sacar a colación aquí porque, en un texto que versa sobre problemas que tienen que ver con la economía, difícilmente podíamos escabullir el bulto a la teoría económica. Así pues, ya enredados en el asunto no nos queda más remedio que demostrar la condición paradigmática de esos cuerpos teóricos o callar... por un tiempo al menos. Para ese efecto nos abocaremos, en lo que queda de esta tercera parte, a mostrar lo que los clásicos, Keynes y el neoliberalismo ofrecen a la política económica y lo que otros planteamientos teóricos (el marxismo y el neoclasicismo) no pueden ofrecer.

— *La economía política y la autorregulación (o de la política económica del capitalismo de competencia perfecta... o "casi" perfecta)*

Es necesario que el lector se traslade al siglo XVIII. Dos siglos de actividad capitalista, iniciada discretamente por buhoneros y mercaderes y seguida luego por el afanoso despliegue de artesanos y manufactureros, han llegado, finalmente, a un momento culminante. El desarrollo técnico que dio lugar a nuevas fuentes de energía y su tecnología, admirablemente sintetizadas en la máquina de vapor y en toda una pléyade de máquinas-herramienta, ha promovido el cambio de las condiciones de la competencia: la manufactura, que se movía en la frontera de la producción artesanal, debe dejar paso a la *gran industria*.

La situación enrarece el aire político de Europa. La burguesía, que viene compartiendo el bloque en el poder desde hace tiempo —incluso, según hemos comentado en el capítulo anterior, por vías institucionales creadas específicamente a ese efecto como los Estados Generales o la Cámara de los Comunes— no detenta la hegemonía y la necesita angustiosamente para desarrollar, en toda su extensión, su proyecto social; de otro modo el dominio de una oligarquía aristocrática que impone la improductividad agrícola, que impide el desarrollo integral de una clase de trabajadores asalariados manteniéndolos atados a tareas serviles y que obstaculiza las relaciones comerciales con el exterior (sin considerar el costo directo que representa la mantención de cortes y cortesanos) terminará por representar un tributo tan oneroso que el capitalismo no podrá ya pagarlo. La existencia misma de este capitalismo se ve, así, amenazada: no es posible mantener su desarrollo en el marco de esa adecuación —progresivamente inadecuada— entre la estructura de la producción y la estructura de la necesidad social. La acumulación ha perdido su coherencia y el mundo occidental y cristiano se ve envuelto en una crisis estructural.

Pero no hace falta dramatizar pues lo que siguió es de todos conocido: la burguesía finalmente impuso su hege-

monía y el bloque histórico se ajustó mejor a la propia historia. El proceso adoptó, en cada país, la forma que correspondía a las circunstancias y al carácter de los protagonistas. En casi todas partes la aristocracia terminó por aceptar el rol principal que asumía la burguesía y resignarse al papel secundario que se le ofrecía como preludio a su mutis definitivo del escenario.⁴ Es verdad que en algunos casos hubo forcejeo, aunque en definitiva nada que no pudiera solucionar el ingenioso artificio mecánico ideado a ese efecto por Monsieur Guillotin. Pero no vamos a seguir ahondando en estos filosos asuntos, que hemos querido describir sólo para ambientar el desarrollo de la teoría que sirvió de fundamento a la política económica que habría de impulsar el proyecto social de la burguesía ya hegemónica. Nos estamos refiriendo a la *economía política*

4. El cambio de las "reglas del juego" fue a lo grande y apuntando en el sentido preciso. En Francia la Revolución prácticamente no dejó vestigio del feudalismo: desaparecieron los derechos fiscales y los deberes feudales y a partir de ese instante la tierra estuvo controlada por pequeños propietarios individuales. La Asamblea Nacional abolió en 1790 los aranceles y aduanas internas que obstaculizaban el desarrollo del mercado interior y en 1791 abolió también los gremios, que limitaban la libertad de trabajo. En Prusia, por su parte, a partir de las derrotas propinadas por la Francia revolucionaria se inició en 1806 un importantísimo proceso de reformas que abolió la servidumbre de la gleba, cambió las administraciones locales y redujo las restricciones e impuestos aplicados a la industria. La medida institucional por excelencia en este caso fue la unión aduanera alemana (Zollverein) en 1843, inspirada en Prusia y cuyo efecto principal fue la abolición de las aduanas entre los distintos estados germanos, estimulando así la competencia capitalista y la división social del trabajo. Es probable que Gran Bretaña haya asumido el liderazgo en materia de revolución industrial debido justamente a que este cambio institucional operó primero en la isla a partir de la guerra civil del siglo XVII, que proveyó de estabilidad política al tiempo que unificaba administrativamente al país creando un mercado igualmente unificado y compacto.

clásica y particularmente a sus mentores más destacados: Adam Smith y David Ricardo.

Smith nació en Kirkcaldy en 1723 y murió en Edimburgo en 1790; fue, por lo tanto, un hombre del siglo XVIII. Pero no lo fue sólo porque viviera exclusivamente en ese siglo sino, y principalmente, porque como dijera de él Schumpeter, lo hizo “plenamente identificado con el humor de su época”. Casi toda su vida fue un erudito y un profesor de la Universidad de Glasgow; también un filósofo y, por la vía de la reflexión filosófica, finalmente un economista. No cualquier economista: fue el primero que sugirió, con su obra, que la economía (la “economía política” como la llamó siempre) era una ciencia. Lo de economía política, por otra parte, tampoco fue casual: con ello quería significar la preocupación por los aspectos sociales e institucionales que estuvo presente en quienes, en su época, se ocuparon de los problemas económicos. Y de esos problemas y de todos los de su tiempo se preocupó intensamente este escocés que, llevando una existencia tranquila y aún conservadora en lo personal, al grado de vivir casi siempre en el mismo sitio (Glasgow) con su madre y permanecer soltero, fue intensamente progresista en su visión del mundo y en la interpretación de su momento histórico.

Ser progresista en su época significaba ponerse del lado de la causa burguesa y eso fue lo que hizo nuestro hombre, aportando a la tarea los valores esenciales de la Ilustración: la razón, la tolerancia, la humanidad y —lo que sería su motivo central— el respeto por la libertad individual. Y fue justamente en torno de este principio que rompió las primeras lanzas, elaborando la síntesis filosófica de la ideología burguesa contenida en su obra *Teoría de los Sentimientos Morales* (1759). En ella desarrolla los criterios de igualdad y derechos individuales como oposición a la ideología en que se basaba la hegemonía de la oligarquía aristocrática y que sostenía la necesidad de un Estado paternalista fuerte y autoritario, sin cuya intervención nada impediría que los individuos, en completo desorden, se precipitaran al caos social. Esta relevancia otorgada al papel del Estado es

fácilmente comprensible si se tiene en consideración que —como vimos en el capítulo anterior— la separación entre éste y la sociedad civil, efecto de la decadencia del régimen feudal, trajo consigo la centralización del poder público en el rey, que llegó en algún momento y algún país a asumir personalmente la representación del Estado. De esta manera, al combatir al Estado absolutista (que conoció personalmente sólo de manera breve en una estancia de dos años en Francia, puesto que en la isla británica la cosa era bien distinta), Smith combatió al último vestigio decadente del orden feudal y lo hizo apuntando justamente en un sentido que promovía la igualdad política intrínseca al orden capitalista: negando la inevitabilidad del caos social y postulando, en su lugar, una capacidad autónoma de la sociedad para autorregularse.

Para Smith la libertad individual y el ejercicio de derechos igualitarios de todos los individuos, con prescindencia de fuerzas interventoras, permitiría que terminara de realizarse el orden natural subyacente en esa autorregulación. Y, ya puesto a pensar en la autorregulación, no pudo evitar derivar a la economía puesto que, como quiera que se viese el problema, la regulación económica siempre resultaba ser condición principal de la regulación social. Su planteamiento sobre esta cuestión se encuentra en su obra más conocida y aquella en la que creemos visualizar un primer paradigma teórico para la política económica: *Una Investigación Sobre la Causa y Naturaleza de la Riqueza de las Naciones*, publicada en 1776.⁵ Libro que no sólo contiene de manera explícita y amplía el pensamiento económico de Smith, sino además una inteligente y amena visión de la sociedad de su época, en la que por otra parte destaca una permanente simpatía por las clases trabajadoras.

El argumento central de la obra está expuesto principalmente en su “Libro Primero” y discurre más o menos así: la

⁵ En español: *La Riqueza de las Naciones*, Ed. Aguilar, Madrid 1961.

libertad individual y la búsqueda del beneficio personal no conducen al caos o a la autodestrucción porque ese beneficio —perseguido mediante lo que Smith describió como el “esfuerzo uniforme, constante e ininterrumpido de cada hombre por mejorar su condición”— sólo puede conseguirse ofreciendo a los demás un bien o servicio que ellos necesiten. En resumidas cuentas, el beneficio personal o la mejoría de las condiciones de “cada hombre” sólo puede ser logrado por ellos promoviendo el beneficio colectivo, esto es la mejoría de las condiciones de “todos los hombres”. En este contexto la mejor organización y el desarrollo de la sociedad se verían favorecidos si estos hombres dividieran y subdividieran —para realizarlas mejor de una manera especializada— las actividades destinadas a la producción de esos bienes y a la prestación de esos servicios: la “división social del trabajo”, en consecuencia, debería ser impulsada y extendida al máximo de lo posible. Así divididos para ofrecerse mutuamente bienes y servicios, los individuos articularían su movimientos —y esta es seguramente la frase más conocida de Smith— “como guiados por una mano invisible”, desarrollando la autorregulación y promoviendo el bien común. Para nuestro autor, en consecuencia, no existía posibilidad para el caos: en un marco capitalista aunque los individuos se vieran estimulados sólo por el egoísmo y la búsqueda del beneficio propio, siempre lograrían una organización que permitiría y desarrollaría el beneficio colectivo. Podemos agregar aquí que la capacidad de autorregulación contenida en esa organización es precisamente la que sugiere la existencia de unas “leyes generales” cuyo estudio y sistematización convierten a la Economía (política) en toda una *ciencia*.

Ya establecida la capacidad de autorregulación, Smith no vaciló en reclamar del Estado una actitud de no intervención, un *dejar hacer* (“laissez faire”) a la economía para que pudiera, autónomamente, cumplir su destino. En tales condiciones lo que en este ensayo hemos entendido como política económica quedaba reducido a una expresión mínima, tan pequeña, que las “reglas del juego” necesarias se reducían casi exclusivamente a lo que tenía que ver con la manten-

ción del orden interno y la defensa frente a algún enemigo exterior. Era explícito, primero, en rechazar cualquier intervención estatal que representara un intento de imponer determinados comportamientos económicos y alterar en consecuencia la "libertad natural": "El soberano queda completamente exento de toda obligación de tratar de llevar a cabo lo que por fuerza tendrá siempre que estar expuesto a innumerables ideas falsas, para cuya realización adecuada no habrá jamás sabiduría ni conocimientos bastantes, a saber: la obligación de dirigir las actividades de los particulares y de encaminarlas hacia las ocupaciones que más convienen al interés de la sociedad".⁶ Liberados los reales hombres de tan pesada carga, al "soberano" le quedaba bien poco por hacer y todo al alcance de sus limitadas luces: "De acuerdo con este sistema de libertad natural, el soberano tiene que atender tres obligaciones, que son, sin duda, de grandísima importancia, pero que se hallan al alcance y a la comprensión de una inteligencia corriente: primera, la obligación de proteger a la sociedad de la violencia y de la invasión de otras sociedades independientes; segunda, la obligación de proteger, hasta donde esto es posible, a cada uno de los miembros de la sociedad, de la injusticia y de la opresión que puedan recibir de otros miembros de la misma, es decir, la obligación de establecer una exacta administración de la justicia; y tercera, la obligación de realizar y conservar determinadas obras públicas y determinadas instituciones públicas, cuya realización y mantenimiento no pueden ser nunca de interés para un individuo particular o para un pequeño número de individuos, porque el beneficio de las mismas no podría nunca reembolsar de su gasto a ningún individuo particular o a ningún pequeño grupo de individuos, aunque con frecuencia reembolsan con gran exceso a una gran sociedad".⁷ Esta última es, en realidad, la única intervención directa sobre la economía que Smith

⁶ Libro V, Capítulo 1, Parte III, Ed. cit. Vol. II, p. 601.

⁷ *Id.* antes.

admite como necesaria: todas las demás fueron objeto de su clara y rotunda crítica al intervencionismo estatal.

Esta crítica fue incluso más incisiva cuando se refirió al “mercantilismo”, en el “Libro Cuarto”. Smith habló de “sistema mercantilista” para referirse a la doctrina que dominó durante los siglos XVI, XVII y buena parte del XVIII y que sostenía que la riqueza de una nación estaba constituida por el volumen de dinero (en moneda metálica) de que ésta dispusiera. La principal fuente de riqueza, en tales circunstancias, radicaba en la habilidad para adquirir esa moneda metálica por medio de una Balanza Comercial favorable, que expresara tanto una gran capacidad de exportar (obteniendo metales a cambio) como de impedir importaciones (que representarían la salida de metales y, según ese criterio, pobreza). Con este marco la búsqueda de esa Balanza Comercial impulsaba una serie de intervenciones estratégicas del Estado en el plano de la reglamentación del comercio exterior e interior y del estímulo a cierta producción monopolística por la vía de aranceles y subsidios.⁸

La utilización, por parte de Smith, del término “mercantil”, tenía una inequívoca connotación peyorativa: quería describir el egoísmo obtuso que conducía a considerar a la

⁸ Durante el siglo XVIII se desarrollaron en Francia las “manufactures royales” (estatales) y las “manufactures privilégiées” (privadas, que hacían honor a su nombre gozando de derechos de monopolio, exenciones fiscales, subsidios y otras gabelas menores), orientadas a la fabricación de armamento y a la industria metalúrgica y de objetos de lujo. Durante el reinado de Federico el Grande (1740-1786) en Prusia, se estimuló la instalación de fábricas de tejidos, de cristales y de productos químicos, así como la explotación de las minas de carbón y de las industrias siderúrgicas de Silesia. En Austria, durante el reinado de Doña María Teresa (1740-1780) se llevó a cabo toda una política de “industrialización” selectiva y en Rusia Doña Catalina, llamada La Grande (1762-1796), continuó la obra de Don Pedro, también El Grande (fue una época en que Europa pareció achicarse), impulsando fábricas, minas y establecimientos metalúrgicos de carácter estatal o mixto en los que —ventaja de aquellos tiempos— se usaba el trabajo de siervos.

producción y adquisición de moneda como un fin en sí mismo y que contrastaba con el egoísmo "positivo" contenido en la actitud de procurar el beneficio propio utilizando como medio la satisfacción de las necesidades de los demás. Por otra parte no escapaba a su atención que, pretextando el servicio a la nación o al soberano, los intereses mercantilistas habían terminado por obtener enormes privilegios a expensas de la mayoría de la población. De aquí que, al rechazar al mercantilismo en tanto doctrina y en cuanto política, Smith rechazaba todo un orden institucional que se oponía al desarrollo pleno del capitalismo.

El conflicto doctrinario se mantuvo y aun llegó a agudizarse después de que Smith enunciara sus principios. Protagonista activo de esa confrontación fue David Ricardo (1772-1830), inglés de origen judío que vivió casi siempre como un rico especulador y corredor de Bolsa en Londres. En su época el enfrentamiento tendió a centrarse en aspectos mucho más concretos de la política económica y, específicamente, en torno de las llamadas "leyes de granos", dictadas en 1791 y 1804 con el objeto de proteger a la producción agrícola interna del comercio exterior. Ricardo, que participó activamente de este debate incluso en calidad de miembro del Parlamento, sostuvo que en un país en el que aumentaba la población, si no se introducían mejoras importantes en las técnicas agrícolas inevitablemente se producirían incrementos en los precios de los alimentos y, como consecuencia, también en los salarios. Estos planteamientos alcanzaron una expresión depurada en su obra más conocida: *Principios de Economía Política y Tributación*, publicada en 1817.⁹ En su "preámbulo" Ricardo señala que el "problema" de la economía política son las "leyes" que rigen la distribución del producto entre las tres categorías posibles de ingreso y por lo tanto entre las tres "clases de la comunidad" a que éstas dan lugar: renta (terratenientes), utilidad (capitalistas) y salarios (trabajadores). Preocupado de estas materias

⁹ Fondo de Cultura Económica, México, 1973.

es que avanzó más allá de su enunciado original sobre la relación entre salarios y precios agrícolas formulando lo que ahora se conoce como “teoría de la renta”, según la cual en la medida que aumentan los precios agrícolas los propietarios de tierras más productivas que aquellas que definen el precio obtendrán un excedente, que se traducirá en un aumento de su renta o “renta diferencial”. Las limitaciones a la libre importación de bienes alimenticios —específicamente granos— tendría como efecto, en estas circunstancias, un aumento de los ingresos de los propietarios de tierras, a expensas de capitalistas y asalariados.

Para reforzar su argumentación en contra del mercantilismo y a favor del “libre cambio”, Ricardo desarrolló todavía otra teoría, contenida en el ya legendario Capítulo 7 de su libro: la de los costos o ventajas “comparativas”. Su planteamiento en este punto comenzaba por afirmar que ningún aumento del comercio exterior incrementaría en lo inmediato la suma del valor existente en un país, aunque sí podría contribuir a aumentar “la masa de bienes y por consiguiente la suma de los disfrutes”. Agregaba, en el mismo sentido, que el valor del conjunto de la demanda de bienes nacionales e importados estaba limitada por el capital y el ingreso de un país, de donde si una aumentaba la otra forzosamente debía disminuir. Esta fórmula, que refutaba la argumentación mercantilista relativa a la pobreza que eventualmente podrían acarrear las importaciones, se complementaba con la afirmación de que la distribución internacional de moneda metálica provocaría aumentos de precios en los países con superávit en su Balanza Comercial y los disminuiría en aquellos con déficit, con lo que las tendencias del comercio exterior deberían revertirse hasta que finalmente todos quedarán con sus Balanzas Comerciales equilibradas: en el conjunto del comercio internacional, tanto como en cada país, el valor de las exportaciones “pagaría” el valor de las importaciones. En términos monetarios, en consecuencia, los países no saldrían del comercio internacional ni más ricos ni más pobres de lo que habrían entrado. ¿Cuál sería entonces el beneficio obtenido por participar en ese

comercio?; para Ricardo resultaba muy simple: el aumento de la masa de bienes o “suma de los disfrutes”.

Arribaba a esta conclusión siguiendo un raciocinio tan simple como este: un país que tenga una mayor productividad media y que por lo tanto pueda producir cualquier cosa más barata que en otro, de todas formas encontrará provecho en integrarse a una división social del trabajo en escala internacional especializándose en la elaboración de aquel bien en que tenga la ventaja mayor o “ventaja comparativa”, para exportarlo e importar a cambio aquel en que tenga la ventaja menor o “desventaja comparativa”, pues como en la producción del bien importado utiliza más trabajo por unidad que en el bien exportado —por lo de la “desventaja”— al intercambiar los productos uno a uno puede disponer de la misma cantidad de bienes que antes del cambio *más* aquellos que pueda producir el trabajo adicional empleado antes en la elaboración del que ahora se importa. La peculiaridad de este argumento es que puede aplicarse igual al país de menor productividad media, puesto que aquel bien en que éste tuviera una desventaja menor se situaría automáticamente en una posición de “ventaja comparativa” respecto de los otros, siguiendo el resto del razonamiento exactamente igual. Y el corolario no podría ser más claro: a todos los países les resulta conveniente participar *sin barreras* en el comercio internacional, esto es en condiciones de *libre cambio* pues todos, independientemente de sus capacidades y niveles de productividad, se verán beneficiados con ello aumentando la masa de bienes disponibles. En resumidas cuentas, en relación a la economía internacional operaría el mismo principio rector de la economía nacional: la persecución del beneficio particular tiene como efecto el beneficio colectivo.

Las “leyes de granos” no se abolieron en Inglaterra sino hasta 1846. Sin embargo el “laissez faire” y el “librecambismo” impulsados por la economía política clásica ya se habían impuesto como la doctrina orientadora del cambio institucional que permitiría la última y definitiva fase de transición desde el capitalismo de las manufacturas y la

producción artesanal al capitalismo “en serio”: el de la maquinaria y la gran industria. Su condición y capacidad de fundamento teórico de una política económica estuvieron, por ello mismo, en directa correspondencia con la calidad y características del capitalismo en esa etapa: un tipo de capitalismo que hoy se conoce como de “competencia perfecta”, esto es aquel en que la producción de bienes y la prestación de servicios se encontraba dividida entre un gran número de empresas de tamaño relativamente equivalente que competían entre sí; un capitalismo, en suma, que todavía no tenía como protagonista principal al *monopolio* (una sola empresa vendiendo), al *monopsonio* (una sola empresa comprando) o al *oligopolio* (un número pequeño de empresas controlando el mercado). Y aunque esa competencia no haya sido realmente “perfecta” —lo que suena hasta pretencioso— lo cierto es que lo fue por lo menos hasta el grado necesario para que se cumpliera el principio básico de la economía política clásica, aquel que orientó su política económica: la *autorregulación* del capitalismo

— *El marxismo también se juega por la autorregulación capitalista*

La autorregulación del capitalismo no fue cuestionada por las otras teorías desarrolladas durante el siglo XIX y comienzos del XX. Ninguna de las críticas a la economía política clásica pudo, así, vencer su soporte básico no obstante que, como en los casos del marxismo y el neoclasicismo (o “marginalismo”), la teoría económica se sofisticó y logró, ya fuera en el terreno de la comprensión social global de los fenómenos económicos ya en el de la formalización matemática de sus problemas, avances notabilísimos. Es probable que esta incapacidad de sus críticos se haya debido a los méritos propios de las formulaciones clásicas, aunque por otra parte nadie puede culpar a una teoría social de no ver algo que no existe; y ni Marx ni los pensadores neoclásicos originales vivieron en un medio en que la concentración económica y el monopolio provocaron una interferencia tal

sobre el funcionamiento del capitalismo que suspendiera su capacidad para autorregularse. De allí que, con bien distintas ópticas respecto del capitalismo (una crítica y revolucionaria, la otra apologética y conservadora), el marxismo (en la versión directa de Marx) y el neoclasicismo aceptaron el principio de la autorregulación e inhibieron así su capacidad para orientar una política económica diferente de aquella que promovía la economía política clásica.

Marx hizo de tal modo pie en el clasicismo económico para desarrollar su teoría, que en tanto economista es considerado él mismo, por muchos, como un clásico.¹⁰ Su planteamiento central en este plano —aquel que da origen al contenido revolucionario de su interpretación del orden social capitalista—, la *teoría de la explotación*, se desarrolla a partir de la teoría del *valor-trabajo* enunciada por Smith y asumida por Ricardo. Para Smith la oferta y la demanda sólo explicaban el precio —el “precio de mercado”— en el corto plazo, puesto que a la larga se imponía el “precio natural”, determinado por los costos de producción. Estos costos de producción, equivalentes a su vez al “valor de cambio” de las mercancías —que Smith diferenciaba claramente del “valor de uso”—, estaban determinados por los salarios, las rentas y los beneficios, que hacía equivalentes a la cantidad de trabajo contenida en esas mercancías. En este punto se enfrentaba sin embargo a un enigma: si el valor de una mercancía era igual al valor del trabajo que contenía y éste a su vez era remunerado en su valor, ¿por qué el “precio natural” no era equivalente sólo a la suma de los salarios?; en otras palabras: ¿de dónde salía el valor correspondiente a las rentas y los beneficios? Smith no pudo con este problema que sólo fue resuelto por Marx al señalar la diferencia entre trabajo y fuerza de trabajo, aclarando que en tanto el valor

10 A decir verdad fue el propio Marx el que popularizó la expresión “economistas clásicos” para referirse al conjunto de pensadores cuya tradición culminaba con Ricardo. Desde el punto de vista de Marx se trataba, así de todos los economistas anteriores a él.

se establecía por el primero, los salarios remuneraban a la segunda; de aquí, según Marx, la posibilidad de existencia de un *plusvalor* expropiado a los asalariados y apropiado por los propietarios de medios de producción. Ese plusvalor, que constituye la ganancia del propietario, es el que asume la forma de beneficio o renta según el tipo de propiedad (capital, tierra) y el acto de su expropiación al asalariado la de *explotación*.

En su momento Smith salió del paso lo mejor que pudo, explicando que la teoría del “valor-trabajo” sólo era válida en las condiciones de una sociedad “en estado simple”, esto es en la que no existieran capitalistas y asalariados y en la que en consecuencia los propietarios de medios de producción fuesen también los productores directos. Era claro, sin embargo, que ya en ese tiempo esta relación social de producción no era la principal y que lo que podía quedar de ella seguía siendo desplazado por las relaciones capitalistas. De aquí que en su formulación Marx haya podido ofrecer una versión mucho más objetiva de la teoría del “valor-trabajo” que aquella de Smith y Ricardo (lo que lo llevó a calificar a su propia obra como “crítica de la economía política”), edificando sobre esos pilares una interpretación teórica totalizadora de la sociedad y su desarrollo histórico que éstos no llegaron siquiera a imaginar.

Más allá de la teoría de la explotación, sin embargo, la visión marxiana de la regulación capitalista no difiere de la de Smith, asumiendo como él que el capitalismo es capaz de autorregularse sin necesidad de intervenciones directas estatales o de otro tipo. Su explicación de este fenómeno, contenida en el “Libro Tercero” de *El Capital*,¹¹ parte por señalar que, en condiciones competitivas, los capitales fluyen desde las ramas en que la tasa de ganancia —la relación entre el plusvalor y el capital invertido— es menor, hacia aquellas en que es mayor, provocando en estas últimas un

¹¹ Sección Segunda, Cap. IX. Ed. Fondo de Cultura Económica, México 1973.

incremento de la oferta que tiene como consecuencia una disminución del precio de mercado de la mercancía ofrecida y, con ello, una disminución de la tasa de ganancia. En estas condiciones a los capitales no les queda más remedio que emigrar nuevamente hacia otras ramas en que la tasa de ganancia sea mayor (eventualmente también hacia la que antes había sido abandonada), pero en ellas volverán a provocar los mismos efectos con la consiguiente recomposición de los niveles relativos de esas tasas; la situación no tendrá más remedio que seguir repitiéndose hasta que la tasa de ganancia termine por ser la misma en todas las ramas, asumiendo la forma de *tasa media* para toda la economía. Este proceso, denominado por Marx *perecuación de la tasa de ganancia*, se constituye así en el vehículo mediante el cual se distribuye el capital (esto es los medios de producción y la fuerza de trabajo) entre las distintas ramas de actividad y se establecen los precios de los productos elaborados en ellas. Estos precios, que Marx llamó *de producción*, son equivalente a los costos de producción (el valor “adelantado” o efectivamente utilizado del capital) más el beneficio, que es a su vez igual a ese valor multiplicado por la tasa media de ganancia.

Adicionalmente Marx explicó que como ese precio de producción puede ser diferente del valor de cada mercancía (equivalente a su vez a la suma del capital y el plusvalor generado efectivamente en el proceso de trabajo en la rama) y como a su vez el valor correspondiente a la suma total de los precios de producción no puede diferir del valor total existente en la sociedad (es decir el valor total de los capitales constante y variable utilizados más el plusvalor total generado), entonces la perecuación de la tasa de ganancia significa inevitablemente la transferencia del plusvalor desde las ramas que sin perecuación obtendrían una tasa de ganancia superior a la media, hacia aquella que en las mismas circunstancias obtendrían una menor. Las primeras, según Marx, son aquellas en que la relación entre el valor del capital constante —aquel invertido en instalaciones, equipos y materias primas— y el del capital variable —el que se invierte en la contratación de fuerza de trabajo—, que definió como

“composición orgánica del capital”, es menor, debido a que la proporción mayor en que utilizan trabajo vivo les permite una cantidad proporcionalmente mayor de plusvalor y por lo tanto una relación más favorable entre éste y el total del capital empleado. De esta manera la formación de la tasa media de ganancia implicaría, junto con la asignación de los capitales y la definición de los precios, una transferencia de plusvalor desde las ramas de menor productividad (las que utilizan proporcionalmente mayor cantidad de trabajo vivo) a las más productivas. El proceso de perecuación de la tasa de ganancia se presenta, de esta manera, como un “modelo” —que por lo demás tiene una expresión formal en los “esquemas de reproducción”— de funcionamiento autorregulado del capitalismo en condiciones de competencia perfecta: en suma, al menos en este punto, el mismo principio establecido por Smith.

La aceptación por Marx del carácter autorregulado del capitalismo no significa que haya afirmado que éste se mantenga estático o estable. Lejos de eso, su obra contiene un examen exhaustivo de las crisis económicas, que aunque desarrollado de manera no sistemática termina por convertirse en una verdadera teoría. Estas apreciaciones, que se encuentran principalmente en *Historia Crítica de la Teoría de la Plusvalía*¹² y *El Capital* (particularmente en la Sección Tercera del Libro Tercero) se encuentran finalmente en el comportamiento cíclico de la tasa de ganancia, provocado por la acción encontrada de su tendencia a decrecer (que Marx calificó como ley general del modo de producción capitalista) y las causas que contrarrestan esa caída. Esta situación acaba por inducir un comportamiento cíclico a la economía en su conjunto, que se desarrolla atravesando etapas sucesivas de auge, crisis y recuperación. El fenómeno, sin embargo, no anula la capacidad de autorregulación, que se reproduce en el largo plazo en esos ciclos económicos en los que la tasa de ganancia cumple la misma función que

¹² Ed. América Viva, Argentina, s.f.

revelaba en un examen estático de la economía: la de *gran reguladora*. Por lo mismo el resultado del análisis no cambia: en un marco de competencia perfecta, o por lo menos normal, el capitalismo no necesita de intervenciones no económicas para autorregularse.

Una visión del capitalismo que ya no consideraba condiciones de competitividad sólo apareció en el marxismo con el nuevo siglo, en la obra de pensadores como Rudolf Hilferding, Rosa Luxemburg o Nicolai Bujarin. Pero el planteamiento más rotundo probablemente sea el de Lenin, quien en 1916 llegó a concluir que los monopolios habían terminado por caracterizar en tal grado a la economía capitalista que resultaba posible afirmar que ésta había arribado a una nueva fase de su desarrollo, a una fase "superior": el *imperialismo*¹³. En estas condiciones, según el mismo Lenin, la contradicción social contenida en la relación entre una producción cada vez más "socializada" —esto es que comprometía en sus procesos a ámbitos sociales cada vez más amplios— y la apropiación progresivamente concentrada en unas pocas manos de los resultados de esa producción, acaba manifestándose en la incapacidad del propio sistema para proporcionar usos lucrativos a las crecientes masas de capital que la situación monopólica tendía a depositar en reducidas manos. El argumento describía, así, a un capitalismo incapaz de seguir autorregulándose, situación que —continuaba Lenin— no podía ser superada en el ámbito de la economía nacional, lo que llevaba a la necesidad de "exportar capitales" hacia economías capitalistas menos desarrolladas en las que el problema todavía no se presentaba y era posible encontrar en consecuencia posibilidades de inversión rentable. El análisis de Lenin tenía de esta manera dos momentos: uno en que describía la pérdida de la capacidad del capita-

13 "Si fuera necesario dar la más breve descripción posible del imperialismo, deberíamos decir que el imperialismo es la etapa monopolista del capitalismo" (*El Imperialismo, Etapa superior del Capitalismo*, en Obras Escogidas en seis tomos, Ed. Cartago, Buenos Aires 1974, Tomo III, p. 456).

lismo para autorregularse y otro en que explicaba su recuperación vía inversión en el exterior y por mediación del mismo agente regulador interno, la tasa de ganancia. El planteamiento de Lenin, en consecuencia, era equivalente a un modelo de autorregulación de Marx al que se había agregado un “sector externo”.

— *El marginalismo pierde una pelea que sabía iba a perder*

El principio de la autorregulación del capitalismo venció también a los otros críticos decimonónicos de la economía clásica: la corriente *neoclásica* o “marginalista”. Aunque es preciso reconocer que, como le ocurre a algunos en la lucha libre, los pensadores neoclásicos sabían que en ese combate iban a ser vencidos. Para entender la motivación del neoclasicismo es necesario ubicarse en el momento histórico: en segunda mitad del siglo pasado había terminado por imponerse el capitalismo de gran industria y la burguesía había establecido definitivamente su hegemonía en Europa (y en buena parte de lo que hoy conocemos como “mundo occidental”). En estas condiciones, la explicación del valor de las mercancías exclusivamente por la cantidad de trabajo contenida en ellas dejaba sin coartada teórica nada menos que al protagonista principal de la obra puesta en la escena histórica por la burguesía: el empresario capitalista. Y en su caso —a diferencia del terrateniente— la calidad de la propiedad no podía justificar la existencia de “rentas diferenciales” que respondieran por sus ingresos y tampoco cabía la elegante evasión de Smith, pues las relaciones sociales de producción capitalistas ya se habían impuesto del todo haciendo prácticamente desaparecer al productor individual. Era necesario, en consecuencia, justificar esa ganancia eliminando al principio que sostenía que el trabajo era la única fuente de valor y asignar la misma capacidad a otros “factores productivos”, particularmente al capital. En definitiva, el pleito era con la teoría del “valor-trabajo”.

El neoclasicismo inició las hostilidades avanzando por un terreno exclusivamente microeconómico en el que se

consideraba que el valor podía y debía determinarse en relación a cada mercancía tomada separadamente. Ignorando la diferencia entre valor de cambio y valor de uso establecida por la economía política clásica, afirmó que este último equivalía al primero, depositando en definitiva la responsabilidad del valor en la influencia de la demanda. Vistas las cosas desde ese ángulo, la imposible expresión cuantitativa —para los efectos del cambio— de un valor de uso, podía ser substituida por la igualmente improbable expresión cuantitativa de la necesidad con que se enfrentaba ese uso; esto significaba que, desde la perspectiva de la demanda por una mercancía, era posible establecer escalas individuales de necesidad (razón por la cual, dicho sea de paso, esta teoría es conocida también como “subjetiva”) y, sobre esas bases, arribar a una conclusión definitiva: el valor de una mercancía está determinado por la intensidad de la última fracción no satisfecha de necesidad o, dicho de otro modo, por la *utilidad marginal* (la que satisface a la última fracción de necesidad) proporcionada por esa mercancía.

Esta teoría subjetiva del valor entregaba al neoclasicismo el fundamento para el desarrollo de una teoría “pura” del proceso económico, con total prescindencia de los elementos sociales e institucionales que en el pasado habían hecho de la disciplina una “economía política”. El suizo Leon Walras, el austriaco Karl Menger y el inglés William Stanley Jevons, que por medio de sus publicaciones durante las últimas décadas del siglo pasado fueron los verdaderos iniciadores de este movimiento teórico¹⁴, postularon la posibilidad de abstraer el “problema económico” hasta su manifestación más elemental. Este “problema”, que sería potencialmente detectable en todo momento y lugar, consistiría en última instancia en la decisión del individuo que, enfrentado a un conjunto de alternativas determinadas

¹⁴ Karl Menger: *Problemas de la Economía Política* (1871); William S. Jevons: *Teoría de la Economía Política* (1871); Leon Walras: *Elementos de Economía política Pura* (1874).

por la escasez y el uso opcional de los recursos, decide siempre por aquella que optimiza la satisfacción de sus necesidades.

Los procesos que permiten la producción de los satisfactores concretos, por su parte, reproducirían fielmente este principio general puesto que —según la teoría— en relación a una cantidad que optimice la satisfacción del consumidor existirá siempre una combinación marginal —esto es la última aplicación de una variable— óptima, que minimizará los costos y maximizará los rendimientos. En este marco, por otra parte, los “factores productivos” —entendiendo como tales tierras, trabajo y capital— serán remunerados de acuerdo a su rendimiento marginal que equivaldrá a su precio. Finalmente, los factores productivos serán utilizados siempre óptimamente y si existiera desocupación de alguno de ellos sólo podría ser voluntaria.

Es fácil comprender que, con este marco teórico las decisiones económicas dejan de pertenecer al ámbito de lo político o social para pasar a ocupar un lugar de privilegio en el reino de lo técnico. La combinación ya sea de factores o productos que, “en el margen”, va a procurar la optimización de un rendimiento de una satisfacción no puede sino ser determinada por el cálculo diferencial o la geometría analítica: la comprensión de los fenómenos económicos comenzó así a cubrirse de oropeles técnicos y a postularse para ocupar un sitio entre las ciencias exactas. La paletada final a este entierro del clasicismo económico la dio el economista inglés Alfred Marshall, que a fines del siglo pasado desde su reducto académico en Cambridge decretó el fin de la economía política y el surgimiento de una nueva ciencia: “Economics”.¹⁵ La *Economía* había pues nacido y era portadora de un dogma de fe científica: el equilibrio es una condición natural del sistema económico, que ha de hacerse presente en todo tiempo y lugar en que se utilicen óptimamente los factores productivos y se satisfagan óptimamente, en consecuencia, las necesidades de los consumidores.

15 *Principles of Economics*, 1890.

La utilización óptima, sin embargo, exige la total fluidez y transparencia en los mercados y de la gallarda competencia entre oferentes y entre demandantes por factores y productos que satisfarán sus necesidades. La tierra consagrada de la teoría económica neoclásica no puede, así, ser profanada por monopolios, oligopolios o monopsonios que alteren la gloriosa marcha de las variables económicas hacia el reino de la optimización; el equilibrio económico que postula, supone, en consecuencia, *competencia perfecta*. En esas condiciones el equilibrio general logrado en un marco de optimización del uso de recursos y de la satisfacción de las necesidades constituye una teoría de la autorregulación. La **lucha ha concluido**: el “marginalismo” ha atacado a la **economía política clásica** sólo en donde le interesaba, la “teoría del valor”. En el resto ha asumido sin mayores problemas sus principios básicos.

— *Keynes y la política económica del capitalismo monopolístico (o de lo que ocurre cuando la economía es incapaz de autorregularse)*

A pesar de que muchos teóricos cerraron los ojos, el mundo —como en el tango— siguió andando. Y de tanto andar la economía no pudo menos que llegar a donde inevitablemente la conducía la evolución “monotónica” del progreso técnico: a la transformación de las formas de competencia. Así, al promediar la primera mitad de este siglo el monopolio y su complemento inevitable, el monopsonio, ya ocupaban el centro del escenario económico de Europa y Estados Unidos. Un tipo diferente de productores (las grandes empresas monopolísticas) producía ahora para un tipo distinto de consumidores: empresas monopsonicas y un público en el que ocupaba un lugar progresivamente importante el trabajador calificado y el técnico especializado, cuya demanda no era comparable ni con la del obrero de la época de la revolución industrial ni con la del aristócrata o el empresario acaudalado del siglo XIX. La estructura social se había modificado al mismo tiempo que se modificaba la

estructura económica y las nuevas formas de ésta (la transformación de las técnicas de producción y de las relaciones de competencia) se alejaban cada vez más de las condiciones de la adecuación entre la estructura de la producción y la estructura de la demanda social.

En estas circunstancias la acumulación comenzó a perder coherencia. Los "factores productivos", que al decir de la teoría neoclásica normalmente deberían ser ocupados de manera óptima, no sólo no lo eran sino que además adquirían la inquietante costumbre de permanecer desocupadas mientras la economía seguía funcionando, esto es aun cuando existiese "equilibrio" entre las variables económicas. La progresiva inadecuación entre la estructura de la producción y la estructura de la necesidad social provocaba, por otra parte, crecientes desajustes que los estudiosos se apuraban a describir como situaciones de subconsumo, en tanto que la expansión internacional de los monopolios llevaba al desarrollo de tensiones que involucraban simultáneamente a un número cada vez mayor de países. Todos estos signos parecían mostrar a una economía mundial que, casi como un protagonista de la tragedia griega, marchaba inexorablemente hacia un terrible destino —la crisis estructural— que nadie podía o quería cambiar.

Y el destino se cumplió. La crisis finalmente afectó a toda la economía capitalista durante el periodo enmarcada por las dos guerras mundiales, ellas mismas por lo demás expresiones de esa crisis. La recesión era ya evidente al comenzar la primera gran guerra y se mantuvo incluso cuando ésta concluyó, manifestándose una recuperación parcial —principalmente en Estados Unidos— sólo a partir de 1922. Pero fue flor de un día: la crisis estructural seguía allí y terminó por exhibir toda su furia exactamente el 24 de octubre de 1929, cuando el colapso de la bolsa de valores de Nueva York marcó el inicio de una verdadera depresión que alcanzó no sólo a Estados Unidos sino también a Europa y a economías como las latinoamericanas atadas a aquéllas por una situación de dependencia. Es generalmente aceptado que la recuperación se inició en 1933, pero sólo porque

a partir de ese momento las cosas dejaron de empeorar. Cuando esto ocurrió los niveles económicos eran en casi todas partes sensiblemente inferiores a los de 1929 y la recuperación fue tan lenta que sólo el impulso económico de la Segunda Guerra Mundial permitió la superación definitiva del problema.

La teoría neoclásica, a estas alturas, no pudo menos que reaccionar. Y lo hizo atendiendo a dos preocupaciones: el carácter monopólico de la economía —que dejaba penosamente al edificio teórico marginalista sin su planta baja— y la cuestión de la crisis y los ciclos económicos. El primer problema fue abordado, entre otros, por Joan Robinson (*La Economía de la Competencia Imperfecta*, 1933), Edward H. Chamberlin (*Teoría de la Competencia Monopólica*, publicado también en 1933) y Robert Riffin (*La Competencia Monopólica y la Teoría del Equilibrio General*, 1940). El segundo fue objeto de los afanes de autores tan conspicuos como Irving Fisher (*La Ilusión Monetaria*, 1928 y *La Teoría del Interés*, 1930), Frederick von Hayek (*La Teoría Monetaria y el Ciclo Económico*, 1932) y Joseph Schumpeter (*El Ciclo económico*, 1939).¹⁶ Estas obras, quizá con la excepción de la de Schumpeter cuya preocupación era más bien histórica, en general intentaron explicar el funcionamiento del capitalismo en las nuevas condiciones, adaptando para ese efecto —con distintos grados de adhesión— la teoría marginalista. Teniendo ése como propósito e independientemente de la buena o mala fortuna en alcanzarlo, no podían sino mantenerse apegados al principio de la autorregulación: nada nuevo podía salir de allí, en consecuencia, para la

16 El marxismo también reaccionó. De aquí que, junto con los autores nombrados algunas páginas atrás en relación a la cuestión del monopolio, pueda mencionarse respecto de la crisis la obra de John Strachey (*Naturaleza de la Crisis*, 1934), de Eugenio Varga (*Las Crisis y sus Consecuencias Políticas*, 1937) y, aunque algo posterior, la de Paul Sweezy (*Teoría del Desarrollo Capitalista*, 1942). Estos trabajos constituyeron otras tantas interpretaciones de Marx que, por lo menos en lo que toca a la autorregulación, se mantuvieron fieles a él.

política económica. El verdadero cambio, el cuestionamiento esencial de la capacidad de autorregulación capitalista y por tanto un nuevo fundamento teórico para la política económica sólo se hizo presente con los planteamientos y la obra del inglés John Maynard Keynes.

Así como Adam Smith fue un hombre de la Universidad de Glasgow, Keynes lo fue de la Universidad de Cambridge, ciudad en la que nació en 1883. Hijo de un economista y profesor de la Universidad (John Neville Keynes,¹⁷ desde 1908 se dedicó él también a la función académica. Fue un producto pleno de su época y de su medio: refinado y culto, mecenas del arte y animador de grupos intelectuales a los que también pertenecieron pensadores y literatos de la talla de Bertrand Russell y Virginia Woolf, al morir en 1946 era posiblemente el economista más conocido en su tiempo, el economista por antonomasia. Su habilidad técnica se manifestó no sólo en una capacidad comercial y bursátil ya legendaria, sino también en obras prácticas tan importantes como aquellas que a partir de 1942 —año en que recibió el título de lord— orientaron a la parte británica en las negociaciones, dirigidas por él mismo, que dieron lugar en 1944 al Acuerdo de Bretton Woods sobre reorganización del sistema monetario internacional. Es posible que haya sido esa habilidad para comprender los problemas económicos prácticos lo que llevó a este profesional de la economía, que había sido discípulo directo y favorito de Alfred Marshall, a propinar al neoclasicismo económico el más formidable golpe que quizá nunca haya recibido, un golpe tan importante que mereció el calificativo de “revolución teórica”.

Keynes había cuestionado aspectos parciales de la teoría neoclásica desde las páginas del *Economic Journal*, órgano oficial de la Real Sociedad de Economía que dirigió desde

¹⁷ John Neville, que enseñaba lógica además de economía política, llegó a ser “archivero” de la Universidad —el principal cargo administrativo— entre 1910 y 1925 y la madre de Keynes, Florence Ada Brown, fue a su vez consejera y finalmente alcaldesa de Cambridge.

1911 y durante treinta y tres años; pero la crítica se hizo particularmente aguda a partir de los años veinte, en que las emprendió acremente en contra del "patrón oro".¹⁸ Y de tanto polemizar sobre ésta y otras cuestiones Keynes terminó por convertirse en un apóstata, demostrando quizá que, como dice Adso, el joven personaje de Umberto Eco en *El Nombre de la Rosa*, a menudo son los propios inquisidores los que crean a los herejes. Su cuestionamiento definitivo de la teoría neoclásica¹⁹ se produjo en un libro que, como pocos, merece el calificativo de "obra que hace época": la *Teoría General de la Ocupación el Interés y el Dinero* publicada en 1936.

Su objetivo principal en este estudio fue buscar una respuesta a las razones de la desocupación, tarea a la que se abocó a partir de una reflexión acerca de la tasa de interés y sus efectos sobre el equilibrio. Para entender sus conclusiones, sin embargo, es necesario que primero nos detengamos brevemente en la formulación neoclásica sobre el punto. Según ésta, para que la economía esté en equilibrio es necesario que la oferta y la demanda totales se igualen, lo que sig-

¹⁸ Sin dejar por ello de ser ácida, la crítica inicial de Keynes fue eminentemente práctica; había que olvidarse del patrón oro porque éste ya había sido substituido por otra cosa:

"A decir verdad, el patrón oro es ya una reliquia bárbara. . . Un patrón no metálico regulado se ha deslizado subrepticamente. Existe. Mientras los economistas dormitaban el sueño académico de cien años, con su gorro y su túnica, ataviado con harapos de papel, se ha insinuado en el Mundo real gracias a las hadas malas. . . los perversos ministros de finanzas". (*Tract on Monetary Reform*, cit. por Charles H. Hession: Keynes, Javier Vergara Ed., Buenos Aires 1984, p. 221.)

¹⁹ Keynes no se preocupó de establecer diferencias entre clásicos y neoclásicos. El blanco de su crítica fue lo que denominó "escuela clásica" en la que incluyó "... a los continuadores de Ricardo, es decir a aquellos que adoptaron y perfeccionaron la teoría económica ricardiana, incluyendo (por ejemplo) a J.S. Mill, a Marshall, a Edgeworth y al profesor Pigou". (*Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*, Fondo de Cultura Económica. México 1956, p. 17.)

nifica, considerando el destino del ingreso nacional, que la parte de éste que no se utiliza en consumo —vale decir que se ahorra— debe ser igual a la inversión. Esta situación, de acuerdo al mismo planteamiento neoclásico, es la condición natural del funcionamiento de la economía debido al siguiente razonamiento: como el consumo va a ser siempre igual a sí mismo, la condición del equilibrio es en definitiva la igualdad entre el ahorro (la parte del ingreso que no se consume) y la inversión; si el ahorro (que hace las veces de oferta) llegara a superar a la demanda para inversión, la tasa de interés (esto es el precio del dinero ofrecido) bajaría, lo que haría más atractiva esa oferta de ahorros con el consiguiente incremento de las inversiones hasta recuperar el perdido equilibrio al precio de una nueva tasa de interés. La economía volvería así al equilibrio general, no habría desocupación de ningún tipo, el capitalismo reafirmaría su capacidad de autorregulación. . . y todos tan felices.

Ante esta argumentación la crítica de Keynes sostiene, en primer lugar, que los ahorros no dependen tanto de la tasa de interés (esto es del precio que los ahorrantes podrían pedir por sus ahorros si los ofrecieran en el mercado a posibles inversionistas) como del nivel de ingresos y que cuanto más alto es ese nivel de ingresos mayor será la proporción del mismo no consumida, es decir ahorrada (en términos de Keynes: la propensión a ahorrar aumenta al aumentar el ingreso). De aquí se sigue por lo tanto que, en la medida en que la economía se acerca al pleno empleo de los factores y por consiguiente el ingreso nacional aumenta, aumenta también el ahorro y con ello la posibilidad de que éste supere a la demanda de inversiones. Por otra parte sostiene que a niveles bajos de la tasa de interés —provocados justamente por el aumento de los ahorros— si bien es cierto que los inversionistas se ven estimulados a demandar ahorros para invertir, los ahorrantes se ven desestimulados a ofrecerlos, prefiriendo más bien mantenerlos en forma líquida. Todavía más, Keynes sostiene también que a niveles bajos de la tasa de interés, la propia inversión tiende a no reaccionar ante posteriores reducciones —esto es a tener una “elasticidad de

demanda" igual a cero—, lo que agravaría el desajuste provocado por el efecto anterior. En esas condiciones la conquista de un equilibrio de pleno empleo acarrearía automáticamente el exceso de ahorros que superaría la demanda de inversiones, con la consiguiente ruptura del propio equilibrio. El mismo argumento puede desarrollarse en sentido inverso: partiendo de la situación de desequilibrio, para que el ahorro sea equivalente a la inversión es necesario que disminuya el ingreso (es decir el empleo), provocando con ello una disminución del ahorro y por consiguiente su igualación con la inversión; en este caso habrá equilibrio... pero con desocupación.

A todo lo anterior debe agregarse que, en la explicación de Keynes, un aumento de la inversión no se traduce en un aumento idéntico del producto debido a que al primer efecto deben agregarse otros que provienen del aumento de la demanda provocado por el mayor ingreso que ha generado esa misma inversión. De aquí, entonces, que el incremento en el producto sea más que proporcional al incremento en la inversión, efecto que Keynes denominó *multiplicador*. Este, sin embargo, es menor en la medida que menores sean las consecuencias sobre la demanda de un aumento en los ingresos, situación que tiende a producirse si esos mayores ingresos se destinan al ahorro en lugar del consumo; el multiplicador, por lo tanto, es inversamente proporcional a la propensión a ahorrar. Teniendo todo esto presente se puede volver a considerar el equilibrio de pleno empleo que, toda vez que optimiza el ingreso, da lugar a la mayor propensión marginal a ahorrar posible y por lo tanto implica el menor efecto multiplicador de la inversión también posible. Tenemos así, finalmente, que la situación de equilibrio no sólo acarrea de inmediato su propia ruptura sino que además, y simultáneamente, un efecto recesivo sobre la economía.

A partir del apretado resumen anterior puede entenderse el carácter "revolucionario" que el planteamiento keynesiano tuvo en relación a la teoría económica neoclásica, quizá sólo comparable a la fractura que Martín Lutero provocó en su tiempo en la estructura de la Iglesia Católica. El futuro

lord acababa de mostrar, desde dentro del neoclasicismo, el carácter no "natural" de la economía y, todavía más, el hecho que el capitalismo lejos de funcionar normalmente en equilibrio propendiera más bien al desequilibrio o a alcanzar el equilibrio sólo en condiciones de subempleo de los factores productivos: *demostraba, en suma, la incapacidad del capitalismo para autorregularse.*

Pero no se detuvo allí la revolución keynesiana. Ante la constatación del carácter estructural del desempleo, debido, por decirlo así, a la insuficiencia de la demanda, la solución obvia era la intervención de algún elemento externo que cerrara la brecha entre la demanda y la oferta naturales. El agente que debía cumplir tan vital función no era otro para Keynes que el Estado, que interviniendo por la vía del déficit fiscal —esto es de un gasto no financiado por el ingreso realmente generado, lo que automáticamente cerraría la brecha antes descrita— debía estimular el consumo y la inversión. Y resulta importante detenerse aquí porque es a partir de esta cuestión que puede comprenderse la diferencia esencial entre el planteamiento de Keynes y la interpretación marxiana de la regulación capitalista. Ambas sostienen la inevitabilidad del desequilibrio como resultado de la operatoria capitalista, pero, en la formulación de Marx, a este momento sigue otro en que ese equilibrio es recuperado automáticamente por la propia economía mediante una desvalorización del capital que permite la recuperación de la tasa de ganancia; en la dialéctica marxiana de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia y sus causas contrarrestantes se encuentra, por lo tanto, una teoría de la autorregulación. Para Keynes en cambio, después de la pérdida del equilibrio no queda nada; es más, en realidad es el equilibrio mismo el que —en el contexto de ciertas condiciones relativas al comportamiento de consumidores y productores— simplemente no es posible porque los elementos que lo componen son simultáneamente desequilibradores. En esas condiciones el capitalismo no puede autorregularse, por lo que la regulación económica debe pasar inevitablemente por

la intervención de un elemento, el Estado, que no es de la naturaleza intrínseca de la economía.²⁰

Así pues, fue con Keynes que la intervención económica estatal encontró una fundamentación teórica y la política económica se legitimó. Puede afirmarse incluso que casi toda la actitud gubernamental de los países europeos y de Estados Unidos después de la *Teoría General* —intensamente intervencionista y activa en la definición de políticas económicas— estuvo orientada por el principio al que Keynes dio coherencia teórica. Quizá por algún tiempo las políticas de intervención estatal pudieron explicarse como excepciones justificadas por las guerras, pero no después de que el presidente Kennedy propusiera por primera vez en época de paz un déficit fiscal considerable, usando como argumento la necesidad de que la economía fuese así estimulada. Esta medida, que dio lugar a lo que en la pintoresca jerga de los economistas contemporáneos se conoce como “boom Kennedy-Johnson”, equivalió a lo que la abolición de las “leyes de grano” fue para el “laissez faire”: una muestra del grado de legitimación del planteamiento teórico en tanto doctrina orientadora de la política económica. Aunque debemos decir que, en lo que a nosotros toca, quizá no era necesario ir tan lejos para encontrar ejemplos legitimadores, pues el keynesianismo representó en América Latina el refle-

²⁰ Keynes, que probablemente no contaba con una gota de humildad en todo su cuerpo, se expresaba así de su obra y de la relación de ésta con la teoría económica marxiana; “. . . usted debe saber que creo estar escribiendo un libro de teoría económica que en general revolucionará —supongo que no inmediatamente, sino en el curso de los diez próximos años— el modo de pensar del mundo acerca de los problemas económicos. Cuando mi nueva teoría haya sido debidamente asimilada y se haya mezclado con la política y los sentimientos y las pasiones, no sé cuál será el resultado definitivo por lo que hace a su efecto sobre la acción y las cosas. Pero habrá un gran cambio, y sobre todo se habrán destruido los cimientos ricardianos del marxismo” (carta a George Bernard Shaw, 10. de enero de 1936; Cf. Charles H. Hession, *op. cit.* p. 292).

jo teórico de una actividad que los gobiernos probablemente habrían practicado con teoría o sin ella: vistas las cosas en su real dimensión, todo el desarrollo industrial latinoamericano se basó en el criterio de que no sería posible si se lo dejaba librado a las fuerzas autónomas ("autorreguladas") del mercado, razón por la cual aun desde antes de la *Teoría General* el Estado —con arreglo a la hegemonía social específica que representó en cada caso— se convirtió en el eje sobre el cual giró la actividad económica.

Aunque Keynes nunca lo planteó de este modo y a pesar de que a lo largo de toda la *Teoría General* apela al cómodo aunque insostenible supuesto de la competencia perfecta, las condiciones que explican la imposibilidad del equilibrio y por lo tanto la necesidad de la intervención estatal son propias de un capitalismo evolucionado, de un capitalismo cuyo desarrollo natural e inexorable ha tenido como consecuencia justamente la superación de esa competencia perfecta. Esto es fácil de aceptar si se considera, por ejemplo, que las mayores propensiones a ahorrar son propias de economías maduras cuyo ingreso nacional se haya incrementado consistentemente a lo largo de los años y que este comportamiento de los consumidores no se encuentra sólo en sectores oligárquicos y plutocráticos sino también en el extenso mundo de profesionales, técnicos y trabajadores especializados que trae consigo el desarrollo tecnológico y la gran empresa contemporánea. Por otra parte las reacciones de los inversionistas frente a la tasa de interés, expuestas por Keynes como factores desequilibrantes, son propias de las grandes empresas monopólicas capaces de programar su crecimiento con años de anticipación y de desarrollar sus operaciones estimuladas no sólo por una tasa de ganancia favorable en el corto plazo sino también por la posibilidad de controlar mercados, de ampliar sus influencias e incluso de aumentar su prestigio; el mismo control de los mercados, por otra parte, suele llevar a un verdadero cautiverio a la tasa de interés, cuyas fluctuaciones terminan por guardar poca o ninguna relación con la oferta y demanda de ahorros y sí con las actividades especulativas de las mismas empresas.

Y lo anterior es válido tanto para los países industrializados como para los “subdesarrollados”, puesto que en el marco de internacionalización de las condiciones económicas que aportó este siglo difícilmente una economía nacional podría iniciar su desarrollo industrial o aun capitalista en términos no monopolícos, lo que sin ir más lejos ocurrió en todos los países de América Latina con sus procesos de industrialización. En estos últimos casos es probable que el desarrollo monopolíco *ad ovo* tienda a crear economías con profundas disparidades internas y en las que sectores dinámicos y concentradores (los monopolícos) convivan con otros estancados y tecnológicamente rezagados; sin embargo aún así tales sectores “modernos” (que seguramente responderán por la parte principal de la actividad económica) reproducirán los rasgos característicos de cualquier economía “desarrollada”: especialización y mayores ingresos de los trabajadores, comportamiento monopolíco de las empresas.

Puede afirmarse, pues, que de la misma manera que la economía política clásica representó el marco teórico natural para la política económica en el capitalismo premonopolíco, los planteamientos de Keynes y específicamente su argumentación respecto de la incapacidad del mercado para actuar como regulador constituyen el fundamento teórico para la política económica en las condiciones del capitalismo de los monopolios. Una política económica que en relación al “laissez faire” significó un espectacular cambio en las “reglas del juego”, un cambio que ha permitido, cada vez que se ha planteado, el desarrollo de un proyecto social que responde bien por los intereses de la burguesía monopolíca; tan bien que corrientes teóricas desarrolladas durante los últimos años prefieren hablar de “capitalismo monopolista de Estado”.²¹ Pero son honduras en las que ya no nos meteremos, de modo que mejor vayamos a otra cosa.

²¹ Cf. Paul Boccara: *Etudes Sur le Capitalisme Monopoliste d'Etat, sa Crise et son Issue*, Editions Sociales, Paris 1973.

— *Friedman y el capitalismo internacionalmente integrado
(o de lo que ocurre cuando la autorregulación lo intenta
de nuevo)*

Con el capitalismo monopólico no se acababan las posibilidades de la concentración económica y después de Keynes éstas tenían todavía mucho que dar de sí, tanto al menos como se lo exigiera el “monotónico” andar de las condiciones de la producción. Fue por ello que, con el correr del tiempo, el periodo de la postsegunda guerra mundial trajo consigo un nuevo cambio en las condiciones de la competencia; un cambio que provocó la transformación de toda la vida económica situando en su centro una nueva realidad, la de la *integración internacional de la economía* y su instrumento: la *empresa transnacional*. Fue una expansión del proceso de concentración que lo llevó a invadir el espacio internacional, no como la exclusiva ocupación de una economía tras otra por las fuerzas de desembarco de los monopolios, sino como una integración efectiva de los procesos de producción y distribución —de la *acumulación* en suma— en escala mundial.

Esta integración fue algo más —mucho más— que un aumento del tradicional comercio internacional de materias primas y bienes finales: en realidad constituyó toda una modificación de la estructura económica mundial que llevó a la internacionalización del proceso de trabajo mismo.²² Las par-

22 Un problema bastante estudiado durante los últimos años. Véase al efecto, de Andre Gunder Frank, *Acumulación Dependiente y Subdesarrollo*, Ed. ERA, México 1979, especialmente los capítulos VI y VII; de Samir Amin *La Acumulación en Escala Mundial*, Siglo XXI, México 1974, y de Christian Palloix (posiblemente quien más haya desarrollado el tema teóricamente) *La Internacionalización del Capital*, Ed. Blume, España 1978; además, en *La Nueva División Internacional del Trabajo*, de F. Froebel, J. Heinrichs y O. Kreye (Ed. Siglo XXI, México 1980), se encuentra en espectacular estudio empírico sobre el fenómeno. En América Latina la cuestión también ha sido estu-

tes de un producto final comenzaron a ser producidas en algunos países y a ensamblarse en otros, al grado que una sola y gigantesca "cadena de producción" pareció recorrer las diversas economías nacionales. En estas condiciones todos los mercados tendieron a integrarse. Las compras y ventas de insumos, las operaciones bursátiles y los flujos financieros consideraron al mundo como su escenario y lo propio hicieron las ventas de productos finales que trajeron consigo la uniformidad internacional de la publicidad. . . y con ella la de las modas, los usos y las costumbres. Nada de esto habría sido posible, claro está, de no contarse con una unidad de dirección de las operaciones adecuada a las circunstancias: ella fue la empresa transnacional, una empresa conglomerada (esto es que actúa en ramas productivas y de servicios diversas y distantes entre sí) y cuyas actividades en el extranjero han terminado por imponerse como las principales.

No puede negarse la magnitud de este cambio de la estructura económica, o la de la modificación de la estructura social que vino acompañándola. No puede extrañar tampoco que, en la medida en que se produjeron, la sociedad y la economía se alejaran de las condiciones de la adecuación entre la estructura de la producción y la estructura de la demanda social. En resumidas cuentas, la acumulación volvió a perder coherencia y en el horizonte del capitalismo volvió a perfilarse la sombra ominosa de la crisis estructural. Para evitarla era necesaria una modificación de las "reglas del juego" que afectase principalmente a la inserción de los mercados nacionales en el orden mundial. Pero a esta modi-

diada, entre otros por Theotonio Dos Santos: *Imperialismo y Dependencia*, Ed. ERA, México 1978; Isaac Minian: *Progreso técnico e Internacionalización del Proceso Productivo: el Caso de la Industria Maquiladora de Tipo Electrónica*, CIDE, Colección "Ensayos", México, Junio 1981, y Pedro Vuskovic: "América Latina ante nuevos términos de la división internacional del trabajo", en *Economía de América Latina*, CIDE, Semestre No. 2, México, marzo de 1979.

ficación se opuso el inconveniente estilo conservador que suelen adoptar las condiciones de la adecuación de la estructura de la producción a la estructura de la demanda social, vinculadas a la dominación, la distribución del ingreso y a otras circunstancias igualmente renuentes a la autotransformación. De aquí que el destino no tuviera más opción que seguir su curso y que la crisis debiese hacerse presente al promediar la segunda mitad de los años sesenta.

Tal como había ocurrido cuarenta años antes, el problema se manifestó primero en Estados Unidos, en donde en 1949, 1954, 1958 y 1961 ya se habían experimentado crisis parciales. En la década de los sesenta, sin embargo, el comportamiento de las variables económicas principales comenzó a mostrar que la perspectiva de una situación de crisis no expresaba exclusivamente la recurrencia de un fenómeno parcial sino que revelaba el agotamiento de la modalidad de acumulación en general. Las tensiones finalmente estallaron y en 1967 la crisis irrumpió con violencia no sólo en ese país sino también en el resto de las economías "desarrolladas". En ese año la producción industrial de los Estados Unidos creció sólo en un 1,9%, en circunstancias que en 1965 y 1966 lo había hecho a tasas de 7,0 y 8,8 por ciento respectivamente; a su vez el Producto Nacional Bruto, en precios de 1970, aumentó sólo en 24,4 billones de dólares, aproximadamente la mitad del volumen en que había aumentado en 1966 (47 billones de dólares) y 1965 (50,3 billones). El mismo año 1967 la producción industrial del Reino Unido disminuyó en 2,1% (y siguió disminuyendo constantemente a partir de ese momento) y en Alemania sufrió una reducción de 2,3%. Y si bien durante los años 1968 y 1969 se experimentó una recuperación parcial, la situación recesiva se volvió a hacer presente de manera incontestable en 1970, año en que el Producto Nacional Bruto en los Estados Unidos disminuyó en términos reales en 3,3% respecto del año anterior. A partir de ese momento todas las variables importantes de la economía mundial comenzaron a moverse cíclicamente, en el marco de una tendencia general y sostenida

a mantener sus niveles por debajo de los que habían sido normales durante los años anteriores.

Las fluctuaciones cíclicas se tradujeron en un estancamiento durante 1970 y 1971; una recuperación durante 1972 hasta alcanzar tasas relativamente altas de crecimiento durante 1973; la desaceleración de ese crecimiento hacia el final del año y la caída nuevamente en una mucho más profunda situación de estancamiento que alcanzó su nivel más bajo en los últimos meses de 1974 y los primeros de 1975. A partir de allí se volvieron a presentar síntomas de una recuperación que alcanzó su máxima expresión durante 1976 para perder fuerza durante 1977, momento a partir del cual la situación volvió a deteriorarse hasta alcanzar su punto más bajo en 1980, cuando el Producto Nacional Bruto llegó a ser negativo en Estados Unidos y el Reino Unido (-0,75 y -2,25 respectivamente). Durante 1981 Estados Unidos experimentó una recuperación parcial aunque los países europeos se mantuvieron deprimidos y en 1982 todos juntos fueron abajo nuevamente (con la excepción de Japón que había venido manteniendo tasas bastantes decorosas de crecimiento durante estos años). La recuperación parcial comenzó a manifestarse más claramente en 1983 y se ha mantenido hasta 1985, aunque difícilmente podría negarse que se trata sólo de una renovación del ritmo cíclico de la crisis estructural.

Durante este prolongado periodo crítico se pusieron en tensión los resortes de la asistencia pública gubernamental que dan cuenta de la muy extendida participación estatal en el mundo de la economía. En fechas recientes los gobiernos de Margaret Thatcher, en Inglaterra y Ronald Reagan, en Estados Unidos han planteado, discursivamente al menos, una drástica disminución de los subsidios y gastos de seguridad social, muy de acuerdo con las tesis que revisaremos inmediatamente a continuación. Como quiera que haya sido, esas disminuciones se han implementado a un ritmo lento y las filas de derechohabientes de la seguridad social siguen siendo un espectáculo habitual en esos países y otros de Europa en los que la crisis se mantiene como un fenómeno plenamente vigente y profundo. Y tanto que frente a las

ventanillas del Seguro Social puede esperarse ver aparecer a los más insospechados personajes, como la mismísima empresa automovilística Chrysler que, habiendo experimentado pérdidas en 1974 (52 millones de dólares), 1975 (260 millones) y 1978 (205 millones) y que sólo en la primera mitad de 1979 acumulaba pérdidas equivalentes a 261 millones de dólares, terminó por ponerse a la cola como cualquier hijo de vecino para solicitar ayuda al Gobierno Federal por un monto de 1,000 millones de dólares, único expediente, según explicó, para evitar una quiebra inminente que habría afectado a 131,000 trabajadores.

Este marco resultó propicio para la revisión teórica. De este modo el keynesianismo y la intervención estatal en general se han convertido en el blanco de la áspera crítica de una corriente que ha encontrado sustento básico en las posiciones que, desde hacía muchos años y sin éxito hasta el momento en que la crisis se inició, habían venido sosteniendo Milton Friedman, Arnold Haberler, George Stigler y otros economistas agrupados principalmente en la Universidad de Chicago y orientados por el pensamiento del alemán Friederich Von Hayeck, premio Nobel de Economía en 1974. Este planteamiento, en la definición de su más entusiasta promotor, el norteamericano Milton Friedman (galardonado a su vez, quizá como demostración de que corren mejores vientos para sus teorías, con el Nobel en 1976) encuentra inspiración en *Una Investigación Sobre la Causa y Naturaleza de la Riqueza de las Naciones*, de Adam Smith y en la *Declaración de Independencia* de Estados Unidos, redactada por Thomas Jefferson.²³ La inspiración es tan intensa que Friedman reconoce hidalgamente que no pretende ir un paso más allá de los planteamientos esenciales contenidos en ambos textos.

Como veremos, no resulta claro que las formulaciones de Friedman se limiten sólo a reproducir los elevados textos que lo inspiraran. Pero como quiera que sea, su propia teo-

²³ Cf. *Libertad de Elegir*, ed. cit.

ría, que según hemos dicho ha terminado por ser conocida entre nosotros como “neoliberal” y en el ámbito cultural anglosajón como “neoconservadora”, declara obtener de sus ilustres musas una fe ciega en la capacidad de autorregulación del mercado: “El mérito de Adam Smith consistió en reconocer que los precios que se establecían en las transacciones voluntarias entre compradores y vendedores —para abreviar, en un mercado libre— podían coordinar la actividad de millones de personas, buscando cada una de ellas su propio interés, de tal modo que todas se beneficiasen. Fue una brillante idea en aquel tiempo, y lo sigue siendo ahora. . .”²⁴ Como complemento natural de su veneración por el mercado, la teoría exhibe un odio virulento por cualquier tipo de intervención estatal, culpable en su opinión de absolutamente todos los problemas que pueden aquejar a una economía, desde la inflación y la recesión productiva hasta, presumiblemente, los malos programas de televisión: “Tanto Smith como Jefferson habían entendido el poder como un gran peligro para el hombre de la calle; consideraron la protección del ciudadano contra la tiranía del gobierno como una necesidad permanente. . . Para Smith y Jefferson, el papel del gobierno era el de árbitro y no el de juezador”²⁵.

Sin embargo en el momento de definir las funciones que, con base en la orientación proporcionada por sus autores favoritos, debería asumir el Estado, Friedman vacila y. . . peca: no sigue los pasos de Smith. Así, en *Libertad de Elegir* cuestiona la tercera de las “obligaciones” que, según vimos antes, Smith asigna al “soberano”, esto es la de realizar ciertas obras o actividades públicas; y en otro libro (*Capitalismo y Libertad*, editado por la Universidad de Chicago en 1971), si bien llega a admitir la justificación de un monopolio público *de facto* en los casos de monopolios “naturales” o “técnicos” y también para suplir la caridad privada o familiar en la protección de insanos mentales y niños, deja las

²⁴ *Libertad de Elegir*, ed. cit. p. 31.

²⁵ *Libertad de Elegir*, ed. cit. p. 19.

cosas sólo hasta allí negándose a aceptar cualquier otra posibilidad.

Su cautela, llegada la hora de definir las actividades que está dispuesto a permitirle al Estado, es más evidente todavía cuando puede expresarse sin las inhibiciones que impone el texto escrito, como ocurrió al ser consultado durante una visita que realizó a Chile en 1975: “¿Cuál es la función o papel adecuado del gobierno?: Número uno: proveer para la defensa nacional; número dos: proteger a los individuos de coerción por parte de otras personas dentro de la comunidad; número tres: proveer un dinero estable, no un dinero en el cual los precios suben 300% al año, sino un dinero que mantenga su valor de año en año y *década tras década*; número cuatro: proveer al marco de referencia básico dentro del cual la gente pueda, en forma voluntaria, convenir —unas con otras— y cooperar voluntariamente en un mercado libre y competitivo. . . Este marco de referencia básico incluye un sistema de definición de los derechos de propiedad, leyes relativas al fraude, a la estafa, el cumplimiento de los contratos en un sistema judicial que resuelva las disputas y las controversias. . . A mi juicio, esas son las funciones y el papel fundamental del gobierno”.²⁶ Como salta a la vista, la explicación contiene las dos primeras “obligaciones” de Smith —defensa y justicia— pero substituye la tercera —las posibles actividades productivas y de prestación de servicios del Estado por una eficiente función monetaria.

Así pues, Friedman recrea a su ídolo, no lo repite. En tal sentido es distinto de él, a pesar de las frecuentes quemas de incienso en su altar y en el de Jefferson. Pero ese es su mérito y no su defecto ya que, de haberse limitado a “repetir” a Smith, sin hacerse cargo de los desafíos que el capitalismo contemporáneo le plantea al discurso del escocés, posiblemente nuestro buen profesor se habría pasado la vi-

²⁶ *Milton Friedman en Chile*. Ed. por Fundación de Estudios Económicos BHC, Santiago de Chile 1975, p. 63.

da sin pena ni gloria haciendo clases en su querido Chicago. . . y nosotros no habríamos tenido la oportunidad de incluirlo en este modesto recuento de paradigmas teóricos de la política económica.

Nuestro autor tiene claro, en primer lugar, que no es lo mismo enfrentarse al Estado mercantilista que al Estado postkeynesiano. El primero era egoísta y despótico, el segundo más bien paternalista y generoso. Entre el "laissez faire" y el gobierno intervencionista y protector actual las cosas cambiaron porque se perdió algo esencial: la correcta interpretación smithsoniana y jeffersoniana del papel del Estado, muerta de muerte violenta después de la "gran depresión de los primeros años treinta". De acuerdo con Friedman, culpable de esta "gran depresión" —usted ya lo había adivinado— también fue el Estado, que fracasó "... en un área —la monetaria— donde ejercía el control desde el inicio de la república". A partir de ese momento el "punto de vista de que el papel del Estado consiste en servir de árbitro para impedir que los individuos luchen entre sí, fue reemplazado por la concepción del Estado como padre que tiene el deber de obligar a algunos a ayudar a otros".²⁷

Es en contra de este Estado que Friedman dirige sus fuegos. Esta *moderna* versión del Estado es la responsable de los problemas económicos *modernos*: la inflación, la desocupación, la recesión productiva. Pero dejemos que el propio Friedman explique las cosas refiriéndose al caso de un país —Chile— que puede, en su versión de la economía y la sociedad, ser cualquier país: "La inflación es un fenómeno de 'prensa de impresión'. Fundamentalmente se produce por un crecimiento muy rápido de la cantidad de dinero, en comparación con la producción. . . La única fuente de producción de dinero en Chile es el gobierno. . . todo el dinero en Chile es creado por el gobierno. . . ¿Para qué se usa? Se usa para pagar gastos del gobierno y ésta es la fuente fundamental de la inflación. . . la fuente de la inflación es el finan-

²⁷ *Libertad de Elegir*, ed. cit. p. 20.

ciamiento del déficit fiscal. . . ¿Cómo puede Chile terminar con la inflación? Hay un solo camino, solamente uno, ¡no dos! Se termina la inflación dejando de imprimir tanto dinero. . . ¿Cómo se puede restringir la impresión de tanto dinero? Hay una forma ¡Sólo una! Consiste en reducir los gastos del gobierno”.²⁸

En *Libertad de Elegir* Friedman prodiga ejemplos de situaciones en las que los trabajadores deberían ser “protegidos” de la protección gubernamental; respecto de Chile es igualmente claro: “. . . en Chile una ley prohíbe a las empresas despedir a sus obreros si éstos llevan más de seis meses contratados. . . sin duda se trata de una ley que aumenta el desempleo. . . Si Chile va a tener desarrollo económico, las empresas privadas deben expandirse, lo que permitirá absorber el desempleo. Para hacerlo, las empresas privadas deben absorber riesgos en sus nuevas formas de actividad. . . Para promover este tipo de iniciativas es preciso disponer de flexibilidad, es decir que existan los términos adecuados tanto para contratar y despedir, y que sea posible establecer, y anular, en forma bilateral y libre, cualquier acuerdo entre dos personas. Una forma de lograr lo dicho consiste en suspender la vigencia de esta ley. . .”.²⁹ Después de opiniones de este calibre Friedman no puede aspirar a contar con las simpatías de los trabajadores, pero seguramente no es algo que le quite el sueño: él está convencido de lo que dice y con eso le basta.

Y para abreviar la historia digamos que en lo que toca a recesiones productivas y problemas de igual jaez nuestro autor se descuelga por la misma cuerda; su mejor ejemplo en este caso (se encuentra en diversas obras) es el de Alemania después de la Segunda Guerra Mundial (a veces utiliza también el de Japón): “En Alemania Ludwig Erhard, en la tarde de un domingo, suspendió completamente los controles de precios y salarios; anunció una política de reforma

²⁸ Milton Friedman en *Chile*, ed. cit., pp. 16, 17 y 20.

²⁹ Milton Friedman en *Chile*, ed. cit., pp. 28-29.

fiscal diseñada para que los gastos del gobierno fueran iguales a los ingresos tributarios y eliminó el financiamiento del gasto del gobierno a través de la impresión de dinero. . . En un periodo de días las mercaderías volvieron a los negocios y estaban disponibles para la venta, porque los precios eran reales y no artificiales. En tres o cuatro meses la producción alemana se había expandido a un nivel casi el doble del punto de partida".³⁰

Como se comprenderá, en este contexto la solución de todos los problemas es sencilla y en realidad debería sorprender que nadie antes hubiese reparado en ella: consiste en expulsar del mercado —y de la economía en general— al Maligno, al gran perturbador, al causante de tanto daño. Friedman no se ha cansado de repetirlo todos estos años y lo volvió a hacer al hablar de Chile: "Desde el punto de vista de los problemas básicos más importantes que enfrenta Chile para mejorar la condición del hombre común, en el largo plazo, lo primero que se requiere es un mercado libre y el fortalecimiento de la empresa privada. . . Hay una sola forma de hacerlo: reduciendo al sector del gobierno, transfiriendo actividades al sector privado, removiendo obstáculos y eliminando subsidios".³¹

Un segundo aspecto del capitalismo contemporáneo que Friedman aborda con singular entereza, es el del monopolio. Su solución del problema remite a otro rasgo esencial de la economía de nuestros días: la integración internacional. Para nuestro autor un monopolio que es tal en el ámbito nacional deja de serlo si la economía se entrega en brazos

30 *Milton Friedman en Chile*, ed. cit. p. 24. A este ejemplo de Friedman —como a casi todos— suele salirle gente al camino: "Ludwig Erhard convirtió la recuperación de la industria alemana a partir de 1948 en un prodigio de mercado desasistido. Fue una extraordinaria proeza oratoria ya que coincidió con el plan Marshall, un esfuerzo de la intervención pública que gozó de amplia publicidad y tuvo lugar en un país en que la industria se encuentra extensamente

31 *Milton Friedman en Chile*, ed. cit. pp. 34-35.

de un orden económico internacional en el que forzosamente deberá competir con otras empresas. . . que eventualmente pueden también haber sido monopolios nacionales en sus respectivos países. Así pues, a enfrentar el futuro con una sonrisa, pues se perderá en fronteras pero se ganará en mercados competitivos: "En cuanto a los monopolios, si son monopolios no tienen por qué seguir siéndolo. La forma de controlar sus precios es permitiendo la libre importación de los bienes que ellos venden y producen. . .".³² De allí para adelante la receta es la misma para cualquier lugar del mundo pues, con una economía integrada en escala planetaria pierde sentido el detalle de la nacionalidad y todavía más el de minucias como el subdesarrollo: "Para un país como Chile, favorecería *una sola*. . . legislación antimonopólica: libre comercio absolutamente. . . Es la más efectiva y la única eficaz como legislación antimonopólica. . . Pienso lo mismo en relación a Estados Unidos. . .".³³

La visión friedmaniana del mundo hace pie en la crítica del Estado para estimular una actitud económica que acepta el monopolio e impulsa la integración económica internacional. En las nuevas condiciones, sobre la base de unas reglas del juego que ya no obstaculizarían el desarrollo de una economía internacional, el mundo volvería a funcionar como el "orden natural" que describiera Smith. Para Friedman la autorregulación es posible y debe tener al mundo entero como escenario; esa es la lección que todos —nosotros también— debemos aprender: "Una economía de mercado libre es aquella que elimina las barreras aduaneras y las restricciones, que permite al ciudadano de un país que compre donde crea que puede comprar más barato y que produzca aquellos bienes que puedan vender en el exterior al precio más conveniente".³⁴ Y sólo se necesita un poquito de audacia, ya que la división internacional del trabajo hará el resto: "Si hay un producto respecto del cual la economía

³² Milton Friedman en Chile, ed. cit., p. 46.

³³ Milton Friedman en Chile, ed. cit., p. 47.

³⁴ Milton Friedman en Chile, ed. cit., p. 35.

chilena no es suficientemente grande como para permitir las ventajas de la economía de escala, ese producto hay que comprarlo afuera... la forma como se puede obtener un uso verdaderamente eficaz de los recursos de un país, es parte de una división internacional del trabajo... En esa forma, en primer lugar, pueden ser ustedes un país pequeño, pero seguramente pueden servir a un mercado muy grande”³⁵ No hay límites, la solución de todos los problemas está en el mercado internacional: “Miren al mundo... naciones pobres pueden perfectamente venderle a naciones ricas. ¿Acaso las naciones ricas solamente compran bienes a otras naciones ricas?... ¿Es o no cierto que Japón pudo desarrollar un inmenso comercio mundial, a pesar del hecho que en 1948 —cuando comenzó— gran parte de sus instalaciones de plantas industriales habían sido destruidas...?”³⁶

Milton Friedman es el verdadero profeta de las necesidades del capitalismo contemporáneo; el hombre que, combatiendo aranceles y atacando protecciones, puede proporcionar el fundamento teórico para una política económica que abra cauce a la nueva modalidad de acumulación: una modalidad de acumulación que para su pleno desarrollo requiere “reglas del juego” amables y un mundo sin barreras. Sus planteamientos ya son matizados por unos o profundizados por otros; ya existen corrientes “supply siders” (nosotros las llamamos “ofertistas”) o “racionales”, pero en realidad no importan mucho: en definitiva sólo son variaciones del tema que Friedman y la gente de Chicago interpretaron por primera vez.

Es posible que, como argumento, el suyo no sea perfecto (aunque no necesita ser perfecto para cumplir su tarea). Así por ejemplo, no puede enfrentar la realidad de empresas transnacionales que en lugar de promover un mercado competitivo en escala mundial más bien reproducen, país por país, el esquema monopólico de sus economías de origen;

³⁵ *Milton Friedman en Chile*, ed. cit., p. 47.

³⁶ *Milton Friedman en Chile*, ed. cit., p. 70.

pero esto puede no ser muy importante si se considera que un monopolio extranjero en algunos casos puede ser la opción a ninguna actividad. Ocurre además que cuando Friedman se ve presionado es capaz de cualquier cosa (pregunta en Chile: “¿Qué medidas aconsejaría Ud., para evitar que los fondos captados por las financieras se destinen a actividades de tipo especulativo y, efectivamente se canalicen hacia el proceso productivo?”. Respuesta del profesor Friedman: “¡Están siendo canalizadas hacia actividades productivas! ‘Especulativo’ es sólo una palabra y no corresponde a algo malo ¿Qué es lo que hace el especulador. . . ? Trata de ver qué bienes son baratos en un lugar y caros en otros, que suban de precios en donde son baratos y bajen donde sean caros. . . La gente siempre culpa a los especuladores, pero en general cumplen una función social útil”);³⁷ pero esto también puede ser poco importante, después de todo nadie (o quizá sólo algunos fanáticos) esperan que la economía se comporte como una ciencia exacta, de modo que cierta dosis de picardía es válida, como aquella que utilizó Adam Smith para eludir sus problemas con la teoría del valor trabajo. Por último, también es cierto que nuestro buen Friedman puede llegar a desarrollar explicaciones como la siguiente: “Una mayor demanda de madera redundará en un salario más elevado para los leñadores. Esto es un indicio de que este tipo de mano de obra es objeto de una demanda mayor que antes. El mejor salario da a los obreros un incentivo para actuar en base a esa información. Algunos trabajadores que no tenían interés en ser leñadores o se dedicaban a otra cosa, pueden preferir hacerse leñadores. Más jóvenes que ingresan en el mercado de trabajo pueden seguir este camino”.³⁸ Aquí sencillamente ignora la especialización técnica moderna, pretende que cualquier trabajador puede desempeñar cualquier actividad en cualquier momento y desconoce las alteraciones que el monopolio y

³⁷ *Milton Friedman en Chile*, ed. cit., pp. 41-42.

³⁸ *Libertad de Elegir*, ed. cit., p. 38.

la labor de los sindicatos pueden inducir en el mercado "pu-ro"; pero en fin, que más da si a final de cuentas la idea puede usarse precisamente como argumento en contra de los sindicatos, de las regulaciones y leyes relativas al trabajo y otros propósitos útiles al objetivo central friedmaniano.

Friedman no tiene ciertamente la estatura intelectual de Keynes y, decidido como está a pasarse la vida entonando cánticos a la mejor gloria de Adam Smith, tampoco puede ser comparado con él. En su extensa bibliografía, por otra parte, no se encuentra una obra que, por su peso moral o su influencia social, sea equivalente a la *Riqueza de las Naciones* o a la *Teoría General*. Estas constataciones sin embargo no son suficientes para impedirnos establecer una analogía entre estos tres personajes, analogía que no tiene que ver con la grandeza o pequeñez de ellos mismos sino más bien con el momento que les tocó vivir y en el que pudieron desplegar públicamente sus ideas.

Y tan posible es esta analogía que podemos constatar incluso que, así como Smith y Keynes tuvieron un momento legitimador de sus teorías en tanto orientadoras de la política económica real y concreta, lo propio han hecho con Friedman los gobiernos de Ronald Reagan y la Sra. Thatcher, a pesar de sus enormes problemas para mantener la consecuencia entre sus dichos y sus hechos. Así, por encima de sus limitaciones, Friedman y el neoliberalismo ya contribuyen decisivamente (y no solamente en Estados Unidos e Inglaterra, sino en buena parte de Europa y notoriamente en América Latina) a cambiar las "reglas del juego" y a crear las condiciones para el desarrollo del proyecto social que satisfaga los intereses de una burguesía monopólica internacionalmente integrada.

El mundo ha girado de nuevo y con él la historia. Cada uno ha cumplido su misión y a la hora señalada. Mirando hacia atrás este breve recuento de los que consideramos paradigmas teóricos de la política económica queda la impresión de que, como Sísifo, la teoría está condenada a volver al lugar de donde partió: del no intervencionismo estatal de Smith al intervencionismo de Keynes y ahora de

nuevo al antiestatismo de Friedman. Quizá si este libro se volviera a escribir en cuarenta años más debiéramos dar cuenta de una nueva vuelta de tuerca y explicar las características de otra teoría estatista. Pero eso ya sería "largo plazo" y, como dijo Lord Keynes, a ese "plazo" lo más probable es que todos estemos muertos. No nos preocupemos pues por lo que pueda ocurrir en un futuro tan lejano y dediquémonos más bien a tratar de hacer algo provechoso con aquello que de útil tengan las páginas que preceden.

Esta obra fue realizada por Ediciones Armella, S. A. de C. V. en el mes de febrero de -1988. La edición consta de 2,000 ejemplares más sobrantes para reposición.

El presente texto es una versión abreviada de *La Economía es Política*, publicado en Chile por la Editorial Aconcagua, que contiene además del marco general expuesto en este volumen una aplicación del mismo a la realidad chilena.

A petición del autor y para que la obra guarde un carácter general, publicamos hoy sólo el marco teórico general, válido creemos para ser aplicado a la realidad latinoamericana en su diversidad.



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO